

NOSTÁLGICO

DANIELA ÁNGELA ACOSTA VALENCIA

UNIVERSIDAD DE NARIÑO

FACULTAD DE EDUCACIÓN

DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS PEDAGÓGICOS

LICENCIATURA EN LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA

2021

NOSTÁLGICO

DANIELA ÁNGELA ACOSTA VALENCIA

Proyecto presentado para optar al título de licenciada en

Lengua castellana y literatura.

Asesor:

Mg. MARIO RODRIGUEZ SAAVEDRA

UNIVERSIDAD DE NARIÑO

FACULTAD DE EDUCACIÓN

DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS PEDAGÓGICOS

LICENCIATURA EN LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA

2021

NOTA DE RESPONSABILIDAD

“Las ideas y conclusiones aportadas en este Trabajo de Grado son Responsabilidad de los autores.”

Artículo 1 del Acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966, emanado por el Honorable Concejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Fecha de sustentación: 17 de septiembre
de 2021

Calificación: 92 puntos

NELSON TORRES VEGA

Presidente Del Jurado

NOMBRE DEL JURADO 1

Gonzalo Giménez Mahecha

NOMBRE DEL JURADO 2

Mario Eraso Belalcazar

San Juan de Pasto, septiembre 17 de 2021

AGRADECIMIENTOS

Infinitamente agradecida con Dios y el universo por regalarme la posibilidad de cumplir con una de las metas más anheladas, con la facultad de educación, cada uno de los docentes que aportaron a mi crecimiento, no solo profesional, sino emocional y personal; a mi asesor Mario por no perder la fe en mí en ningún momento. A mis padres y hermanas por el apoyo constante, a mi esposo y a mi hijo por ser el principal motivo en los momentos de decaimiento, especialmente por ser la única razón por la cual he conservado mi amor por la vida, a mi hijo.

DEDICATORIA

A mi pequeño hijo que ha sido la primera inspiración para escribir sobre la infancia, por su forma de asimilar la vida. A los estudiantes de primaria de la institución educativa municipal Obonuco, quienes también fueron una fuente inspiradora, por darme tan calurosa aceptación y regalarme con gran humildad e inocencia los más bellos recuerdos.

RESUMEN

Nostálgico es la novela propuesta para optar al título de Licenciada en Lengua Castellana y Literatura. Compuesta a partir la experiencia y de los recuerdos de infancia, principalmente, destaca la memoria, la evocación y el recordar como elementos principales para la creación y para retornar al pasado, para convertir los recuerdos en historias que serán leídas por generaciones cuya infancia amerita ser recordada por haber sido un tiempo de regocijo y contacto directo, generaciones sin mini-pantallas. El encuentro de Joaquín, un hombre cuya enfermedad lo lleva a vivir extraordinarios recuerdos de su pasado, con la cruel realidad de haber perdido la vida en el intento de vivirla.

ABSTRACT

Nostalgic is the novel proposed to qualify for the Bachelor's degree in Spanish Language and Literature. Composed from the experience and childhood memories, mainly, it highlights memory, evocation and remembering as main elements for creation and to return to the past, to turn memories into stories that will be read by generations whose childhood deserves to be remembered for having been a time of rejoicing and direct contact, generations without mini-screens. The meeting of Joaquin, a man whose illness leads him to live extraordinary memories of his past, with the cruel reality of having lost his life trying to live it.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN:	12
1. PRELIMINARES	
1.1 Tema: Creación literaria. (Novela).....	13
1.2 Título del proyecto: Nostálgico.....	13
1.3 Línea de investigación: Didáctica de la literatura.....	13
1.3.1 Sub-línea: Escritura literaria creativa.....	13
1.4 Formulación del problema	13
1.5 Descripción del problema	13
1.6 Justificación	15
1.7 Objetivos	16
1.7.1 Objetivo general	16
1.7.2 Objetivos específicos	16
1.8 Marco referencial	17
1.8.1 Antecedentes	17
1.8.2 Marco teórico conceptual	20
1.9 Marco metodológico	46
1.9.1 Enfoque de investigación: Cualitativo	46
1.9.2 Paradigma: Socio-crítico	46
1.9.3 Método: Hermenéutico	46
1.9.4 Tipo de investigación: investigación-creación	47
1.9.5 Metodología propia de creación	47
1.9.5.1 Pasos	47
1.9.6 Métodos de recolección de información	46
1.9.7 Técnicas de recolección de la información	46
1.9.8 Instrumentos de recolección	46
2 PRODUCCIÓN	48
3 REFLEXIÓN	99
CONCLUSIONES.....	102
RECOMENDACIONES.....	103

BIBLIOGRAFÍA.....	111
-------------------	-----

LISTA DE CUADROS

Anexo 1: análisis documental.....	104
Anexo 2: diario de campo/ memorias.....	109
Anexo 3: libreta de apuntes.....	110
Fotos/anexos.....	114

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo, titulado “Nostálgico”, está situado dentro de la creación de una novela a partir de los recuerdos de la infancia, teniendo como base de esto, la memoria y la evocación, siendo elementos que se encontraron plenamente ligados al tema. Por un lado, la memoria representa el largo agujero que conecta los recuerdos del pasado con el presente, mientras que, por otro lado, la evocación es el chispazo que revela alguno de esos recuerdos luego de pasar por algún acontecimiento del presente.

La razón principal es proponer la creación desde la experiencia misma de un tiempo del que muchas personas pueden hablar con determinación, como lo es su propia infancia, además, para optar por el título de Licenciada en Lengua Castellana y Literatura; con el objetivo de causar conmoción entre la comunidad educativa en el momento de crear sus propios textos narrativos.

La investigación se hizo por medio del método hermenéutico centrado en la interpretación del comportamiento humano, desde un enfoque cualitativo, cuyo principal objeto es hacer un estudio de la realidad a través de la experiencia y el paradigma socio-crítico directamente relacionado con la cotidianidad. A través de estos elementos se plantea la conceptualización del recuerdo y la memoria como potenciadores para la escritura, se fortalece el proceso de producción mediante la escritura de la novela “Nostálgico”, y se plantea una reflexión desde lo consolidado en el presente documento.

También, en la presente investigación se han tomado como referente autores que han abordado el tema con anterioridad, los cuales también han sido motivo de inspiración para fortalecer el proceso de creación y la sustentación del presente. Entre ellos está Marcel Proust, quien en su obra “en busca del tiempo perdido” reencarna en momentos de su pasado a través de la evocación.

1. PRELIMINARES

1.1.Tema

Creación literaria – narrativa - novela

1.2.Título del proyecto.

Nostálgico

1.3.Línea de investigación

Didáctica de la literatura

1.3.1. Sub-línea

Escritura literaria creativa: por ser una actividad pertinente dentro del área de la lengua castellana y literatura, que eleva la capacidad de un docente en su labor.

1.4. Formulación del problema

¿La estructura de una novela es un medio adecuado para promover y favorecer la investigación literaria y la formación personal y profesional de un licenciado?

1.5 Descripción del problema

En la actualidad, ver a un docente de lengua castellana exigiendo a sus estudiantes escribir narraciones desde su autoría es un hecho que se presenta normalmente en muchas instituciones; no obstante, aquel docente que dispone al alumno a crear, lo hace por cumplir un currículo, dejando pasar cuán representativo es el crear su propia literatura, como fuerza que impulsa al estudiante a hacerlo. De tal manera que la creación de una novela es la fuente de la enseñanza de literatura del maestro.

Ahora bien, la problemática del docente que no escribe predispone al estudiante a no hacerlo, pues es de seres humanos aprender de las acciones del otro, seguir los pasos de alguien que es superior; en este caso, de forma consciente o inconsciente, los alumnos hacen lo que hace el docente de lengua castellana, quizá no en lo relacionado con la vida, pero si, en aquello que tiene que ver con la literatura; por consiguiente, si el docente es alguien que teme escribir, ese temor es transmitido a sus estudiantes. De lo anterior, se encuentra que la escritura no es una acción inalcanzable, sino se necesita práctica para lograr producir una buena historia.

Dicho esto, se confirma que, en muchos casos, la comprensión lectora también está relacionada con este hecho, pues la motivación disminuye en el estudiante cuando la lectura se

convierte en una rutina, en la cual solamente leen a escritores desconocidos, que quizá ya no existen; sin desmeritar, por supuesto, a grandes escritores y sus obras que han sido fuente de inspiración. Así, se forma una barrera entre los estudiantes, el docente y la literatura, que no permite crear la más mínima relación entre lo que el estudiante lee y su entorno, alejándolo, de forma definitiva, de leer y del componer literatura.

Ahora bien, el escribir a partir de la evocación, la memoria y los recuerdos puede ser un referente que muchas personas, entre ellas docentes de literatura, han olvidado; el hacer a un lado la importancia de la memoria, dentro de la enseñanza y de la creación literaria, ha sido un sacrificio a la creatividad, pues del pasado no se puede recuperar sino los recuerdos. Teniendo en cuenta que estos son significativamente útiles, cuando alguien se atreve a escribir, los recuerdos forman una desbordante cascada de historias jamás contadas.

A partir de esto es posible afirmar que la novela como, género literario, en el ámbito educativo es un aspecto al que recurren muy poco como creación, y como objeto de estudio; la escritura de una novela a partir de la evocación de recuerdos de la infancia es un tema que escasamente se propone; las razones pueden ser varias:

Una de ellas y la más influyente es el temor a escribir, razón por la cual muchos docentes jamás producen un texto de autoría propia; la segunda razón es el hecho de idealizar al escritor, considerando que debe reunir unas características especiales, además de ser alguien iluminado de manera divina; es decir, que el escritor es considerado un ser con el don de escribir; otro aspecto, la creencia de muchos de que quien escribe debe ser una persona con mucha experiencia, tanto en conocimiento como en edad; por lo tanto, no surge el interés hacia la escritura; por último, como ya se ha mencionado anteriormente, el escribir sobre los recuerdos de la infancia es un tema poco aprovechado, porque muchos han obviado la memoria como una herramienta para la creación.

1.6 Justificación

El acto de crear se considera gastado y poco usual, sobre todo porque en este siglo se dice que todo está inventado; no obstante, la creación literaria resulta poseer un grado de pertinencia muy elevado en cualquier campo de la educación; sin embargo, el escritor se idealiza como aquel que posee un don, es considerado como un ser bastante alejado de la realidad, una de las razones del porqué las personas no leen; la creación literaria de un docente somete este pensamiento, cambiando el ideal común y fortaleciendo el deseo de escribir.

Cuando el profesor escribe, crea, reinventa un texto; adquiere gran importancia, en su trabajo y en su vida; además, una narración que tenga que ver con la experiencia crea una conexión con el lector; por tanto, la posibilidad de originar en lectores y estudiantes la pasión por la literatura será mayor. Un docente que crea, transmite a los estudiantes oportunidades incomparables, como el asombro, entendiendo este como la capacidad de ver el día a día como una historia; agregar no el valor superficial al que se acostumbra, sino un valor profundo que supere la frivolidad de una apariencia.

En la escritura de una novela, se imprimen, también, sentimientos pertenecientes al autor, pensamientos, costumbres, frases que existieron, en su contexto y otras que solo habitaron en su imaginación; con esto es posible determinar que existen factores del autor que se asocian al entorno social del lector, por eso se dice que la novela es un género inacabado, pues tanto su producción, como su lectura, permiten reconocer, en un campo más amplio, y comprender desde distintas visiones el contexto social en el cual se vive, además de los cambios que surgen constantemente.

Por otro lado, la novela muestra un sentido crítico, mezclado con las fantasías que todo ser humano experimenta, sobre todo en la juventud; el visualizar la sociedad, a partir de distintos pensamientos, agregar en los personajes el punto de vista crítico que sumerge al lector en un problema, que provoca en él un pensamiento propio desgajado de su lectura; como un complemento al conocimiento, de manera más precisa, además de permitir un viaje por la vaga trayectoria del recuerdo.

Visto de esta manera, el maestro de hoy enfrenta situaciones de difícil comprensión, puesto que las tecnologías actuales representan un gran reto para el lápiz y el papel; así que,

cuando el docente escribe, su creación debe competir con los devenires de la actualidad, posiblemente a través del ángulo emocional del lector, logrando demostrar el valor de una historia a partir de la conmoción de este, o sea desde los recuerdos, como una manera de inquietar al público.

La conmemoración de fechas ya no se celebra en una cena familiar; los recordatorios ya no están en la mente de las personas, sino en un aparato que notifica cuantos miles de seres humanos están celebrando un cumpleaños al mismo tiempo; la memoria se convierte en una especie en extinción, por este motivo es necesario retomar la importancia de esta, desde una estrategia que inclina al docente como creador de literatura, como proveedor de historias que enfrenten al lector tanto con la sociedad actual como con su pasado, acercándolo, así, a la memoria, puesto que retomar la memoria en el campo educativo implica enseñar a ver la vida desde un punto de vista socio crítico, sobre todo si se desarrolla a través de una novela.

Así, pues, este trabajo intenta llegar a las personas con los actos inocentes de un niño, de ese que está dentro de todos y que pocos recuerdan; plantea una reflexión del pasado, de la importancia de la memoria, de una infancia irrecuperable, de lo que hoy en día representa para muchos una gran pérdida, que muestra la agonizante esperanza de no poder siquiera conservar un documento que salve aquellos actos que son importantes en la vida.

Con respecto al campo de desempeño universitario y de docencia, se busca acercar a profesores y estudiantes de todas las licenciaturas a la literatura y a la novela, desde el reconocimiento, el aprovechamiento y el uso de la evocación, la memoria y los recuerdos, en el campo de la escritura, como un elemento que concede las posibilidades y aquello que se necesita para crear una novela.

1.7 Objetivos

1.7.1 Objetivo general: desarrollar un ejercicio de escritura narrativa para promover y fortalecer la investigación creación literaria como futura licenciada en lengua castellana y literatura.

1.7.2 Objetivos específicos

- Conceptualizar el recuerdo y la memoria para potenciar la creación literaria.
- Escribir una novela basada en la evocación de los recuerdos de la infancia como proceso de formación de un licenciado en lengua castellana y literatura.

- Fortalecer el proceso de producción de textos narrativos mediante la evocación de recuerdos y memorias, presentes en la obra.
- Plantear una reflexión sobre la relación entre la memoria, la literatura y la educación.

1.8 Marco referencial

1.8.1. Antecedentes

Ante la búsqueda constante de un trabajo a nivel regional, que coincida con la escritura de una novela basada en la evocación, los recuerdos, la memoria y la infancia; se encuentran distintas obras y trabajos de investigación, de los cuales se ha tenido en cuenta varias características que aportan de distintas maneras a la estructuración de esta investigación.

(Cuayal, 2011) El trabajo de grado de la Licenciatura en Lengua Castellana y Literatura de la Universidad de Nariño titulado: *“La novela romántica Árbol Perenne Eres Tú, como pretexto para el desarrollo de la lectura y la producción literaria en los estudiantes de grado noveno de educación básica secundaria”*. El argumento de este proyecto es la motivación a un grupo de estudiantes, docentes y estudiantes de literatura de tomar la iniciativa y comenzar a desarrollar la escritura de forma autónoma y con el propósito de incentivar a más personas a hacerlo. Este trabajo hace grandes aportes al presente proyecto, pues fortalece de alguna manera la idea de que el docente de lengua castellana debe producir para que sus alumnos produzcan, es un claro ejemplo de ello; de esta manera escribir no se convierte para ellos en una actividad difícil o aburrida; razón por la cual, su contenido de creación de una novela, la convierte en un trabajo bastante útil como referente de este proyecto.

(Vélez, 2009) Al introducirse un poco en lo fantástico que llevan algunas creaciones, se encuentra el trabajo del programa de Filosofía y letras, del estudiante Iván Darío Vélez, egresado de la universidad, titulado *“Novela fantástica: Inaxtal”*. Centrado en el mundo de lo idealizado en la fantasía, se considera una novela fantástica corta, compuesta por un conjunto de acontecimientos enmarcados en ciertos lugares del país y en lugares ficticios; es una creación basada principalmente en sucesos aparentemente reales, que terminan rodeándose de hechos alejados completamente de la realidad. Es importante destacar que tiene cierta relación con este trabajo, pues se trata de una obra de creación literaria y en ella se asumen características de

ficción lo cual también se incluye en *Nostálgico*, además de pertenecer al mismo género literario.

(Quemag, 2017) Se encuentra el trabajo del programa de licenciatura en lengua castellana y literatura titulado “*concierto polifónico de mis huellas*”. Contribuye al trabajo en la medida que se desarrolla basándose en la escritura a través de la experiencia, del reconocimiento y de la vida del autor, permite la creación desde lo vivido por el creador, donde se plasman hechos reales como una narración, en la cual, además, se presentan hechos que pueden ser de ficción, pues en algún momento los objetos parecieran cobrar vida y ser alguien dentro del entorno del personaje, de esta manera el desarrollo de este proyecto hace aportes importantes porque enmarca la narración desde la experiencia que sin duda requiere, en cierta manera, poner en práctica la memoria y los recuerdos pero de una manera más inmediata, con experiencias cotidianas, que sucedieron dentro de un lapso corto, siendo revelados posteriormente en la novela.

(Tamayo, 2016) En el ámbito nacional, se encuentran obras que están más directamente reconocidas con el tema central de nostálgico, que es la infancia. Entre ellos es importante destacar a Tamayo Guido, con su novela: “*Juego de niños*”. Es una novela que intenta recuperar momentos de la infancia para narrarlos y confrontarlos, hablando no solo de momentos lúcidos, sino de oscuros recuerdos y dolor, en esta obra es evidente la memoria. Es una obra que tiene muchas coincidencias con este trabajo, por la trama en la cual utiliza recuerdos de la infancia, además de la manera de interpretarlos y contarlos, sin embargo su tema principal es el paso de la infancia a la dolorosa adultez, por medio de la memoria. De igual forma es un antecedente exquisito para este trabajo.

(Falla, 2008) En cuanto a otros proyectos relacionados con el recuerdo y la memoria se encuentra la estudiante del departamento de artes visuales de la Pontificia Universidad Javeriana, de Colombia. Bogotá, D. C. Camila Vargas Falla, con una obra titulada “*La memoria como aspecto estructurante del tiempo y el espacio*”. Se trata de un trabajo realizado a partir de imágenes, relacionadas con juegos y objetos de la infancia, que se van transmitiendo en pantallas, con la intención de que, al verlas, las personas generen recuerdos de su propia vida de niños, con el propósito de darle un reconocimiento a la memoria, al mismo tiempo que se encuentran aspectos como el de gestar en la mente de las personas, un recuerdo a partir de imágenes de los recuerdos de alguien más, considerando la memoria como un referente

colectivo. Es pertinente el trabajo de Falla, puesto que está directamente relacionado con la memoria, trata sobre lo que se recuerda, a partir, de un sonido o una imagen, que inmediatamente transporta, a quien está recordando, a un evento de su infancia, o sea, hay evocación. Así se está recalcando la importancia de la memoria en los distintos escenarios de la vida.

(Vallejo, 1985) Se encuentra como un referente la novela del autor colombiano, Fernando Vallejo titulada; *“Los días azules”*. Se trata de una historia sobre la niñez del autor; en ella se reflejan recuerdos de la infancia, entremezclados con una conmovedora historia, cuya lectura incita a recordar momentos y personajes de la infancia. Gracias a su narración en primera persona y a los acontecimientos que resultan cotidianos, es posible reconocerse a uno mismo en su historia; la relación con la familia, las personas que se quedan para siempre en la memoria, son algunas de las percepciones que denota la lectura de *“los días azules”*; un fuerte golpeteo de lo que fue una infancia ruda, pero conmemorable. Es un referente claro para la investigación y creación literaria, en la medida de considerarse un acercamiento directo a la niñez, al acto evocativo y a la importancia de la memoria; son aspectos compartidos, pues son fáciles de detectar en la obra de Vallejo y en este trabajo son el pilar que justifica la escritura de una novela.

(Builes, 2010) Es pertinente mencionar la obra de Gabriela Builes, titulada *“tren al pasado”* en la cual Juliana narra episodios de su infancia, como excusa de su amada soledad y de repentinos momentos del presente, cuenta instantes de su infancia en Puerto Berrio (Antioquia), los episodios pertenecen y se ubican en un lugar real. Juliana el personaje principal rememora a través de acciones, describe el lugar tanto en paisaje, como en situación política y económica, lo recuerda como un paraíso para turistas y para todo aquel que lo visitaba. Esta obra se relaciona con *“Nostálgico”* en la medida que se establece en los recuerdos, en lo fuerte que resulta la memoria cuando de recordar algo maravilloso se trata, además de incluir la infancia como algo imperdible en la memoria.

(Proust, 1967) En la literatura de talla internacional, se encuentra el gran escritor francés, Marcel Proust con su obra magna: *“En busca del tiempo perdido”*. De la cual se tiene como referencia del Tomo 1 (uno) los capítulos 1 y 2. *“por el camino de Swam”* y *“a la sombra de las muchachas en flor”* respectivamente. En los cuales el autor se direcciona al acontecer de los recuerdos a través de la memoria, identifica los recuerdos como la fuerza de esta, de tal modo

que en la mente también se construyen imaginarios de lo que pudo haber sido; Se trata de un joven que relata la vida de varias personas, incluyéndose, de quienes hacían parte de la clase dominante de París; su experiencia en el mundo y su sentimientos al recordar; partiendo de estas narraciones alude al pasado y al chispazo de la memoria para recordar algo que se había olvidado. Esta obra está relacionada en la medida que posee todos los aspectos que se tuvieron en cuenta en la construcción de este trabajo, la evocación, el recuerdo y la memoria, como principales precursores de toda su escritura.

(Arguedas, 1995) También se encuentra el escritor peruano José María Arguedas con su obra titulada, *“los ríos profundos”* muestra una historia relatada por un personaje llamado Ernesto, quien narra sucesos de su infancia, recorriendo Perú con su padre, el cual emprende un viaje hacía Abancay la capital del departamento de Apurímac, relatando las condiciones sociales de la época, recordándose como un niño, en el viaje hacia Abancay pasaron por el cuzco, ciudad natal de su padre y estando allí recuerda episodios de su niñez. A menudo se traslada al pasado y menciona la memoria en distintas ocasiones, cuando encuentra en su camino un motivo para hacerlo. Sin duda, *“los ríos profundos”* es uno de los aportes más significativos para este trabajo, puesto que se relaciona principalmente con los recuerdos de la infancia, encontrados en lugares, sonidos, olores, etcétera.

1.8.2. Marco teórico conceptual

Dentro del trabajo de creación literaria, es necesario mencionar que no es posible realizar de una manera adecuada, sin antes haber revisado un significativo número de documentos, que sirvan de cimientos para una buena producción; de este modo, es necesario adentrarnos un poco en lo que es la literatura, como principal columna de este trabajo; el texto literario y la novela, como ejes de la estructura y el tema central, esto sumado a los subtemas incluidos dentro de la novela, que tienen que ver con el papel de la memoria y los recuerdos, dentro de la vida del escritor y de cualquier ser humano, a través de la evocación.

La literatura es la teoría que estudia las obras escritas en verso o en prosa; considerada como el arte de escribir, un arte que ha sido utilizado para inventar historias, narrar acontecimientos, comunicar lo que se siente o piensa en una forma tan creativa como la pintura, un espacio que permite dejar la realidad de acuerdo con Erna von der Walde la literatura representa un mundo de ficción contrapuesto al mundo ficticio real:

La literatura no se refiere al mundo porque es un mundo en sí mismo, un mundo en el cual podemos escapar de las condiciones contingentes y fortuitas de nuestra existencia cotidiana.

El mundo de la literatura, a diferencia del mundo real o de nuestra experiencia de él, es ordenado (Walde, 1985)(p. 33).

Desde este punto de vista, la literatura es la clave de los seres humanos para evadir de alguna manera el contexto real; es un lugar habitable que se conecta con el pensamiento y lo convierte en un elemento vivo, el cual tiene un valor emotivo que supera cualquier tipo de realidad.

De acuerdo con esto se concibe, entonces, que la literatura es un mundo aparte, en el cual el escritor y el lector pueden refugiarse por tiempo indefinido, quizá el tiempo necesario hasta que la tormenta del mundo real, de la que se escapan, haya cesado; o únicamente cuando el individuo esté listo para enfrentar dicha tormenta, sobre todo cuando el producto de la lectura hecha logra conquistar su pensamiento, tejiendo un compromiso que acepta el lector, cuando de manera casi inconsciente se compromete a vivir y a aceptar también, la existencia de dicho mundo aparte. Sobre esto Amos Oz escribe que este compromiso se cierra en el inicio de cada obra:

Todo principio de relato es siempre una especie de contrato entre escritor y lector. Hay por supuesto toda clase de contratos, incluidos los que son insinceros. A veces, el párrafo o capítulo inicial actúa a la manera de un pacto secreto entre escritor y lector, a espaldas del protagonista (Oz, 2007).

Desde esta perspectiva es posible considerar que en la literatura hay un cortejo entre ese mencionado mundo aparte y el que escribe o lee; de manera que, se crea el inicio de un romance entre la conquista de las palabras puestas ahí por el escritor, con la intención de cautivar a quien lo lee y por qué no, de cautivarse a sí mismo, de sentirse a gusto con su cortejo, de mecerse en palabras que realmente hacen de su vida, algo mejor.

Por otra parte este cortejo que inicia básicamente con el cautivar al lector para que viva la historia de manera comprometida sin sentirse un elemento invasor de ella, sino parte de lo que ocurre y lo más cercano a aceptar la historia como una realidad, en cuanto a esto Vargas Llosa hace el siguiente señalamiento:

La mala novela que carece de poder de persuasión, o lo tiene muy débil, no nos convence de la verdad de la mentira que nos cuenta; ésta se nos aparece entonces como tal, una “mentira”, un artificio, una invención arbitraria y sin vida propia, que se mueve pesada y torpe como los muñecos de un mediocre titiritero, y cuyos hilos, que manipula su creador, están a la vista y delatan su condición de caricaturas de seres vivos cuyas hazañas o padecimientos difícilmente pueden conmovernos (Llosa, 1997) (p.37).

El poder de persuasión de un novelista es responsable de que el receptor encuentre motivos para quedarse, este depende, no solo de la emoción de la historia sino también del estilo, de su organización y de la creatividad; así lo especifica Vargas Llosa:

Las novelas están hechas de palabras, de modo que la manera como un novelista elige y organiza el lenguaje es un factor decisivo para que sus historias tengan o carezcan de poder de persuasión. Ahora bien el lenguaje novelesco no puede ser disociado de aquello que la novela relata, el tema que se encarna en palabras, porque la única manera de saber si el novelista tiene éxito en su empresa narrativa es averiguando si gracias a su escritura, la ficción vive, se emancipa de su creador y de la realidad real y se impone al lector como una realidad soberana (Llosa, 1997) (p.39).

El orden mencionado, que contiene la literatura, se convierte, entonces, en una fortaleza de esta, por ser un espacio en el cual el receptor se instala con comodidad; no solo se convierte en un ser diferente, sino mira su contexto de una forma distinta, de una mejor manera; se atreve a transfigurar el mundo ilimitadamente, basándose en la experiencia vivida, en el mundo real. Ahora bien, el papel de quien reinventa este mundo, o sea del escritor, es similar, puesto que quien crea un mundo para fascinar debe entrar en él, para atreverse, luego, a narrar, ya que lo que escribe, es el resultado de su experiencia.

Por ende, se dice que los resultados de un escritor son, en cierta manera, las fantasías y recuerdos que conforman un mundo agradable a su parecer, llamado literatura, es decir, de alguna manera hay un lazo determinante que impulsa al escritor a crear sus historias basándose en su veteranía del vivir. De acuerdo con esto, Vargas Llosa sostiene:

En un sentido menos material, desde luego, el novelista está también escarbando en su propia experiencia, en pos de asideros para inventar historias. Y solo para

para recrear personajes, episodios o paisajes a partir del material que le suministran ciertos recuerdos. También porque encuentra en aquellos habitantes de su memoria el combustible para la voluntad que se requiere a fin de coronar con éxito ese proceso, largo y difícil (Llosa, 1997) (p.23).

Dentro de la literatura, además, se asemeja al escritor con el narrador, relacionándolos directamente entre sí, sin embargo es posible diferenciarlos, al ser el narrador un ente que reemplaza al escritor implícitamente en el momento que el escritor lo crea, esto de acuerdo a Seymour Chatman, quien además afirma que en el acto de narración quien narra es alguien distinto al escritor, a la vez que quien lee se convierte en alguien distinto a un lector real, haciendo que la creación de ese mundo literario sea completamente seria, convirtiendo al lector real en lector implícito, impregnándolo con lo que partió de una experiencia real . Chatman (1978) (p. 158.159).

A partir de lo dicho, se sabe que el narrador existe una vez que el público siente que le están contando algo, presuponiendo que alguien lo hace, de manera tal, el narrador se convierte en un lazo conductor entre la historia y quien la percibe; ante esto Chatman (1978) Agrega:

La presencia del narrador se deriva de la sensación del público de que hay una comunicación demostrable, si siente que le están contando algo, supone que hay alguien que lo cuenta. La alternativa sería ser “testigos directos” de la acción (Chatman, 1978) (p. 158).

Se entiende que el narrador, entonces, es un ser distinto del autor, un ser que existe porque el público así lo concibe y porque el autor lo adquiere para contar los sucesos de su historia. Cabe mencionar que el narrador no es el autor de la obra, pues el primero es la creación del segundo, el ser humano no podría ser Dios solo por el simple hecho de que Él creó la humanidad; sobre esto Chatman (1978) citando a Walker Gibson afirma:

“el hablante de una obra literaria no puede ser identificado con el autor y, por consiguiente, el carácter y condición del hablante solo puede conocerse a través de la evidencia interna, a menos que el autor haya proporcionado un contexto pragmático, o que diga que lo ha hecho, que lo conecta con el hablante” 2. Pero aun en ese contexto, el hablante no es el autor, sino el “autor” (las comillas del “como si”), o mejor aún el narrador-“autor”, uno de varios tipos posibles. (p. 159)

Además, hay un tercer elemento demostrable, apodado apropiadamente por Wayne Booth, el “autor implícito”.

El autor implícito de acuerdo a Chatman (1978) es un ser que no narra, o sea no cumple la misma función del narrador, pero de alguna manera construye el escenario a través de los hechos, no tiene voz sin embargo está presente en todos los actos y personajes:

A diferencia del narrador, el autor implícito no puede contarnos nada. Él, o mejor dicho, *ello* no tiene voz, ni medios de comunicación directos. Nos instruye silenciosamente, a través del diseño general, con todas las voces, por todos los medios que ha escogido para enseñarnos. (p. 159)

Así mismo se conoce la existencia de un “narrador no fidedigno” así llamado porque es totalmente opuesto al autor implícito:

Lo que hace a un narrador no fidedigno es que sus valores divergen notablemente de los del autor implícito; es decir, el resto de la narración —“la norma de la obra”—entra en conflicto con la presentación del narrador y empezamos a sospechar de su sinceridad o competencia para contar la “versión verdadera”. El narrador no fidedigno prácticamente se contradice con el autor implícito, de otro modo no sería aparente su condición de no fidedigno (Chatman, 1978) (p. 160)

El narrador es considerado como como el personaje más importante según Vargas Llosa (1997) es de quien en cierta manera dependen todos los demás, ratificando que es un ser totalmente distinto del autor que, además, está dotado de distintas características que lo identifican como “narrador-personaje, narrador-omnisciente o narrador-ambiguo” entendiendo que es posible identificar cada tipo de narrador desde la persona gramatical en la que comienza la historia; si es desde un *yo* se trata de un narrador-personaje; sin embargo si narra en tercera persona desde un *él* se trata de un “narrador-omnisciente” quien se mantiene fuera del espacio narrado haciendo el papel de Dios, por otro lado el “narrador-ambiguo” es aquel del que no se puede saber con certeza si narra desde dentro o fuera del “mundo narrado”. (Llosa, 1997) (p.54)

Sobre la experiencia del narrador, cabe aclarar que el narrador y el escritor son dos cosas totalmente distintas, Walter Benjamin sostiene: “La experiencia que se transmite de boca en boca es la fuente de la que se han servido todos los narradores. Y los grandes de entre los que registraron historias por escrito...”...“Se contempla la posibilidad de que detrás de la literatura hay historias contadas por hombres, que poseían el don de la escucha y la creación”; además,

de ser un pasaje directo al mundo del pasado, la literatura es considerada la mejor manera de revivir dicho mundo, siendo este complementado con destellantes muestras del delirio mental incomparable de un escritor. (Benjamin, 1936) (p. 2)

Sin embargo, la acción del narrador se compone desde la experiencia la cual lo convierte en un consejero, que da consejos desde los caminos que ha recorrido. En este sentido existe una contraposición entre lo que significa la narración y específicamente, la novela, puesto que, según Benjamin (1936) la novela carece de consejo:

El narrador toma lo que narra de la experiencia; la suya propia o la transmitida, la toma a su vez, en experiencias de aquellos que escuchan su historia. El novelista, por su parte, se ha segregado. La cámara de nacimiento de la novela es el individuo en su soledad; es incapaz de hablar de forma ejemplar sobre sus aspiraciones más importantes; él mismo está desasistido de consejo e imposibilidad de darlo (Benjamin, 1936) (p. 4)

Por esta razón, es posible considerar que la creación literaria surge, desde la experiencia de la comunicación, de la vida del autor y de un entorno que se desarrolla dentro de una sociedad, se encuentra que el escritor atribuye al narrador, características de su vida presente o pasada, compartiendo, de alguna manera, parte de esa experiencia con el receptor, quien, a su vez, se toma el papel de ese personaje de la historia o, lo entiende como alguien diferente al escritor; adquiriendo también de este, un pensamiento diferente acerca del mundo en el que se encuentra visualizando, también la existencia de los distintos tipos de narrador desde el espacio que ocupa en la narración:

- a) Un narrador-personaje, que narra desde la primera persona gramatical, punto de vista en el que el espacio del narrador y el espacio narrado se confunden;
- b) Un narrador-omnisciente, que narra desde la tercera persona gramatical y ocupa un espacio distinto e independiente del espacio donde sucede lo que narra;
- y
- c) Un narrador-ambiguo, escondido detrás de una segunda persona gramatical, un *tú* que puede ser la voz de un narrador omnisciente y prepotente, que, desde afuera del espacio narrado, ordena imperativamente que suceda lo que sucede en la ficción, o la voz de un narrador-personaje, implicado en la

acción, que, presa de timidez, astucia, esquizofrenia o mero capricho, se desdobla y se habla a sí mismo a la vez que habla al lector (Llosa, 1997)(p.55).

Consolidando este aporte en relación con el narrador, el autor y lo que se narra en una creación literaria, desde la perspectiva, el tiempo y el espacio estrechamente ligados al narrador y a lo narrado, es pertinente considerar la importancia de identificar e implementar dentro de cualquier escrito los tipos de narrador y aquello que quiere contar.

Por otra parte, sobre la experiencia en la literatura, tiene como objetivo contar la vida, de manera que se realice un viaje al pasado para extraer recuerdos que ayuden a sobrellevar algunas de las adversidades más comunes de esta en el presente y para que, de algún modo, quede registrado por escrito, afirma Hernández Guerrero que quienes escriben:

Sienten cierta necesidad de explorar el pasado, de hacer que la experiencia acumulada pase a formar parte del presente, de dejar constancia por escrito de aquellas experiencias que, según ellos, pueden ayudar a los demás; pero, en el fondo de sus explicaciones, se trasluce el deseo de evitar que el paso del tiempo borre sus huellas. (Guerrero, 2012) (p. 7)

Partiendo de esto, junto con el deseo que nace en muchas personas de hablar de su pasado, o sea de contar sus experiencias más significativas, para no ser olvidados, se incluyen aspectos ligados a la necesidad de establecer la memoria como el principal elemento de la escritura, mayormente si hay un deseo de contar la vida en un texto biográfico.

Bien pareciera que, por todo esto, la literatura se concibe como un contenedor de vidas y pensamientos, que han servido como propulsores de una constante renovación, puesto que es un medio infinito, que se atiene a los cambios de un resurgir cotidiano. Añadido a esto, la posibilidad de escribir a partir de las experiencias de vida ha permitido ampliar el conocimiento, tanto en textos de tipo biográfico, como en culturas y contextos distintos, ante esto es pertinente volver a citar a Vargas Llosa:

Me atrevo a sostener que no hay excepciones a esta regla y que, por lo tanto, la invención químicamente pura no existe en el dominio literario. Que todas las ficciones son arquitecturas levantadas por la fantasía y la artesanía sobre ciertos hechos, personas, circunstancias, que, marcaron la memoria del escritor y pusieron en movimiento su fantasía creadora, la que, a partir de aquella simiente, fue erigiendo todo un mundo, tan rico y múltiple que a veces resulta casi

imposible (y a veces sin casi) reconocer en él aquel material autobiográfico que fue su rudimento, y que es, en cierta forma, el secreto nexo de toda ficción con su anverso y antípoda: la realidad real (Llosa, 1997) (p. 22).

Respecto a esta consideración, si se entiende la literatura como un contenedor de vidas, existe, además un planteamiento sobre el escritor de una historia, quien, además de hacer una “creación narrativa desde su experiencia, puede hacerlo también desde cualquier escenario”; incluso de la experiencia de su niñez, creando a un narrador, que desempeñe su papel. Además, “la experiencia se adquiere viajando a otros lugares, viviendo otros entornos”, viviendo y admirando la vida como otro ser; como el ser que narra; sirve como evidencia de que aquel que viaja cuenta su recorrido, su paso por distintos lugares, en los que encontró e hizo historias; a pesar de que esto sea verídico, se sabe que “las personas que nunca han dejado su lugar natal tienen en su repertorio historias que vale la pena escuchar”. Historias que deambulan en su memoria. (Benjamin, 1936) (p.3).

De este modo se muestra, además la relación del narrador con el espacio, el cual está ligado al mismo tiempo con el tipo de narrador, en este sentido Chatman (1978) refiere que el narrador puede pasar de una escena a otra de manera instantánea:

Al narrador se le puede permitir que relate escenas de una en una (una en la que su conciencia central esté presente visualmente), o puede tener el poder de pasar de una a otra escena con entera libertad en un intento de expresar acciones simultáneas (como en el capítulo de la feria del condado en *Madame Bovary*), o puede asumir (separada o adicionalmente) el poder de ignorar escenas individuales y resumir espacialmente lo que ha sucedido (llamada a veces función “panorámica”) (Chatman, 1978) (p.228).

Lo que se resalta, desde luego, es que la literatura se compone en distintos escenarios, en los cuales se adapta, si se quiere, de acuerdo a la intención y a la interpretación, porque esta es sometida a la cosmovisión del autor, que a la vez crea personajes, incluso, se reitera, crea un narrador con ideales y valores distintos a los suyos; al cual Chatman en su obra denomina “Narrador no fidedigno” cuando este deposita en su texto literario, parte del contexto que lo rodea, como un pensamiento opuesto al de un “autor implícito”, quien tampoco es el autor real. Así mismo, a la interpretación del lector que también se realiza desde el contexto que tenga y de la manera que asimile el texto y los personajes.

La diferencia es especialmente evidente en el caso del “narrador no fidedigno” (otra de las felices creaciones de Booth). Lo que hace a un narrador no fidedigno es que sus valores divergen notablemente de los del autor implícito; es decir, el resto de la narración —“la norma de la obra”—entra en conflicto con la presentación del narrador y empezamos a sospechar de su sinceridad o competencia para contar la “versión verdadera”. El narrador no fidedigno prácticamente se contradice con el autor implícito, de otro modo no sería aparente su condición de no fidedigno (Chatman, 1978) (p.160).

De acuerdo con esto hay distintas razones que diferencian al autor del narrador, pues, un narrador es ya la creación del escritor que contempla la historia, posiblemente desde otras perspectivas. Es sabido que el autor no es quien narra, sino que existe un narrador que de alguna manera lo camufla o lo doblga en la obra, lo cual implica al mismo tiempo la inexistencia de este; además la no existencia de un autor al respecto provoca que el lector también sea implícito, primero sobre la diferencia entre autor y narrador, Seymour Chatman (1978) afirma:

Como afirma Monroe Beardsley, “el hablante de una obra literaria no puede ser identificado con el autor y, por consiguiente, el carácter y condición del hablante solo pueden conocerse a través de la evidencia interna, a menos que el autor haya proporcionado un contexto pragmático, o que diga que lo ha hecho, que lo conecta con el hablante”. Pero aun es ese contexto, el hablante no es el autor, sino el “autor” (las comillas del “como si”), o mejor aún el narrador-“autor”, uno de varios tipos posibles (Chatman, 1978) (p.158).

Segundo, Seymour Chatman menciona a un “tercer elemento” citando a Wayne Booth quien refiere la existencia demostrable del autor implícito: “Al escribir, [el autor real] no crea simplemente un “hombre en general”, ideal, impersonal, sino una versión implícita de “sí mismo” que es diferente a los autores implícitos que encontramos en las obras de otros hombre” (p.159).

Tercero se hace evidente la presencia de un “complemento” para el “autor implícito” que es el “lector implícito”, Chatman (1978) dice:

El complemento del autor implícito es el *lector implícito*, no usted o yo en carne y hueso, sentados en nuestra sala de estar leyendo el libro, sino el público

presupuesto por la misma narración. Lo mismo que el autor implícito, el lector implícito siempre está presente (Chatman, 1978) (p.161).

Por otra parte es necesario mencionar al narratario quien surge a partir de un contrato que el “lector real” asume convirtiéndose en “lector implícito” siendo llevado a esa situación al permitir la alianza con el narratario:

La situación del narratario es paralela a la del narrador: abarca desde un individuo completamente caracterizado a “nadie”. De nuevo, la “ausencia” “el no estaría indicando” se pone entre comillas. De algún modo, todo cuento implica un oyente o un lector de la misma manera que implica a alguien que lo cuente. Pero el autor puede, por diversas razones, no mencionar estos componentes e incluso hacer todo lo posible por indicar que no existen (Chatman, 1978) (p. 162).

Desde los principios que rigen la literatura desprende un género, que conforma una parte importante de ella: el *texto literario* representa la producción textual, en “un lenguaje técnico”, que se propone como parte de la estética del texto; es decir, dentro del texto literario se omiten ciertos rasgos que hacen parte del lenguaje coloquial, siendo reemplazados por cultismos, extranjerismos y arcaísmos, entre otros. De tal manera el texto literario, además de comunicar una idea, se caracteriza por enseñar. En tal sentido, Carlos Reis (1989) declara:

Uno de los aspectos fundamentales que caracterizan la enseñanza de la lengua es el constituido por la importancia que en su contexto se atribuye al texto literario como pretexto y soporte documental de la referida enseñanza. Se basa esta opción en el convencimiento de que el dominio de la lengua está en contacto estrecho con los escritores cultural y estéticamente más reputados (Reis, 1989) (p. 133).

En concordancia esto, para que el texto literario sea reconocido como tal debe incluir aspectos tanto estéticos como semánticos, diferenciándose del texto no literario, por la utilización de palabras con distintos significados, conocido como polisemia, que le atribuye, dice Reis, distintas maneras de ser entendido:

Por otra parte, la polisemia que en el texto no literario se revela muchas veces como un factor de perturbación comunicativa, se afirma, en el texto literario, como elemento de valorización estético-semántica, contribuyendo así a

conferirle una dimensión plurisignificativa, capaz de garantizarle su vitalidad artística. Además de esto, el texto literario atribuye al soporte material que lo vehicula (sonoridad o imagen gráfica) una considerable importancia, evidente de forma inequívoca en el ámbito del discurso poético, cuando componentes del tipo de la rima, del ritmo, de la aliteración o de la simple configuración estrófica del poema vienen a reforzar la plurisignificación mencionada (Reis, 1989) (p.134).

Esta coalición entre estética y semántica permite la aparición de imágenes y sonidos que consolidan y refuerzan la variedad de significados, cuya aparición se refleja en textos poéticos, en versos con ritmo, rima y aliteración. Así, cuando se refuerza la plurisignificación, se hace teniendo en cuenta condiciones directamente relacionadas con la comunicación y una estructura lingüística, como base fundamental de la estructura del texto literario, cuya función es que el lenguaje utilizado sea culto.

Otro hecho a considerar es que el texto literario se desliga del oral, pues su producción sugiere un esfuerzo extra, puntuación, ortografía, redacción y figuras literarias mejor planteadas, mientras que el texto oral se aparta de estas condiciones, apropiándose de otras propiedades, como entonación, habilidad expresiva y convencimiento; así mismo, señala Guerrero (2012), que “aunque se suele repetir con ingenua seguridad que hemos de escribir como hablamos, nosotros opinamos que la escritura es una actividad lingüística diferenciada del lenguaje oral; es una tarea cuyo ejercicio exige el dominio de destrezas peculiares” (Guerrero, 2012) (p. 28)

Con base en esto, se entiende que el texto literario es la columna vertebral de la literatura; si se admite que, en la canonización de un texto, también se tienen en cuenta aspectos relacionados con la redacción y el lenguaje culto, significa que estructurar de manera correcta un texto literario conduce a la producción de una buena literatura; sin embargo, se produce una división de esta literatura, diferenciando lo que es necesario de aquello que causa placer; tal cual afirma Guerrero (2012), “hemos de distinguir entre la escritura como una mera representación gráfica de palabras que informan, y la escritura como un arte peculiar de expresar opiniones, de provocar sensaciones, de transmitir emociones y de comunicar vivencias” (Guerrero, 2012) (p. 29).

A manera de conclusión, se aprecia que el texto literario es el núcleo que brinda enseñanza, con el enriquecimiento del lenguaje formal, con la estética y con su buena estructura lingüística, despertando sobre todo el interés, porque transmite visiones del mundo, que crean encanto o desencanto, dependiendo de la posición, pensamiento y nivel sociocultural del lector.

La novela es el texto moderno que supera las narraciones cortas, como cuentos y fábulas; nacida con la Ilustración, ha sido una de las fuentes de literatura más importantes, pues gracias a su aparición fue posible el conocimiento de culturas en distintas épocas, poder estudiar lenguas muertas y conocer los orígenes del lenguaje actual, a partir de las obras de autores destacados de la lengua castellana, como Cervantes, sobre esto, es Milan Kundera (1985), quien considera que el inicio de la edad moderna incluyó la escritura de la novela:

En efecto, para mí el creador de la Edad Moderna no es solamente Descartes, sino también Cervantes.

Es posible que sea esto lo que los dos fenomenólogos han dejado de tomar en consideración en su juicio sobre la Edad Moderna. Al respecto deseo decir: si es cierto que la filosofía y las ciencias han olvidado el ser del hombre, aún más evidente resulta que con Cervantes se ha creado un gran arte europeo que no es otra cosa que la exploración de este ser olvidado (Kundera, 1985) (p. 2).

Sobre esto, se reitera que la novela es un arte capaz de inmortalizar al ser más despreciable, marginado e ignorado, hasta volverse un símbolo, un representante o un personaje que contiene el encanto de este arte, en todas sus dimensiones, como lo es *el Quijote* de Cervantes, novela que da lugar al pensamiento de un “anti-héroe”, que asume ese papel cuando se muestra humano, de mente delirante, amante de los sueños y de las letras, un héroe que salva su existencia con historia.

Aquello que se salva en la novela no es, por cierto, algo material, sino la presencia de un ser que no quiere que lo olviden:

La novela acompaña constante y fielmente al hombre desde el comienzo de la edad moderna. La "pasión de conocer" (que Husserl considera como la esencia de la espiritualidad europea) se ha adueñado de ella para que escudriñe la vida concreta del hombre y la proteja contra "el olvido del ser"; para que mantenga "el mundo de la vida" bajo una iluminación perpetua. (Kundera, 1985)

Si bien es cierto que la novela surge en la modernidad, se conoce, también, que fue una labor muy antigua, que se remonta a la novela griega que, según Bajtín, es el primer tipo de novela antigua; además, se considera la novela como algo que durante años ha permanecido como un género que está vigente:

Es el único género en proceso de formación entre géneros acabados desde hace tiempo y parcialmente muertos. Es el único género producido y alimentado por la época moderna de la historia universal y, por lo tanto, emparentado con ella; en tanto que otros géneros los ha heredado esa época en forma acabada y tan sólo están adaptados. (Bajtín, 1989).

De esta manera, se confirma que la novela es un género que permite ser investigado, explorado, al ser el único género inacabado; de aquí que el significado etimológico de novela viene del italiano “novella, que, a su vez, viene de nova que significa nueva”. Lo nuevo o lo que se renueva, “pues se alimenta de la época moderna”, es la historia universal; “en tanto el universo siga existiendo, no dejarán de fluir, como el agua, las historias que le dan relevancia a este género”. (Bajtín, 1989).

Paul Ricoeur afirma que: “el tiempo en la novela es tan efímero como la vida misma del narrador”; y “es la novela el lugar en el que se desencadena una estrecha relación entre el tiempo y la memoria”; la existencia del tiempo, en la novela, puede ser unificado, de alguna manera, porque es posible, recuperar el pasado gracias a la memoria; en este sentido, se abren infinitas posibilidades de tiempo, que tienen su lugar en ella, pues el transcurrir del tiempo es subjetivo: “el pasado es la memoria, el presente es el estar y el futuro es la espera, razones girando en torno a la experiencia” (Ricoeur, 1985).

En consecuencia, esto lleva a creer que la novela, al ser un género inacabado, y entendiendo la subjetividad del tiempo, es posible caracterizar su inacabada existencia por medio de la presencia de un tiempo que se vuelve infinito, de un tiempo que cambia, pero que permanece; de un poder desistir del paso real; en cuanto a esto, Paul Ricoeur citando las confesiones de San Agustín, declara:

Para efectuar este último paso, Agustín lo reanuda con una aserción anterior (16, 21 y 21, 27), que no solo quedó en suspenso, sino que pareció sumergida por el asalto escéptico: medimos el tiempo cuando pasa; no el futuro que no existe, ni el presente que no tiene extensión, sino “los tiempos que pasan”. En el paso

mismo, en el tránsito, hay que buscar a la vez la multiplicidad del presente y su desgarramiento. (Ricoeur, 1985)

Es de gran importancia reconocer los elementos que caracterizan la novela, los cuales hacen parte del desarrollo de unas acciones que desempeñan los personajes, que se desenvuelven en un lugar, espacio, tiempo elegidos por un escritor; estos elementos hacen que el ambiente del lector se transforme en el de la novela; no solo lo transforma, sino lo transporta al lugar que allí se plantea según Alonso Lafuente (2002): “De ello, pues, se deduce que sus rasgos caracterizadores son la acción, el punto de vista, los personajes, el tiempo y el espacio. (Lafuente, 2002)”

De la acción como primera característica, Alonso Lafuente (2002) destaca: “Esta acción novelesca (o trama) representa el flujo y urdimbre de la vida misma y suscita en el lector una ancestral actitud de intriga, de curiosidad, similar a la del sultán ante los relatos de Seherezade.” (Lafuente, 2002) (p. 96).

Continuando, el punto de vista en la novela, se encuentra estrechamente relacionado con el tipo de narrador, con la influencia de este sobre la obra, su participación o no en la historia desarrollada, y el punto de vista que se desea desarrollar en ella:

El punto de vista se relaciona directamente con la perspectiva —omnisciente, objetivista o intimista— que adopte el narrador, lo cual afecta no sólo a la elección del modo verbal y de determinada persona (1.~,2S o 3.~), sino también a la estructuración misma del relato, puesto que atañe al modo de presentar y construir la narración, al ángulo específico de la visión o punto de vista a través del cual se enfocan los personajes y los acontecimientos. (Lafuente, 2002)

Respecto del narrador también se dice que es una creación del escritor que hace que este pase desapercibido en toda la historia, incluso que el narrador se convierte en un “autor implícito” que se desenvuelve en la narración, sin requerir mayor esfuerzo, a tal punto de convertir al lector en un “lector implícito” que se entrega fácilmente a su dominante impulso, así afirma Seymour Chatman sobre el lector implícito: “cuando acepto el contrato de la ficción añado otro ser: me convierto en lector implícito” (Chatman, 1978).

Esto quiere decir, que hay un entrelazamiento entre el lector y el autor que los orienta a “convivir” dentro de una misma trama, la creada por el escritor, sobrepuesto por el narrador

convertido en “autor implícito”, une el sentido de percepción del mundo del lector con el del narrador, en el cual no se encuentran “el autor real” ni “el lector real”, haciendo parte de su esencialidad. Sobre esto también se entiende que en un texto narrativo no solamente se encuentra la presencia de un solo individuo, se menciona al narrador y al lector como dos cómplices de lo narrado, así lo plantea Seymour Chatman: “El autor implícito ha establecido una comunicación secreta con el lector implícito” (Chatman, 1978)(p. 251).

Sobre el narrador se dice que hace parte de la historia, tanto de manera implícita como explícita, todo depende de lo que se alcance a observar en la lectura. En cuanto a esto, hablando del narrador en la novela “El Quijote de la Mancha” Vargas Llosa afirma:

El narrador de la novela está instalado en la primera persona, habla desde un *yo*, y, por lo tanto, es un narrador-personaje cuyo espacio es el mismo de la historia. Sin embargo, pronto descubrimos que, aunque ese narrador se entrometa de vez en cuando como en la primera frase y nos hable desde un *yo*, no se trata en absoluto de un narrador-personaje, sino de un narrador omnisciente, el típico narrador émulo de Dios, que, desde una envolvente perspectiva exterior nos narra la acción como si narrara desde fuera, desde un *él* (Llosa, 1997) (p.56).

Además se encuentra también, que el narrador puede estar dentro y fuera de la novela “espacio narrado” y puede cambiar tanto de tipo, como de personaje:

De más está decirle algo que usted debe de haber reconocido hace rato: que esas mudanzas de narrador no son infrecuentes en las novelas. Todo lo contrario, es normal que las novelas sean contadas (aunque no siempre lo advirtamos a primera vista) no por uno, sino por dos y a veces varios narradores, que se van relevando unos a otros, como en una carrera de postas, para contar la historia. El narrador es, en todos los casos, un narrador-personaje, implicado en la acción, instalado en el espacio narrado. Pero, aunque en este sentido el punto de vista espacial se mantiene incambiado, la identidad de ese narrador cambia de un personaje a otro (Llosa, 1997)(p.59).

Ahora bien, los personajes son “un factor de vital importancia en la novela”, según Alonso Lafuente (2002): “la historia narrada exige la presencia de seres humanos situados en un espacio determinado, que se mueven en una determinada acción.” El personaje puede ser un

hombre o una mujer, en un caso común; también puede serlo un lugar, un objeto, un elemento; los personajes y su presentación dependen únicamente del autor, quien presenta al personaje y poco a poco le va atribuyendo características y acciones que atraen al lector; pasa de ser un don nadie a ser un protagonista de una historia. (Lafuente, 2002) (p.100)

Estos personajes pueden estar estrechamente entrelazados con el narrador, pues en ocasiones se presentan personajes que narran lo sucedido en el lugar de la historia, un aporte importante sobre el narrador-personaje lo hace Vargas Llosa:

¿Recuerda usted el comienzo? “nos encontrábamos en clase cuando entró el director. Le seguían un nuevo alumno con traje dominguero y un bedel cargado con un gran pupitre.” ¿Quién es el narrador? ¿Quién habla desde ese *nosotros*? No lo sabremos nunca. Lo único evidente es que se trata de un narrador-personaje, cuyo espacio es el mismo de lo narrado, testigo presencial de aquello que cuenta pues lo cuenta desde la primera persona de plural. Como habla desde un nosotros, no se puede descartar que se trate de un personaje colectivo, acaso el conjunto de alumnos de esa clase a la que se incorpora el joven Bobary (Llosa, 1997)(p.60).

De esta manera, la afirmación de Vargas Llosa encamina al descubrimiento de cómo gran parte de las novelas, tienden a contener narradores anónimos o de difícil identificación, sin embargo, cabe aclarar, el narrador sigue siendo alguien diferente del escritor o creador. El papel que se desempeña desde el narrador puede considerarse como el causante de la intriga, el misterio, aquello que está oculto y se va revelando página, tras página. También es importante resaltar que de acuerdo con Vargas Llosa, la novela no es narrada únicamente por un narrador, sino por varios que “se van turnando” para llevar al desarrollo de la novela incluso desde lo que se conoce como “narrador-personaje” cuya ventaja es que sus características “pueden variar hasta el infinito” (Llosa, 1997) (p.66-67)

Por otro lado, la novela, además de ser caracterizada y de ser hecha a partir de una estructura, es el encuentro con lo desconocido, con lo que se desea descubrir; en ella se encuentran lugares insospechados, personajes y acciones que defienden un pensamiento y una cultura. En cuanto a esto, Milán Kundera afirma:

Comparto la obstinación con que Hermann Broch repetía: descubrir lo que sólo una novela puede descubrir es la única razón de ser de una novela. La novela que

no descubre una parte hasta entonces desconocida de la existencia es inmoral. El conocimiento es la única moral de la novela. (Kundera, 1985) (p. 3)

De este modo, se encuentra que el narrador según Walter Benjamin (1936), “Aporta de por sí, velada o abiertamente, su utilidad; algunas veces en forma de moraleja, en otras, en forma de indicación práctica, o bien como proverbio o regla de vida.” (p.4) No obstante, bajo estos parámetros, que son relacionados con la idea de que el narrador se convierte en un consejero para quien escucha y, sin embargo, con el tiempo, el comunicar las experiencias a través del narrar se ha ido disminuyendo, sobre todo con la aparición de la novela; en consecuencia de esto, Walter Benjamin sostiene:

El arte narrar se aproxima a su fin, porque el aspecto épico de la verdad, es decir, la sabiduría, se está extinguiendo. Pero éste es un proceso que viene de muy atrás. Y nada sería más disparatado que confundirla con una «manifestación de decadencia», o peor aún considerarla una manifestación «moderna». Se trata, más bien de un efecto secundario de fuerzas productivas históricas seculares, que paulatinamente desplazaron a la narración del ámbito del habla, y que a la vez hacen sentir una nueva belleza en lo que desvanece (Benjamin, 1936) (p.16)

Sobre el oficio de quien escribe novelas, es pertinente considerar la obra de Vargas Llosa, “cartas a un joven novelista”, en la cual no solo presenta argumentos firmes y concretos sobre la tarea de escribir tras una vocación y no tras la fama, sino, resaltar nuevamente que el escritor no nace, tampoco es un acto divino que surge del cielo, ni se hace de la noche a la mañana, el escritor tampoco lo es por decisión; cuando un escritor comienza este reto se destina a fallar, a no comprender, a luchar contra sus ideales y a buscar respuestas en todo lugar, lo hace desde la experiencia contenida en su memoria:

Aunque creo que la vocación literaria no es algo fatídico, inscrito en los genes de los futuros escritores, y pese a que estoy convencido de que la disciplina y la perseverancia pueden en algunos casos producir el genio, he llegado al convencimiento de que la vocación literaria no se puede explicar solo como una libre elección. Ésta, para mí, es indispensable, pero solo en una segunda fase, a partir de una primera disposición subjetiva, innata o forjada en la infancia o primera juventud, a la que aquella elección racional viene a fortalecer, pero no a fabricar de pies a cabeza (Llosa, 1997) (p.10)

Se puede considerar que la escritura es un arte que se logra con la acción, alimentando constantemente un talento que no siempre lo fue, garantizando, de alguna manera, mantener viva la llama de ese amor por la escritura; amor que se transforma en la constancia y el empeño, en permanecer con firmeza en la labor de ser escritor.

Como conclusión, es pertinente aclarar que la novela, como género narrativo, sigue siendo de gran importancia, tanto en lo literario como en el ámbito educativo; por ser el único género que se sigue reproduciendo y sigue causando impacto en todos los lectores. Portadora de culturas, de herencias, de personajes míticos y de símbolos de identificación, la novela es un género que no envejece, por ser una creación desde la experiencia y proceso del novelista.

La *Memoria* y el *recuerdo* son aspectos determinantes en el existir de las personas, puesto que la vida de un ser humano se construye a base de recuerdos; dijo Victoriano Cremer: “un hombre sin recuerdos, es un hombre sin historia” (Cremer, 2014); es posible que, frente al olvido se encuentren los actos de memoria que revelan las pasiones de un individuo; el olvidar tiene como consecuencia acudir a la memoria para que algo exista de nuevo, para que alguien siga siendo, como mínimo, un recuerdo. De lo que no se trata es de pensar que los recuerdos viven todo el tiempo en la mente de las personas, sino viven en las cosas, porque son las cosas el refugio donde se guardan; en estas, el recuerdo se hace táctil; en este punto, el objeto se entrega al banal deseo masoquista de ser conservado. Vargas Falla advierte:

Los recuerdos, se encuentran en la memoria, en donde archivamos las cosas que percibimos todos los días. De esta manera, los recuerdos son guiados por percepciones sensoriales, para dar nuevos significados y en este sentido cuando percibimos, la memoria se convierte en el mismo transmisor y receptor de nuevos impulsos o nuevas percepciones (Falla, 2008)

Para Proust(1871-1922), La escritura, a partir de los recuerdos, crea un entrelazamiento entre el presente y la imagen relacionada a un momento del pasado, la evocación a través de objetos, que están presentes en la vida de alguien; desde una interpretación más actual, refiere que la vida se construye de “recuerdos que son transportados al presente por medio de la memoria”, pero, de forma “involuntaria”, “encontraba cierto encanto en estas brillantes proyecciones que parecían emanar de un pasado merovingio y paseaban por mi alrededor tan arcaicos reflejos de historia”. Podría decirse, que además, son recuerdos que no están siempre allí, en la cabeza, sino llegan como rayos por medio de algo (Proust, 1967)

El acto involuntario de la memoria se produce cuando no se espera, traído al presente por medio de objetos, lugares, olores, incluso sabores, se guardan en el recuerdo de cada persona y materializan en la categoría correspondiente. La memoria no son las cosas que decidimos recordar por convicción propia, sino aquellos recuerdos que, de repente, llegan a través de causalidades que hacen del pensamiento una fuente inagotable de evocación.

La memoria también tiene espacios, que se sumergen y se recuerdan, decisivamente, que permanecen, haciendo parte de una historia que jamás será olvidada, un llamado, recuerdos voluntarios o involuntarios que permanecen; como se muestra en la obra de Marcel Proust,

Aquí en Tansonville, en casa de la señora Saint-Loup, hacemos un género de vida muy distinto y es de muy distinto género el placer que experimento en no salir más que de noche, en entregarme, a la luz de la luna, al rumbo de esos caminos en donde antaño jugaba, a la luz del sol; y esa habitación, donde me he quedado dormido olvidando que tenía que vestirme para la cena, la veo desde lejos, cuando volvemos de paseo, empapada en la luz de la lámpara, faro único de la noche. Estas evocaciones volitarias y confusas nunca duraban más allá de unos segundos; y a veces no me era posible distinguir por separado las diversas suposiciones que formaban en la trama de mi incertidumbre respecto al lugar en que me hallaba. (Proust, 1967)(p.3).

El valor que tienen la memoria y el recuerdo, dentro de la creación literaria, es de carácter no solo formativo, desde la experiencia, estos se muestran como elementos que proporcionan ideas de forma natural. En la vida de todo ser humano se conservan momentos, algunos que no se tienen presentes, pero en cualquier campo, con alguna excusa de por medio, aparecen y es posible darse cuenta que siguen ahí; y otros que están muy vivos en el pensamiento porque representan un hecho de gran significado para la vida.

Sin embargo, es sabido que los momentos no siempre son los protagonistas de un recuerdo, los son también, personas, lugares, sentimientos o cosas. La memoria no tiene preferencia en absoluto por ninguno de los mencionados, pero existe un acto de evocación preciso para cada uno, algo que mimetice la acción presente, con el recuerdo del pasado; Marcel Proust también expresa la evocación con personas que de alguna manera muy directa influyeron en él, describiendo también un sentimiento, lo cual quiere decir que también se evoca sensaciones, Proust, capítulo I “por el camino de Swann”:

y le gritó con voz breve: “adiós Gilberte, me voy: no se te olvide que esta noche, después de cenar, vamos a tu casa.” Aquel nombre de Gilberte pasó junto a mí y evocó con tal fuerza la existencia de la persona que designaba, porque no se limitó a nombrarla como una ausente de la que se está hablando, sino que se dirigía a ella misma; paso junto a mí, por decirlo, acción, con fuerza realizada por la trayectoria de la voz en el aire y por lo próximo de su objetivo –llevando a bordo la amistad y las nociones que tenía de la persona a quien la voz se encaminaba (Proust, 1967) (p.255)

Sobre la obra de Proust asegura Arana (2003): “Así empezaba Marcel Proust su famosa novela *En busca del tiempo perdido*. El sabor de la magdalena suscitó un vivo recuerdo de su infancia que volvía después de estar olvidado mucho tiempo.” Cita una imagen en la que Proust se convierte en un individuo evocador, después de saborear unos bizcochos llamados magdalenas, su mente es habitada por el pasado, más exactamente, por él mismo cuando niño.

Partiendo desde este punto, es preciso atribuir un reconocimiento a la importancia de la memoria, dentro de la producción de un texto, trátase de un docente de lengua castellana o de un estudiante, pues se toma el buen uso de la memoria como un haz bajo la manga, que le brinda no solo estética a la producción literaria, sino también se acerca de una manera vital al lector lo cual permite una conexión, entre autor/lector, que se desarrolla provocando en el lector, el funcionamiento de su memoria, reviviendo los recuerdos de su propia infancia para relacionarlos con los de la novela; además, que, de forma inconsciente, una acción que suceda en la historia provoque la evocación de algo importante para el receptor.

Quizá los perdamos, quizá se borren, si es que volvemos a la nada; pero mientras vivamos no nos queda otro remedio que darlos por conocidos, como no nos queda otro remedio con los objetos materiales, y como no podemos, por ejemplo, dudar de la lámpara encendida ante los objetos metamorfoseados de nuestro cuarto, de que pone en fuga hasta el recuerdo de la oscuridad. Por eso la frase de Vinteuil, lo mismo que algunos temas de Tristán, por ejemplo, que representan para nosotros una cierta adquisición sentimental, participaba de nuestra condición mortal, cobraba un carácter humano muy emocionante. Su suerte estaba ya unida al provenir y a la realidad de nuestra alma, y era uno de sus más particulares y característicos adornos. Acaso la nada sea la única verdad y no

exista nuestro ensueño; pero entonces esas frases musicales, esas nociones que en relación a la nada existen, tampoco tendrán realidad. (Proust, 1967) (p.227)

Por otro lado, en relación con los recuerdos, se cree que es posible que la lectura de algo, basado en los el acto evocativo invita al lector a recordar, muchas veces de forma inconsciente, dado que recordar es un proceso que la humanidad adquiere de manera colectiva; dicho esto, Falla (2008) asegura:

Al tener este recuerdo en la mente y ser consciente de lo que se siente como persona, puedes transmitirlo a otros generando en ellos impulsos de recuerdos que no son los mismos pero que responden a ciertos cánones de comunicación. Así, muchos de nosotros tenemos recuerdos comunes, como cuando decimos: cuando era pequeño (todos lo fuimos), cuando me caí, cuando toqué algo o cuando corría, entre otros. Estos son solo rasgos en los seres humanos que corresponden al vivir en comunidad y que, por lo tanto, generan recuerdos que están interconectados (Falla, 2008).

Respecto de lo anterior, es pertinente retomar el tema de la experiencia del escritor, pues esta hace parte fundamental de una creación, lo que se consigna en una narración, en este caso una novela, es lo que forma parte del pasado de quien escribe, no de forma detallada, sino, por episodios que de alguna forma se relaciona con el tema. Vargas Llosa afirma sobre la experiencia:

Me atrevo a sostener que no hay excepciones a esta regla y que, por lo tanto, la invención químicamente pura no existe en el dominio literario. Que todas las ficciones son arquitecturas levantadas por la fantasía y la artesanía sobre ciertos hechos, personas, circunstancias, que marcaron la memoria del escritor y pusieron en movimiento su fantasía creadora, la que a partir de aquella simiente, fue erigiendo todo un mundo, tan rico y múltiple que a veces resulta (y a veces sin casi) reconocer en él aquel material autobiográfico que fue su rudimento, y que es, en cierta forma, el secreto nexo de toda ficción con su anverso y antípoda: la realidad real (Llosa, 1997) (p. 22).

Así pues es de concluir con que, el escritor de una novela se somete de manera consciente o inconsciente a la voluntad de su memoria, para, a través de los recuerdos forjar un mundo que se sostenga a sí mismo y logre sostener al lector que muchas veces se convierte en

el protagonista de la historia. El contenido extenso de las memorias de un escritor se ve reflejado de muchas maneras.

A partir de este punto es necesario detenerse para poder observar el estrecho vínculo entre la evocación y los recuerdos:

El violinista quería encantar a aquel maravilloso pájaro, amansarlo, llegar a cogerlo. Ya se le había metido en el alma, ya la frase evocada agitaba el cuerpo verdaderamente poseso del violinista, como el de un médium. Swann sabía que la frase hablaría aún otra vez. Y estaba tan bien desdoblada su alma, que la espera del instante inminente en que iba a volver a tener delante la frase lo sacudió con uno de esos sollozos que un verso bonito o una noticia triste nos arrancan, no cuando estamos solos, sino cuando se lo decimos a un amigo, en cuya probable emoción nos vemos nosotros reflejados como un tercero (Proust, 1967) (p.228)

Es de destacar que José María Arguedas hace uso de la *evocación* para la creación de “los ríos profundos” cuya obra se alimenta sobre todo de aquellos recuerdos que marcan de por vida a una persona: los de la infancia.

La convivencia que tuvo cada ser humano en su infancia, es el pilar en el cual, se forjan los más hermosos recuerdos y también los que más fuerte se atan a la mente, cuyas huellas aparecen con los olores, las palabras, los silbidos y los cantos, desde el arrullo de una madre, del viento, de las hojas de los árboles; hasta el olor de los remedios que la abuela tenía para cada enfermedad. Sobre esto, se encuentran muchos ejemplos claros en la obra de Arguedas:

Yo no me sentía mal en esa habitación. Era muy parecida a la cocina en que me obligaron a vivir en mi infancia; al cuarto oscuro donde recibí los cuidados, la música, los cantos y el dulcísimo hablar de las sirvientas indias y de los “concertados”. (Pag. 142)

El olor y la apariencia rústica y oscura de la cocina, que percibe el personaje adolescente creado por Arguedas, demuestran que el escritor relaciona la trama de la obra con los recuerdos, quizá, de su infancia y cómo el muchacho es transportado al pasado a través de un ambiente que le resulta familiar. Este no es el único caso en la novela, en que se sumerge en los recuerdos, existe otro en el cual encontramos, el por qué el personaje conoce canciones en quechua y tiene claridad de los significados, hasta el punto de formar frases desde su concepción de algo:

Eran más grandes y extrañas de cuanto había imaginado las piedras del muro incaico; bullían bajo el segundo piso encalado que por el lado de la calle angosta, era ciego. Me acordé, entonces, de las canciones quechuas que repiten una frase patética constante: “*yawar mayu*” río de sangre; “*yawar unu*” agua sangrienta; “*puk’tik yawar k’ocha*”, lago de sangre que hierve; “*yawar wek’e*”, lágrimas de sangre. ¿Acaso no podía decirse “*yawar rumi*”, piedra de sangre, o “*puk’ik yawar rumi*”, piedra de sangre hirviente? Era estático el muro, pero hervía por todas sus líneas y la superficie era cambiante, como la de los ríos en el verano, (Arguedas, 1995)(Pag, 144)

Dentro de la obra de Arguedas es posible evidenciar la inclinación del autor por la conservación de la memoria, cuando siente que el muro atrae a su mente una canción y de esa canción se inspira para expresar que ese hervor de las rocas no solo está en el muro, sino en los pensamientos a causa de sus recuerdos; es, además evidente por el hecho de que en la mayoría de su escrito menciona lo inevitable de recordar, lo que fue en cierto momento, cuando recuerda algún lugar; y, los simples detalles que conducen a amar la memoria como parte de la vida.

Por otro lado, cuando un autor incluye en su obra aspectos autobiográficos, también está navegando en los inmensos mares de la memoria, la diferencia, es que dentro de los libros autobiográficos el autor muestra su propia realidad, la esencia de su ser y lo vivido, no solo fragmentos de ella. Este es el caso de “los días azules” del escritor Colombiano Fernando Vallejo, quien en su obra evoca momentos lúcidos y complejos de su vida de infancia:

Cierro los ojos y vuelvo, con la imaginación del recuerdo, a esa calle de Ricaurte, a mezclarme con los transeúntes de la hora, a mirar al niño vestido de rojo en su ventana. Y se esboza una tenue sonrisa en mi memoria por lo que el niño hace: se levanta la falda roja y orina despreocupado por entre las rejas de la ventana. Ya no existe la calle de Ricaurte, ya no existe la casa, ya no existe la reja, ya no existe la ventana. Como a todo en Medellín, se lo llevó el ensanche. Que se lleve el ensanche mi recuerdo. (Vallejo, "Los Días azules", 1985) (p. 13)

La escritura de una novela a partir de los recuerdos de la infancia implica escribir sin inventar, escribir bien, mucho o poco de lo que se recuerda de la infancia, pues la escritura desde la experiencia de la infancia, se basa en una relación de inocencia entre el autor y esos

recuerdos, porque es en la infancia que la vida se ve con más claridad, es una etapa que se muestra o muestra el mundo desde distintas visiones, en la infancia las cosas se muestran tal como son, se dicen tal cual fueron, tal cual se ven, tal cual se sienten; en la infancia no hay vergüenza, no hay censura, el infante ve, guarda y recuerda sin omitir detalles.

—Ahora contanos, abuelita, el cuento de Domitila.

—Ah, sí, la bruja que era sirvienta del cura párroco de San Roque...

Y empezaba el ensueño. La vieja bruja taimada, cuando se dormían el padrecito y el pueblo, se levantaba de noche sigilosa y se iba a recorrer el mundo en su escoba.

—Salía al patio muy calladita ella, muy solapada, y se encumbraba a la región.

— ¿A cuál región, abuelita?

—Allá, muy arriba. Volaba alto, muy alto.

— ¿Más alto de lo que vuelan los gallinazos?

—Sí.

(Vallejo, "Los Días azules", 1985) (p.10)

Ahora bien, con el acto de recordar la infancia y escribirla se entrelaza el medio, que en este caso es la evocación, el fuerte cimiento que sostiene los recuerdos, como en una balanza con la memoria.

La evocación consiste en un proceso mental que sustrae episodios del pasado; es el acto de dar vida a un momento o a una persona; esto puede suceder desde dos casos, que llegan a contradecirse, puesto que se considera que la evocación es el poder de resucitar recuerdos del pasado, que representen un hecho trascendente en la vida de quien lo hace; sin embargo, la evocación no es un acto voluntario o intencional, no se decide evocar; es preciso atreverse a definirla como un don que muchos poseen, pero que pocos reconocen como algo importante para la memoria.

Es un proceso mnésico, por el cual se incorporan hechos, acontecimientos, conocimientos, etc., a nuestra mente para ir formando nuestra personalidad. El aprendizaje es parte de este proceso, es la puerta de la memoria, el cual, a su vez, influye en la formación de una persona, pero, también, puede ser el principal causante y hábitat de los recuerdos. José María Segovia Arana afirma: “Al final de la memoria están los recuerdos, es decir, el

almacenamiento de lo que se ha percibido, vivido o sentido y que podemos evocar con la activación del recuerdo.” (Arana, 2003)

De esta manera, el recuerdo es una palanca que se somete a la evocación, siendo esta el modo directo de transportar los recuerdos que, en algún momento, fueron olvidados; es el chispazo que sucede en nuestra mente, inmediatamente miramos algo que nos recuerde una cosa del pasado. El evocar permite, sin lugar a dudas, estremecerse entre los recuerdos.

El recuerdo es un aspecto de gran importancia para la vida, de aquí también la importancia de la evocación, que, como ya se ha dicho, está estrechamente relacionada con este; el recuerdo, en todo el largo de esta novela, habla sobre cómo los acontecimientos de un día del presente lo llevan al pasado, lo incitan a recordar aquello que olvidó sin darse cuenta.

Por otra parte, la evocación va mucho más lejos que los recuerdos, porque estos son un acto que está equilibrado, entre recordar intencionalmente y recordar por medio de la evocación, por lo cual el evocar se considera un acto que sobrepasa el imaginario que representa las consecuencias de los recuerdos: alguien que toma cierto tipo de licor, con el fin de llorar recordando a alguien, lo hace por convicción propia, hace que estas cosas pasen intencionalmente; por el contrario, alguien que evoca, no sabe cómo, ni por qué motivo recordó algo y se estremeció por ello. Cruz Kronfly afirma:

Evocar no es, pues, sólo recordar. Es entrar en un proceso fundamental de resurrección de momentos y de objetos sin los cuales el hombre perdería toda relación de certeza consigo mismo, todo sentido, toda sensación de identidad, toda seguridad. Cuando de paseantes vamos por las calles y vemos los mismos lugares y las construcciones que nuestros ojos también vieron de niños un día, de inmediato sentimos que nos reconocemos en esos lugares y construcciones y que nuestra subjetividad se llena de identidad y seguridad (Kronfly, 1996).

Añádase a esto la postura inversa que asume este autor, desde la evocación a partir de refugiar a la memoria en el intento de una “evocación _resurrección interior, reconstructora”, la cual se presenta cuando la ciudad se ha demolido y reconstruido varias veces y no hay una identificación o un reflejo directo, en el cual un individuo pueda encontrarse y resucitar con naturalidad eventos del pasado; esto lleva a la evocación desde un plano distinto al de ver esos mismos lugares y volver en el tiempo; más bien afirma que “la ciudad se reconstruye por medio de evocaciones que llegan, aún, con más fuerza” (Kronfly, 1996).

Resucitar o revivir un momento es aquello que mantiene de alguna manera presente lo que ya no existe de forma física; es, entonces, la evocación, la manera más directa en la que se validan los recuerdos y la memoria tanto en el proceso de escritura, como en la adquisición de experiencia y reflexión para la vida.

Si se parte de esta idea, es necesario mencionar que la evocación es, por así decirlo, el medio de acceso directo, primero, a la experiencia de regresar en el tiempo, de devolver la vida a algo que se olvidó, de llenarse de nostalgia o de estremecerse con alegría; y, segundo, de crear reflexiones sobre los cambios urbanos que han devorado el pasado de muchos. Para esto, se reitera que la única manera de presentar oposición a ese cambio que no se detiene es la evocación.

En tanto los docentes o estudiantes de Licenciatura en lengua castellana, aprovechen el acto evocador para hacer sus propias producciones, narraciones, críticas, novelas y no dejen que los muros de la ciudad se desmoronen también en su pensamiento, la literatura se seguirá reconstruyendo y haciendo parte de la sociedad, como prueba fiel de la existencia, destrucción y construcción de pensamientos, que fueron producto de las ruinas y los nuevos edificios, de pensamientos atados y resistidos al cambio.

Uno de los motivos principales para relacionar la evocación con el tema de este trabajo, es que representa y es precursora de la memoria y los recuerdos que, además de servir como material de escritura, son factores que pasan desapercibidos frente a contaminantes sociales, en los que se refugian actos de maldad; es un caso distinto recordar hechos violentos, pero de tomarse la evocación como un acto que contiene un valor inigualable en la vida, como experiencia y en la sociedad como reflexión, quizá en la buena convivencia y las buenas decisiones, se dé el pertinente reconocimiento al valor de la evocación.

1.9. Marco metodológico.

1.9.1. Enfoque de investigación: este trabajo se enmarca en un enfoque cualitativo; como es conocido, se basa en fuentes metodológicas que parten de principios teóricos; entre estos principios se encuentran, la fenomenología, la hermenéutica, la interacción social, entre otros; aquí se utiliza métodos no cuantitativos, con el propósito de explorar y hacer una descripción, desde la experimentación de la realidad. El hacer una investigación cualitativa encierra el acto de entender de forma cercana al ser humano, para explicar su comportamiento. (Bogdan y Biklen 1982)

1.9.2. Paradigma: este trabajo parte de un paradigma socio-crítico, ya que la escritura de la obra contiene hechos, personas y comportamientos que se relacionan directamente con la sociedad y con aspectos políticos, de hace 20 años atrás a la actualidad. En este proyecto, se encuentra evidente la influencia de la sociedad, como forjadora de ideas, tanto para la creación, como para ser una novela estudiada y utilizada para investigaciones de tipo social y literario, de acuerdo al concepto que se ha llegado a construir, sobre la socio-critica, desde su origen hasta la actualidad. (Pouliquen, 2017)

1.9.3. Método: para lograr hacer una investigación cualitativa, que busca entender el comportamiento del hombre, se necesita hacer una buena interpretación, la cual se conoce como el método o enfoque *hermenéutico*, centrado en escudriñar en los actos del hombre para poder interpretarlo; además esta interpretación conlleva a reflexionar, englobando esta investigación, no solo, a la humanidad sino a las obras escritas, como elementos que reflejan su ser por completo. Así mismo Paul Ricoeur expone:

De esta manera, entendemos la Hermenéutica como una actividad de reflexión en el sentido etimológico del término, es decir, una actividad interpretativa que permite la captación plena del sentido de los textos en los diferentes contextos por los que ha atravesado la humanidad. Interpretar una obra es descubrir el mundo al que ella se refiere en virtud de su disposición, de su género y de su estilo. (1985)

1.9.4. Tipo de investigación: investigación creación, debido a las diferentes fuentes y referencias, encontradas y relacionadas con el tema, con la teoría que abarca la creación y con la organización del presente proyecto.

1.9.5. Metodología propia de creación

1.9.5.1. Pasos

Paso 1: este es un paso involuntario, pero muy bien aprovechado: es el momento de la evocación; se puede dar en cualquier tiempo y lugar, bajo diferentes circunstancias; es el momento en el que se recuerdan cosas del pasado, provocadas por una acción del presente.

Paso 2: inmediatamente después del acto evocativo, se apuntan los datos más relevantes de lo recordado, posibles personajes, un comienzo y un final para cada historia, una trama central, que estará relacionada con el recuerdo.

Paso 3: en cuanto sea posible, se escribe un capítulo relacionado con el acto recordado, en el cual se aumenta diálogos, personajes, lugares y contextos ficcionales; en este paso, se mezcla la realidad con la fantasía.

Paso 4: se realiza revisión y, si se requiere corrección de los capítulos terminados y por terminar. Aquí se mejora el uso de figuras literarias, que dan estética al texto.

1.9.6. Métodos de recolección de información

- Análisis documental (anexo 1)
- Evocación (anexo 2)

1.9.7. Técnicas de recolección de la información

- Revisión bibliográfica: de obras y textos relacionados con el tema y los subtemas de este proyecto.

- Consignación por escrito de memorias: con el fin de no perder detalles de lo que representa un recuerdo, generado a partir de la evocación. Esto a manera de diario de memorias

1.9.8. Instrumentos de recolección

- Tabla de análisis documental
- Cuadernillo de memorias a modo de diario
- Libreta de apuntes (anexo 3)

NOSTÁLGICO

DANIELA ACOSTA



2. PRODUCCIÓN

* Foto original. Tomada y editada por la autora. Silueta descargada en

[https://www.google.com/search?q=imagen+de+ni%C3%B1o+caminando+con+su+madre+silueta&tbn=isch&ved=2ahUKEwjnofLBsIX0AhULW98KHaKOB5kQ2-](https://www.google.com/search?q=imagen+de+ni%C3%B1o+caminando+con+su+madre+silueta&tbn=isch&ved=2ahUKEwjnofLBsIX0AhULW98KHaKOB5kQ2-cCegQIABAA&oq=imagen+de+ni%C3%B1o+caminando+con+su+madre+silueta&gs_lcp=CgNpbWcQAzoHCCMQ7wMQJ1CeFViLJ2DcKmgAcAB4AIAB5wGIAaoNkgEGMC4xMC4xmAEAoAEBqgELZ3dzLXdpei1pbWfAAQE&sclient=img&ei=S1GHYafQN4u2_QainZ7ICQ&bih=625&biw=1024&rlz=1C1CHBF_esCO841CO841#imgrc=zODevQU_sW6nDM)

[cCegQIABAA&oq=imagen+de+ni%C3%B1o+caminando+con+su+madre+silueta&gs_lcp=CgNpbWcQAzoHCCMQ7wMQJ1CeFViLJ2DcKmgAcAB4AIAB5wGIAaoNkgEGMC4xMC4xmAEAoAEBqgELZ3dzLXdpei1pbWfAAQE&sclient=img&ei=S1GHYafQN4u2_QainZ7ICQ&bih=625&biw=1024&rlz=1C1CHBF_esCO841CO841#imgrc=zODevQU_sW6nDM](https://www.google.com/search?q=imagen+de+ni%C3%B1o+caminando+con+su+madre+silueta&gs_lcp=CgNpbWcQAzoHCCMQ7wMQJ1CeFViLJ2DcKmgAcAB4AIAB5wGIAaoNkgEGMC4xMC4xmAEAoAEBqgELZ3dzLXdpei1pbWfAAQE&sclient=img&ei=S1GHYafQN4u2_QainZ7ICQ&bih=625&biw=1024&rlz=1C1CHBF_esCO841CO841#imgrc=zODevQU_sW6nDM)

Al lector:

En momentos de silencio es cuando somos habidos de recuerdos, buenos o malos, es cuando nos sentimos extraños, el momento y lugar equivocados, sentimos que no pertenecemos a ese presente, mostramos sentimientos rezagados en el olvido, dirigidos a lo que acontece de momento y comenzamos a experimentar la memoria en su mejor postura, la de regalar momentos ocultos en nosotros mismos, a experimentar el deseo de querer vivir de nuevo un recuerdo, de poder experimentar las mismas sensaciones, en el presente, queremos poseer de nuevo ciertos momentos, caso particular: la infancia. Es en este punto, en el que dichas sensaciones se hacen llamar nostalgia.

Esa es la manera en la que llega “nostálgico” a las personas: empuñando el recuerdo, asegurando la memoria como único camino con el poder de retener el tiempo, de conservar lo vivido como un tesoro invaluable, las huellas invisibles que permanecen undísonas en ella.

El poder de evocar, es también, un acto presente incluso en personas con deficiente retención, la evocación repentina, si somos cuidadosos, podemos sentirla en diferentes escenarios y experiencias de la vida, lo que hace “nostálgico” es preservar románticamente todos los recuerdos de una infancia que pudo ser cualquiera, otorgando un enorme valor, precisamente desde ese acto evocativo súbito, causando sentimientos de nostalgia por su significado y su representación invaluable en una persona, en este caso el personaje principal de la novela que es Joaquín.

Se encuentra, también, el papel de la mujer en esa época, sin mencionar un año exactamente, es posible llegar a concluir que se trata del siglo xx, tiempo en el que la discriminación de género y el maltrato tuvo mayor fuerza, teniendo en cuenta que ya se tenía un país “civilizado” y “liberado”, con ciertos paradigmas éticos y morales que convertían a

la sociedad en una cultura en desarrollo, todo basado en la religión y en las normas arbitrarias de la iglesia que desfavorecieron a la mujer.

El amor por los animales, la dura experiencia del maltrato que en cierto momento tuvo un auge aterrador, el asesinato sin piedad, los azotes, el abandono, la crueldad y el verlos como un objeto que no merece respeto, es uno de los temas más relevantes de “nostálgico”. En la vida de muchos se presentan recuerdos de los animales que fueron amados, que de alguna manera, con su breve presencia pasaron a formar parte de la memoria. Personifican recuerdos invaluable, se conmemora un amor sin límites, uno muy leal.

Se comprende también el amor por la familia, especialmente por la madre. Considerando a la mamá como ese ser de luz que se esmera por brindar amor a toda costa, por medio de enseñanzas e historias que terminan en consejos; un escenario tradicional de cierta época en la cual la tecnología no había tomado poder y las comidas se acompañaban de historias, de verse a los ojos, de tener derecho a preguntar sobre la vida y a recibir valiosas palabras que, por motivos que desconozco, no se borran de la memoria como otras cosas que se olvidan en menos de lo esperado.

No hay recuerdo sin nostalgia, pues tras cada recuerdo hay un deseo de añoranza; recordar es volver a vivir, cabe mencionar, además que, “uno vuelve siempre a los mismos sitios donde amó la vida” del poeta Armando Tejada Gómez. Cuando no es un lugar, sino una época, son los recuerdos, por medio de la evocación que nos llevan a esos lugares en los que amamos la vida y que están ahí por obra y gracia de la memoria.

NOSTÁLGICO

“Críeme, como todos los niños, con teta y moco, lágrimas y caca, besos y papilla.”

Vida de fray Servando

Estuve muerto durante cuarenta años y regresé después de recordarme.

Hay quienes dicen que la muerte es el viaje a lo desconocido, otros aseguran que es el paso a una nueva etapa en la cual solo somos espíritu, comparan el asunto de la muerte con el sueño profundo del vientre y el nacimiento. El caso es que la muerte es un tema del que muchos comentan, pero ninguno conoce en realidad todos los misterios que encierra. Para mí la muerte significa más que eso, a mí la muerte me llegó demasiado rápido y se fue cuando ya había muy poco por hacer.

Cuando digo que la muerte llegó a mí, me refiero a que yo era un muerto en vida, de esos muertos que caminan sin apreciar el transcurrir del tiempo o de los momentos. Me encontraba en esa etapa de sentirme solo a pesar de la compañía de mi esposa, la amada mujer que me dio dos hijos, quienes ya no se encontraban en casa, si Sara hubiera tenido una centésima de dignidad se habría ido mucho antes con un hombre vivo.

Era el contador de una reconocida empresa, que se creía dueña de todo y de todos. Después de luchar solo, pude estudiar, y por mi potencial con los números en la escuela de varones, me recomendaron para trabajar en una multinacional que se había instalado recientemente en el país y puso sedes en ciudad de Fátima. Ahí conocí a mi esposa, la enamoré y nos casamos dos meses después porque su mamá se iba de la ciudad y de no casarnos no la volvería a ver.

Mi trabajo me hizo padre por horas, me dedicaba más a mi empleo antes que a mi familia, desde que me casé parecen haber pasado unas pocas semanas en casa; esas semanas son recuerdos de mi hogar. El resto de mi vida fui esclavo de un pensamiento errado que me hizo ser el típico amargado de una oficina de dos por dos, que olía a papel viejo los viernes por la noche y a caucho recién fabricado los lunes en la mañana; ubicada en un lugar comercial y tóxico de la ciudad. Una aburridísima vida.

Me encontraba en un momento en el que creía haberlo cumplido todo, no necesitaba hacer nada más, en ese instante la soledad estaba rodeada, completamente, con el traje de

oficina, el peinado de copete y como accesorio principal, una máscara de satisfacción, en mi verdadero rostro; la frustración y la tristeza de mi ceño. Me sentía fusilado por la vida pero no hacía nada para cambiarlo. Vivía esperando que algo pase.

Así pasé la mayor parte de mi vida, mis hijos nacieron y se fueron en un abrir y cerrar de ojos, hasta un día en que se posó, como una sombra, un momento de cuando estaba vivo. Todo surgió de repente, con la consecuencia de un sueño, después de acostarme molesto porque me iban a echar como un perro de mi trabajo. Este suceso dio lugar a recordarme a mí mismo ¿Quién era en realidad? La respuesta me hizo decir adiós a mi vida de amargado definitivamente.

Después de ser el mejor empleado por mi habilidad con los números, lo único sensible en mí al transcurrir del tiempo fue mi memoria; se deterioró al punto de abandonarme, primero por contados minutos, luego por horas, hasta llegar a días y semanas. Me abandonó como yo abandoné la vida: por completo. Tal fue el abandono que llegué a ser un fastidio, más que un empleado en mi trabajo.

Estorbaba como le estorbé a mi padre por muchos años cuando había algo demasiado urgente por hacer, cuando yo quería ayudar, pero solo terminaba haciendo un desastre; y él me gritaba:

— ¡Si no vas a ayudar no estorbes!

Lo decía con tal rabia que me alejaba definitivamente de él con la convicción de ser un bueno para nada. Ahora que lo recuerdo me sentí igual. El caso es que ese día mi jefe me dejó irme a mi casa mucho más temprano que de costumbre. Eran solamente la ocho y media de la mañana, no sé con qué fin me dio el día libre.

Quizá lo hizo para no tener que recordarme todo el tiempo que yo era un contador de una reconocida empresa, encargado de las cuentas por algo más de treinta años, un ejemplo a seguir por los empleados jóvenes, mano derecha del presidente y el mejor pagado; o por no aguantarse las quejas constantes sobre mi comportamiento de quienes “admiraban mi trabajo”.

Todo por culpa de esa enfermedad, eso que el médico diagnosticó como “el mal del olvido”:

— Uno muy raro por cierto, porque usted es un hombre dedicado a los números. Es algo que no ocurre a personas con su perfil. Además es algo extraordinario que pueda recordar con facilidad cierto tipo de cosas.

Los médicos se cuestionaban el porqué, una y otra vez, ya que lo que más me costaba era recordarme a mí mismo y a mi oficio, lo demás seguía ahí, deambulando.

Como jamás olvidé el camino a mi casa, salí y decidí caminar, supuse que Sara no estaría. Entonces, nada había en ese lugar que me esperase. Por eso mis pasos fueron lentos, como inhalando el camino por mis pies, al ritmo de suspiros lloviznosos.

Hice algo que hacía mucho tiempo la vida de un adulto añejado no me permitía, saqué unos audífonos de mi bolso, los conecté al celular y puse mis canciones, unas que olvidé por decisión. Así que, mientras miraba mis pies avanzar sobre la acera, evitando pisar las líneas; permitiéndome oír algunas casas con balcón y con jardines, sonreía con las canciones que me hicieron recordar un loco amor.

Quien no supiera de mi enfermedad y me hubiese visto en ese instante, habría tenido la convicción de que yo estaba loco. O sea que en mi juventud yo era un loco y nunca lo supe. Al menos eso pasaba por mi mente.

De todos modos, entre más lento quise ir, llegué muy pronto a mi casa, eran casi las diez. Por supuesto que Sara no estaba y me iba a sentir solo. Más solo. De repente, antes de que colocara la llave en la puerta, escuché un maullido, ¡claro que no había olvidado el maullar de los gatos! En alguna parte los había escuchado antes, aunque nunca había tenido uno.

Era un gato que parecía tener problemas. Posiblemente era dolor lo que sentía, quizá estaba atrapado en algún lugar del cual no podía salir. Jamás me gustaron los animales, pero no iba a dejar que un gato muera junto a mi casa. Imaginé la fetidez que habría en unos días. Caminé despacio para escuchar con precisión de dónde venía el ruido.

Paso a paso, conforme avanzaba, escuchaba su maullido mucho más fuerte y desesperado. En efecto, el felino estaba atrapado.

La noche anterior había llovido muy fuerte, el pequeño quedó sepultado en una avalancha de barro y basura que el agua arrastró. Estaba cubierto completamente, no podía dejarlo así. Entré a la casa con el animal y mientras lo hacía comenzó a recorrer mi mente, con mucha fuerza, un recuerdo de mi niñez, uno que decía que el tener una mascota era la peor cosa del mundo. Eso era algo que yo siempre pensaba, pero ahora se adentraba en mí esa idea desde mi infancia.

Bañé con agua tibia al animal, era un gata color gris asfalto, toda ella, hasta sus ojos. Tanto conmovió mi corazón su mirada, que por un instante quedé atrapado en la oscuridad de

sus enormes pupilas y recordé los ojos de alguien a quien quise mucho cuando era niño. Con ese recuerdo, llegó la razón por la cual jamás quise tener una mascota, nunca más en mi vida, porque las odiaba.

Mientras le contaba eso a Danesa y le daba algo de leche, fui recordando mi infancia, deslizando mi mano desde su espalda hasta su cola. Recordé el amor que tuve por un animal muy bello. De la misma forma oscureció mi mente, una mancha, que me obligaba a odiar a todo aquello que representase ese amor.

I

Cuando tenía siete años, mi padre regresó a la casa y mi madre, como una mujer sumisa y servicial, tuvo que atenderlo. Manuel González, era mi padre, el hombre que embarazó a mi mamá cuatro veces y antes de que naciera Saúl, la abandonó porque, según él, en Juakay el trabajo no daba para alimentar cinco bocas. Partió sin avisar a nadie y llegó con desagradable aspecto: aún más, más viejo y sin ni un peso en el bolsillo, así que mi mamá tuvo que hacerse cargo y alimentar una boca más, lo único bueno que trajo con él fue una perra de color café con blanco, tan pequeña que apenas cabía en mis manos, que también eran flacas y pequeñas.

Él nos dijo que la había ganado en una pelea de gallos, que el hombre que se la dio le dijo que era una perra de raza fina, muy valiosa, pero cuando intentó venderla no le daban ni cinco pesos por el pobre animal; por eso la llevó a nuestra casa, según él, para no llegar con las manos vacías.

A mi mamá no le gustaban los perros. Miraba a la perra con miedo y decía:

— Porque uno se encariña tanto y luego anda sufriendo por esos animales, menos las perras, porque se reproducen y eso es un dolor de cabeza.

Pero yo no lograba entender a qué sufrimiento se refería mi mamá. Cómo podía haber sufrimiento en la mirada tierna de un animal tan puro, en esa alegría que contagiaba cuando me veía salir de la casa en las mañanas.

Ella dormía afuera, en el patio de la casa, pero no se le veía tristeza, siempre batía la cola y a pesar de que nunca, o muy rara vez, comíamos carne o pescado, ella siempre recibía alegre la poca comida que sobraba. Corría conmigo hasta llegar al potrero en el cual mi papá tenía las bestias de carga: en ellas transportaba leña para cocinar y fique para ganar algo de dinero. Ella calmaba, sin que me diera cuenta, el miedo hacia mi padre.

Quizá para el comprador y para mi papá ella no valía nada, pero para mí comenzó a convertirse en una joya de inmenso valor. El brillo en sus ojos me hacía pensar que las cosas buenas de verdad están en los perros. Solía llevarme horas recostado en un costal acariciando a Tina, nombre que le dio mi madre, inconscientemente.

Mamá sí apreciaba a Tina, le daba de comer y de beber, pero jamás la acariciaba, algo le impedía cogerle cariño; todo el tiempo me decía que no me encariñara con Tina, pero su llegada le dio fuerza a mi corazón, nunca más volví a sentirlo con ganas de salirse de mi pecho.

Los ladridos de Tina forjaron en mí la valentía que necesitaba para crecer. Ella era mi paz, me acompañaba a hacer las labores encomendadas por mi mamá, muy rápidamente aprendió a dar la mano, a sentarse junto a mí, a pararse en las patas traseras para recibir pedazos de tortillas que hacía mi mamá y así fue creciendo. En mi mente no había más que un cariño infinito que seguía creciendo, igual que ella en tamaño.

Los trucos que Tina aprendía eran iniciativa de mi madre, quien sabía bien cómo enseñarle, pero negaba completamente un sentimiento. Yo creí firmemente que mi madre amaba a esa perra, porque cuando le enseñaba a pararse en las dos patas, lo hacía con amor. Lo sé porque le premiaba con el pan que ella iba a comerse, además, con las ricas tortillas que hacía cuando había paga; la miraba con la misma cara con la que me miraba a mí, cuando me enseñaba algo importante, estoy seguro de que era amor; no obstante seguía desconociendo el porqué de su negación.

Pasaron varios meses y la situación de pobreza empeoró, había llegado una empresa productora de leche y productos derivados al pueblo, el trabajo de mi mamá se redujo más de la mitad y tuvo que batallar hasta que le ofrecieron plata por lavar la ropa de algunas familias adineradas del pueblo.

Las labores como lavandera de ropa no eran rentables, apenas alcanzaba para comprar algo de comida y le quitaba mucho tiempo porque el trayecto del pueblo a nuestra casa era de una hora. Ella iba y venía dos veces; yo empezaba a ser consciente y me afectaba mucho que llegara muy tarde, en la noche, con su expresión dolor y cansancio.

Era un sentimiento de dolor que me impulsaba a contribuir con lo que fuera. Comencé a pensar en algo con lo que podía ayudar, pero era difícil que me tomaran en cuenta para un trabajo, no por mi edad, sino por mi tamaño; realmente era muy pequeño.

Un día se acercó a la casa la abuela de Erminda, mi amiga. Su interés era hablar con mi mamá. Le contó que Erminda no gozaba de buena salud y que necesitaba que le ayude con algunos quehaceres que no podían esperar.

— Si pudiera ayudarle lo hiciera, doña Blanca, pero cuando no estoy trabajando en el pueblo, lo estoy haciendo acá en la vereda, porque tengo que alimentar a mis hijos con lo poco que gano.

— Por favor, doña Rosita, si usted no puede, mande a Joaquincito, yo le pago de alguna forma, las tareas no son duras, pero yo ya estoy vieja y enferma, y me duele todo el cuerpo.

— Está bien, doña Blanquita, voy a hablar con Joaquín para que la acompañe en sus labores, pero no le prometo nada...

Cuando mi madre dijo eso, entré a la cocina donde ellas estaban y, de forma muy animada, le dije a doña Blanca:

— Sí quiero trabajar con usted.

Mi mamá me miró y agachó la cabeza, quizá para ella no era lo mejor, sin embargo, para mí, era un respiro, porque podía ayudar.

— Debes aprender a no escuchar las conversaciones de los grandes, hijo.

Mi madre me educaba en todo momento. Doña Erminda fue saliendo de la cocina y hablando al mismo tiempo.

— Ya lo espero, niño, en diez minutos sube a mi casa para que comience desde hoy.

— Bueno, señora, le dije; teniendo en cuenta los consejos de mi madre para tratar a una persona, también para enmendar la interrupción de hacía unos minutos, por la que mi mamá se había enojado.

En poco tiempo mi mamá me dio algunos consejos, mientras me ponía unas botas de caucho y un buzo ligero:

— Mijo, no vaya a hacer algo que no esté en su capacidad, ni a cargar cosas muy pesadas, me avisa si las tareas que le asigna doña Blanca son muy duras, para decirle que no lo vuelvo a mandar.

— Sí, mami no se preocupe, usted sabe lo fuerte que soy, voy a ayudar para la comida de mi hermano y de usted.

Jamás nombraba a mi padre porque él muchas veces no llegaba a casa, la que siempre, se preocupaba por darnos de comer era ella.

Le di un beso a mi mamá y salí corriendo para comenzar a ayudar, eso era lo que permanecía en mi mente, como un impulso lo suficientemente grande para no rendirme. Llegué a la casa de doña Blanca, donde vivía mi amiga Erminda y quise pasar a saludarla, después de haber escuchado que se encontraba mal de salud, pero doña Blanca se paró en la puerta del cuarto:

— ¡Niño! ¿no te han dicho que ser curioso es de mala educación?

Logró avergonzarme lo suficiente, porque realmente me estaba esforzando por hacer las cosas bien, entonces agaché la cabeza y salí apenado de inmediato a pararme al patio de la casa donde se suponía que debía hacer las labores.

Ella también salió poniendo, ya, un rostro amable, me explicó que tenía que cortar toda la maleza del patio y de una pequeña huerta casera que tenía en la parte trasera de la casa, a la que también había que regar con fertilizante porque ahí ella sembraba legumbres, algunas papas criollas y verduras. Luego entendí que con eso se podía hacer un banquete.

Me dispuse a comenzar con el patio. Me prestaron un machete y una pala para que deje todo limpio. Mientras sacaba de raíz la maleza del patio, miraba con disimulo la puerta de la habitación en la que estaba Erminda. Me pareció raro que no me dejaran verla porque con ella jugaba todo el tiempo.

La conocía desde muy pequeña, ella era mayor que yo y también pensaba como alguien mayor; sin embargo jugaba conmigo y, aunque ahora, éramos más grandes, no dejaban de gustarnos las salidas a volar cometas o a correr con los animales; me preguntaba constantemente ¿por qué no podía verla?

Seguí arrancando esas pequeñas plantas, que crecieron en el lugar menos indicado y mientras lo hacía también pensaba en lo triste de su existencia, en ningún lugar eran queridas, ni aceptadas; lo asimilaba de esa manera porque mi mamá una vez me enseñó que las plantas eran seres vivos como nosotros, pero sin la capacidad de pensar ni hablar. Lo tomé tan en serio que por momentos había en mí un sentimiento de culpa, intentaba no tenerlo, pero mi mente lograba engañarme.

Era solo por momentos que me sentía la persona más cruel del mundo. Aun así, mi motivación de ayudarle a mi mamá era más fuerte, entonces, cuando recordaba lo mal que la

pasábamos, cuando lo único que había para comer todo el día era café o a veces nada; me reconfortaba pensar que al no poder razonar las plantas tampoco sufrían. Eso me componía, de alguna manera, la mente para seguir con mi trabajo.

Ese mismo día dejé el patio reluciente, pero ya era demasiado tarde para continuar con la huerta, así que, hablé con doña Blanca

— Ya terminé el patio, doña Blanca, me tengo que ir a mi casa para ayudarle a mi mamá, mañana recojo la basura que quedó.

— Sí, Joaquín, pero te voy a pagar cuando termines de hacer todo lo encomendado.

Ella me miró y frunció la nariz. No tuve otra opción, me marché a mi casa sin renegar, porque pensaba que si me pagaba de todo el trabajo acumulado, sería mejor la paga.

Cuando llegué a mi casa, mi mamá tenía preparada una deliciosa sopa, no sabía de dónde había sacado para comprar maíz, pero me alegró mucho comer esa sopa con ella, no solamente por la escases de la comida, sino porque cada vez que algo bueno pasaba en la casa, nos sentábamos a comer todos en familia y ella nos contaba sus historias, nos contaba anécdotas, casos misteriosos y experiencias de su pasado, esperaba con muchas ansias que termine de servir la comida y se siente con nosotros a contar sus historias.

En esa ocasión ella nos contó sobre los misteriosos espíritus que fueron elegidos como guardianes de las guacas, habló sobre creencias que aseguran que dichos espíritus no permiten que cualquier persona encuentre ese tesoro a su cuidado, solamente aquellas personas merecedoras tendrían acceso; aquellas que no ambicionen la riqueza para hacer el mal.

— ¿Por qué las guacas solo se les aparecen a los buenos, mamá?

Mi curiosidad aumentaba porque mi mamá mencionó que algunas estaban llenas de oro, de figuras o estatuillas hechas en oro puro. Sabíamos que el oro significaba mucho dinero. Entonces, se dirigió a Saúl y a mí:

— Hijos, yo siempre les he dicho que las buenas personas reciben cosas muy buenas de la vida, por eso siempre les pido que sean buenos niños y así sigan con el tiempo, les aseguro que si son buenas personas van a obtener todo lo que quieran en la vida.

Yo la escuchaba, pero, a Saúl parecía no importarle.

Siempre me inquietaban esas cosas. Mi mamá era una mujer intachable y nunca recibía cosas buenas. Quizá, eso no era del todo cierto, o mi madre no era lo que yo había conocido en

mi poco tiempo de vida. Entonces, había momentos en los que por pensar eso de ella me sentía culpable, me veía como alguien malo.

Algo de lo que sí estaba seguro era del amor que ella sentía por nosotros y de mi eterno amor hacia ella, mi vida giraba a su alrededor. Esa tarde fue de nunca olvidar. Mi mamá nos contó una historia real de alguien que se topó con un tesoro de esos, alguien que había arreglado su situación económica gracias a ese maravilloso hallazgo.

— Yo sé de un señor que hace ya bastante tiempo se encontró una guaca cerca del pueblo alrededor del río. Según se escuchó por esa época, él encontró una olla con monedas y unas estatuillas en oro puro. Este señor era un joven que no prometía mucho y desde ese momento compró varias casas y terrenos en el pueblo, los que ahora son la tienda y carnicería de la gruta del niño Jesús de Praga.

Mi mente voló y pensé en don Alfredo, el señor que siempre estaba en la tienda de abarrotes en la cual comprábamos arroz los domingos y atún de vez en cuando. Saúl nunca participaba en estas conversaciones con mamá, solo se quedaba cerca, sin decir nada. Mi madre asintió con la cabeza, después prosiguió contando la historia:

— Este señor, en su juventud, se dedicaba a palear terrenos de agricultores y ganaba unos cuantos pesos. Era tan pobre, quizá más que nosotros. Cuando encontró la guaca estaba terminando de palear un terreno que debía entregar ese mismo día porque, de no hacerlo, no habría pago. Él se afanó para recibir lo poco que le prometía su patrón y cuando terminó ya pasaban las seis de la tarde y estaba oscureciendo. Fue cuando miró que algo cerca del río comenzó a brillar y se acercó asustado.

Cuando llegó al punto que más brillaba miró la olla llena de oro y la cargó, se la llevó a su choza y ya no le importó el pago por su trabajo.

Desde ese día don Alfredo comenzó a comprar propiedades y a tener varios negocios. Los rumores de las estatuillas de oro corrieron por todo Juakay, todas las personas murmuraban lo que había encontrado ese día. Por eso lo sé.

Con esto terminó mi madre la historia y nos acostamos a dormir. Yo pensaba mucho, en ese entonces, en la posibilidad de encontrar una guaca en Juakay y poder darle a mi madre una mejor vida, aunque, por otro lado comprendía que mi madre y mi perra valían mucho más que el oro. Solo eran sueños de un chiquillo.

Al día siguiente me levanté muy temprano. Ayudé a prender la tulpa para hacer el desayuno y el café de la mañana. Tomamos, Saúl y yo, un pedazo de queso sobrante con el café. Mi madre había salido más temprano a ordeñar las vacas para hacer el queso y después irse al pueblo a venderlo y también a lavar la ropa de los clientes que ahí tenía. Así que tuve que dejar solo a Saúl mientras iba a cumplir con mi tarea donde la abuela de Erminda.

Transcurrieron varios días hasta que por fin terminé el trabajo de doña Rosita. Estaba muy emocionado porque me iban a pagar.

— Joaquincito, ya le fui a dejar el pago a su mamá. Mijo, cuando le tenga otro trabajito ya lo contrato.

Ella se rio y se echó una carcajada como si ganara algo. Me desconcertó lo que había dicho, pero me llenó de alegría porque de todos modos mi objetivo era ayudar a mi mamá.

— Muchas gracias, doña Blanca.-- Le dije. -- Entonces me voy para ayudar en la casa

— Bueno, mijo, que le vaya bien. Hasta luego

Salí corriendo y pensé en Tina. Durante esa semana tuve que dejarla amarrada de un árbol de aguacates que había detrás de la casa para que no se fuera detrás de mí a la casa de Erminda, porque había intentado comerse las gallinas de doña Blanca. Sentí muchas ganas de acariciarla y llevarla a los terrenos de mi padre a traer las bestias.

Cuando llegué a mi casa, pasé por la cocina donde se encontraba mi mamá, para preguntarle sobre el pago. Mi mamá estaba sentada tomando un café con Saúl, entré y de inmediato pregunté:

— Mamá, doña Blanca dijo que le había pagado a usted.

— Si, mijo, me trajo dos gallinas ponedoras, estoy tan contenta mijito por su ayuda.

Me alegró escuchar lo que dijo ella. Entonces salí para verlas. Estaban en el patio de la casa. Mi mamá las tenía amarradas para que se acostumbraran a lo nuevo.

Salí a la parte trasera de la casa para soltar a Tina y llevarla conmigo. Se me olvidó que ella había tratado de comerse a esas mismas gallinas y, sin percatarme, la dejé que saliera corriendo. En pocos segundos escuché un escándalo: las gallinas cacareaban muy fuerte.

Tina había mordido a una. Mi madre salió y le pegó un chancletazo a Tina, levantó la gallina para revisarla y afortunadamente no le hizo daño. Sin embargo, mi padre, que había llegado de nuevo, miró toda la escena y, aunque las gallinas no fueran de él, tomó una decisión

que me hizo odiar de manera profunda el compartir una vida con estos animales. Le habló a mi mamá:

- Mija, vaya a traer un lazo que está debajo del nido de las gallinas
- ¿Qué vas a hacer, Manuel?

Levanté la cabeza hacia mi mamá. Ella me miró con tristeza, agachó la mirada y obedeció. En ese instante no comprendía lo tenso del momento, o la mirada de espanto de mi madre, al ser ella una mujer tan sumisa jamás le llevaba la contraria a mi padre, por lo que, en unos minutos, llegó con un lazo de los de amarrar las bestias. Mi papá me miró y, como si fuese a castigarme, caminó hacia mí. Apreté mis puños y con ellos todo mi cuerpo para recibir los latigazos, pero esta vez no era una golpiza.

Agarró a Tina desde el dorso, la arrastró porque sus patas eran demasiado largas, aunque tenía pocos meses. Tina estaba muchísimo más grande. En mi cabeza se formaba una escena de latigazos hacia Tina, tal como lo hacía conmigo. No sabía si cerrar mis ojos para no mirar o dejarlos abiertos para ayudarla de alguna manera, porque en mi corazón pesaba la inocencia de ella.

- El culpable soy yo, me dije varias veces en voz baja.

Mi papá siguió arrastrando a Tina hasta el terreno de enfrente de la casa. Yo lo quise seguir pero mi mamá corrió para alcanzarme, me cogió del brazo y con lágrimas en los ojos me dijo:

- Ahora sí me vas a entender porque no me gusta tener esos animales. No vayas, no trates de ayudarla porque tu padre se enojará mucho.

Le dije que no iría, pero un mal presentimiento me hacía caminar casi de manera involuntaria hacía donde estaba mi padre con Tina. No pude soportar demasiado porque en un momento Tina lloró, pero casi de inmediato se quedó callada y un escalofrío se apoderó de mi cuerpo. Ese tamboreo de mi corazón queriendo escapar de mi pecho volvió a aparecer. Aceleré el paso, me sudaban las manos y sentía frío en mi frente; mi perra necesitaba mi ayuda. Juré enfrentarme a mi padre para que no le hiciera daño. Cuando llegué a ese lugar fue desastroso el encuentro.

Mi perra estaba colgada. ¡Maldita sea! Daba sus últimas patadas, su respiración se había cortado con el lazo, pero sus ojos quedaron fijos, me apuntaban como el hielo. Me odié desde ese momento, sentí que el mundo se desmoronaba y que mi cuerpo con él se hundía, comprendí

más tarde el sufrimiento de mi mamá, cuando Tina aún estaba viva. Me carcomía el dolor y el odio a la vida misma. Mi mente pensaba en la muerte y al mismo tiempo en nada, quería solucionar todo pensando que solo era un sueño de horror, que eso no estaba pasando en realidad, pero todo fue en vano.

Entré en la casa y me escondí en el soberado por varias horas, hasta que todos estaban dormidos, bajé a recoger una cobija porque hacía frío; me subí de nuevo para cubrirme con ella y poder llorar tranquilo.

Mi angustia era más leve al día siguiente. Cuando desperté en mi cama, como si nada hubiese ocurrido, pensé: quizá mi madre me bajó del soberado y me llevó a la cama con Saúl; mi padre ya no estaba.

Cuando fui a la cocina mi mamá me habló sobre aquellas cosas que duelen, aquellos sucesos inevitables. Me contó la razón de su repudio hacia Tina, una escalofriante historia que determinó anímicamente la idea de nunca más amar a un animal.

— Hijo: cuando yo era pequeña, los adultos nos trataban de una manera mucho más rígida que ahora; las mujeres no éramos valiosas en ninguna circunstancia, porque se decía que no servíamos para trabajar. En cambio, cuando nacía un varón se celebraba porque llegaban manos para trabajar y era señal de progreso. Pero cuando se nace mujer, hay lamentos y repudio porque según nuestros mayores, las mujeres solo sirven para parir. Cuando en la familia nacía una niña, mi madre siempre decía:

— Pobrecita, nació mujer. El sufrimiento que le espera.

De niña, mis padres me lo decían todo el tiempo, aseguraban que si llegaba a tener hijos, rogara a Dios que fueran hombres, porque las mujeres no son útiles. Mi mamá siempre mencionaba que el ser mujer era sufrir; mientras lo decían, me acongojaba, pensando lo que yo representaba para ellos. Un día, Omar, mi hermano mayor, llevó a la casa una hermosa cachorra de buena raza, mis papás la aceptaron porque tenía pedigrí, decían ellos, para ocultar que la querían solo porque Omar la llevó. Al hijo más apreciado no se le negaba nada.

Sin rencores hacia sus alardeos disimulados, comencé a amar esa cachorra, incluso más que Omar, porque él solo la quería para llevarla de caza, pero nunca la acariciaba, solo ordenaba y la perra obedecía como una sierva. Conmigo ella tenía mucho amor, muchas caricias y halagos que le hacían mover la colita todo el tiempo, incluso con una mirada; cuando no tenía tiempo de acariciarla porque me correspondían las pesadas labores de la casa.

Ya que mi hermano no le puso un nombre, la comenzamos a llamar Gitana, por la hermosa composición de Willie Colón. La razón fue que, cuando sonaba esa canción en la radio y yo le hacía halagos, movía la cola como si llevara el ritmo de la melodía. Ella era mi Gitana, pero en lugar de desamor me llenaba de toda su ternura, de esa mirada; la misma con la que Tina te miraba.

Gitana se escapó de la casa, estuvo varios días por fuera; todos pensábamos que no iba a regresar, pero luego de dos semanas volvió. Entonces yo no podía mostrar tristeza porque sus abuelos eran muy estrictos. El llorar por un animal resultaba un acto ridículo, una perdedera de tiempo, decían.

Cuando vi entrar a Gitana por la cocina, el pecho se me alivió. Hasta mi madre se alegró porque ya le había cogido mucho afecto. Los animales como Gitana o como Tina saben ganarse a cualquier persona por amargada que sea.

El problema comenzó cuando Gitana engordó. Según mi mamá, estaba llena de hijos. Mis hermanos Javier, Enrique y Norberto también se enternecían de pensar en los cachorros. Su pronta llegada parecía alegrar a todos en la casa; el día de labores de mis hermanos terminaba con saludar y acariciar a Gitana.

Yo estaba comenzando a batir harina para hacer tortillas cuando Gitana comenzó a parir. Mi mamá, que había ido a buscar un huevo para agregarlo a la mezcla, pegó un grito porque la perra se había metido debajo de los nidos de las gallinas, pero mi padre, que había llegado a tomar café antes de continuar arando, le dijo que no grite, que la deje tranquila hasta que los tenga a todos. Así fue, Gitana tuvo cinco cachorros: dos hembras y tres machos.

— Por lo menos salieron tres machos, decía mi papá, se puede sacar algo de provecho.

Entonces, antes de que los cachorros abran los ojos, me mandó a buscar un costal viejo, puso ahí a las hembras y las amarró, como para que no escapen; me pasó el costal y me dijo:

— Vaya rápido y las tira a río.

Antes, a quien preguntaba o cuestionaba la palabra de un adulto, le daban con un látigo, por eso recibí el costal, agaché la cabeza para que no noten las lágrimas en mis ojos y me fui sin decir nada; también sufría. Lo hacía en silencio. No te imaginas cuanto me dolía saber que las pequeñas hijas de Gitana morirían. Me dolía aún más, que fuera de mis manos esa muerte.

Me fui despacio, quería salvarles la vida, pero, ¿cómo? Mi mente no daba respuesta; estaba chocada por el dolor, sentía una herida en mi estómago, imaginando su terrible destino, porque yo había sentido la sensación de ahogarme. Uno de los castigos de mi padre fue meterme la cabeza a un pozo, una vez que dije una grosería que él decía todo el tiempo. Yo tenía tres años, pero lo recuerdo, porque por primera vez vi la muerte, la sensación de ahogarse en el agua es muy perturbadora.

Por cada paso que daba, sentía mucho miedo y ganas de escapar con las dos perras, con tal de salvarlas. Al mismo tiempo pensaba que estaba mal desafiar a mis padres, no era algo correcto, no era lo que me habían inculcado. Según los mandamientos, mentirles significaba romper la ley de Dios. Por esa razón, simplemente endurecí mi corazón, comencé a decirme que obedecer era lo correcto y con un grueso nudo en mi garganta tiré el costal al río.

Vi cómo golpeaba con las rocas, mientras se alejaba con la espuma, escuché sus débiles suspiros desaparecer. Así, después de superar un poco el dolor, de tragar unas diez veces, intentando deshacer el nudo; retrocedí para salir de la vera del río y dirigirme a la casa. Mientras caminaba me prometí que sería Gitana la primera y la última criatura que amaría en toda mi vida.

El tiempo pasó. Omar, un día, se llevó a Gitana de cacería a la montaña, eso fue lo que dijo. Cuando él volvió, llegó solo. Nos dijo:

— Gitana fue arrastrada por el río cuando yo estaba pescando.

Omar no quiso explicarnos nada sobre lo ocurrido, pero en mi mente daba vueltas que Gitana tuvo el mismo destino de sus crías hembras, algo que me ha atormentado todo este tiempo.

Al terminar, guardé silencio por varios minutos. Estaba pensando en Tina, pensaba que mi mamá tuvo la razón todo el tiempo, cuando miraba a Tina con amor temeroso.

A pesar de la triste historia, comencé a considerarla una mujer débil, por su incapacidad para defender a Tina, porque ahora ya no era una niña, podía oponerse con fuertes razones, pero no lo hizo. Así que por un tiempo me alejé, dejé de hablar de todo con ella. Me sentía solo, pero no quería hablarle. Algo similar a lo que me ocurría con mi padre, lo respetaba, pero nunca le dirigía la palabra.

Mi tristeza se fue poco a poco, pero siempre que veía un perro o un gato, sentía repudio y ganas de alejarme. Cuando mi madre nos avisó que iba a tener otro bebé, dejé de estar triste,

mi preocupación se puntualizó en mi nuevo hermano o hermana porque, a pesar de ser pequeño, entendía las necesidades y el sufrimiento que habíamos pasado con Saúl. Desde entonces no tengo recuerdos hasta el día que nació Emma.

Mi hermana era una niña muy linda. Me prometí nunca dejarla sola. Sobre todo, porque recordaba lo que había dicho mi madre de las mujeres; ella estaba de acuerdo con eso; posiblemente por eso permitió la brutal muerte de Tina. Lastimosamente, Emma ya no está a mi lado, pero fue con quien viví por mucho tiempo. Incluso cuando me casé y formé un hogar, ella estuvo ahí acompañándome y yo estuve a su lado de manera incondicional. Emma tuvo una infancia muy tormentosa.

No obstante, ese recuerdo llegó solamente para traerme a Tina de vuelta, a quien creí que había olvidado, a quien recordé cuando me detuve en los bellos ojos de Danesa, la gata que encontré atrapada y me atrapó a mí. La invité a mi casa con miedo de llegar a los extremos de mi padre, pero con el amor oculto y puro que mi madre tenía por Tina y por Gitana. Danesa me escuchó. Recordar a Tina me provocó llanto, pero ella se acercó a mí como si comprendiera mi dolor. Danesa fue quien trajo mi infancia de vuelta. Extrañamente no recordaba quién era mi yo adulto, pero sí quién fui de niño.

Fue el encuentro con Danesa lo que inició mi recuperación de la memoria. Pude recuperar momentos que hace mucho había olvidado. Fue con este primer recuerdo que inició todo y me alegra que haya sido así, que ella haya llegado a escuchar las historias de un viejo que no tiene más que contar.

II

Luego de un tiempo, un día que tornaba un ambiente parecido al día que encontré a Danesa; salí del trabajo por sugerencia de mi jefe y no tenía ganas de nada. Ni de leer, ni de fumar, ni de tomarte un trago, ni de ver un partido; ni siquiera caminé a casa. Me subí al bus y apoyé mi frente en la ventana para mirar con desprecio el mundo. Pues bueno, yo no sentía ningún ánimo con nada, pero, especialmente, había una razón muy fuerte para entrar en una situación de ansiedad como ese día.

Había soñado tantas veces la casa de mi abuela. Eso resultaba deprimente, tanto, que era mejor estar en mi cama que en cualquier otro lugar. Pensaba en su significado, pensaba y soñaba despierto; recordando lo grande que era esa casa, lo feliz que fui jugando ahí de niño, pero mi

tormento se debía a que en todo el tiempo que estuve en la ciudad hasta este momento, había tenido que recordármelo un sueño inesperado. Por mi incapacidad de recordar, al parecer si estuve muerto todo este tiempo.

Pues bien, ese día empecé a omitir esos vicios que me hacían permanecer muerto. Sentí asco de tanto desperdicio de tiempo, entonces me senté en el pequeño balcón, junto a mí, Danesa. Comencé ver a los hijos de los vecinos, niños que siempre jugaban afuera de mi casa.

Fue así, como comencé a contemplar el pasado con la impotencia de no poder volver en el tiempo. De tanto verlos comencé a pensar: qué tonto es el guagüita de cachetes rojos, se deja golpear, pero el que lo golpea es un tramposo, se inventa sus propias reglas para ganar. Alardear de una vida con experiencia y negar por completo que alguna vez hiciste trampa, o que te golpearon, te sacaron del juego o eras el que no tenía ningún amigo; eso era lo que empezaba a hacer yo: burlarme de un juego de niños, basado en una experiencia carente de recuerdos, pero mi vida cambió desde entonces.

Encontré en mis sueños una salvación, y en mi balcón un asiento en primera fila para viajar al pasado. De repente, como acompañante, por un megáfono de la iglesia del barrio surgió una melodía que definitivamente encajaba perfecto con esta historia, que podría decirse, es un resumen de mi vida de niño. Sonó un villancico.

Ese día cobró vida una historia que me llevó a los brazos de mi madre y al mismo tiempo sentí un gozo de dejarme estremecer por ese recuerdo. Danesa, como si se hubiera convertido en una costumbre, llegó rozándose suavemente y terminó sentada en mis millas con mi mano en su cabeza.

Cuando escuché esas canciones, me devolví a la vieja casa donde quedaron grabados los mejores momentos de mi infancia. Retorné a ese lugar donde fui tan feliz... Percibí el olor de las tortillas de harina y huevo que preparaba mi madre, los buñuelos de mi abuela y su natilla; el café puro cosechado y tostado en la cocina de mi abuela; sentí ese placer de estar sentado en un rústico banco de madera, esa alegría de tomar ese café escuchando las anécdotas de ellas dos, de las dos mujeres que dejaron en mí esa nostalgia, de la que solo hoy me he logrado percatar.

Cuando era niño vivía con mi madre mis dos hermanos mayores, Ausberto y Flora, que trabajaban fuera de casa; y, mi hermano menor Saúl. Yo lo superaba con un poco más de un año. Vivíamos en un lindo pueblo llamado Juakay. Allí hacía mucho calor en verano y poco frío

en invierno, sin embargo mi madre nos obligaba a mí y a Saúl a ponernos una chaqueta muy grande y pesada, la mía era color vino tinto, la de Saúl era verde.

Esto sucedía, sobre todo en época de navidad, porque decía que el frío hacía que nos dé tos, de todos modos cuando íbamos de visita a la casa de mi abuela, me quitaba esa horrible chaqueta, me liberaba, de alguna manera y salía al patio a jugar con Saúl. Corríamos detrás de las gallinas, íbamos a darle caña a los cerditos y a mirarlos, hasta cansarnos. Recogíamos unas cápsulas en la huerta, que llamábamos maraquititas, porque estaban llenas de semillas. El encanto era reunir varias para sacudirlas y escuchar un maraqueo diminuto, un sonido que recuerdo extraordinario. Luego nos sentábamos en la cocina, atentos al llamado de doña Rosita Castro, mi abuela. En diciembre me gustaba mucho visitarla, porque su casa se transformaba.

Ella utilizaba la naturaleza como adorno navideño, el musgo hacía que la casa se viera fantástica; en realidad la navidad parecía llegar desde el pequeño bosque que estaba detrás de su casa. De vez en cuando, salía y me adentraba en ese bosque los días que me sentía más valiente; porque sí que era cobarde. Me perdí muchas veces en los maravillosos pájaros, mariposas e insectos que en él vivían, como si hubiese entendido su valor en ese entonces.

No lo entendía, todo lo contrario; algunas cosas que veía entre los árboles me acompañaban hasta la almohada y por las noches tenía pesadillas. Pero el musgo, el bello musgo que crecía en los árboles, me enamoraba; ¿era posible tener la suerte de darle un toque navideño a la casa, con algo aparentemente, tan simple! No sé de qué manera lo hacía, pero, de verdad, creaba un ambiente espectacular, jamás quería irme de ese lugar; ahora no quiero dejar de recordarlo porque me siento muy contento, me siento de nuevo como solía sentirme.

Mi madre, Rocío Parra, también vestía nuestra casa con adornos, ¡ah! llenaba de musgo un lindo pesebre que en casa de mi abuela Rosa, también se hacía sin falta todos los años. Este era mi encuentro favorito con la magia.

Me sentaba horas a observar cada imagen: los pequeñísimos árboles de musgo, las ovejas, que a veces estaban caídas, yo me volvía un siervo más y mi trabajo era levantarlas; el carro de juguete que había sobrevivido generaciones de hermanos que alguna vez habitaron esa casa e hicieron quizá lo mismo que yo. Los helechos, majestuosa naturaleza, crecían en los campos en esa época del año como si supieran, como si esperaran con ansias, igual que un niño, la llegada de la navidad.

Los pastores que, cargando, no solo las ovejas y otros objetos, sino las historias de una familia; sin olvidar, la que allí no podía faltar, decían mi madre y abuela:

— Jesús, María y José, lo más importante de la navidad, es el niño Jesús.

Todos los otros adornos que ellas colocaban en él, de alguna manera, revivían el momento del nacimiento, lograban hacerlo de una manera tan conmovedora que parecía real, quizá por el amor que experimentábamos de mi madre.

Con cada navidad se llenaba de alegría toda la familia. Había pobreza, soledad y abandono hacia uno mismo. Tristeza y golpes de pecho, sin embargo, en esa época se olvidaba todo. La abuela tenía una profunda pena por la ausencia de mis tíos; dos de ellos se hicieron hombres en el camino militar, los otros tomaron caminos separados y de vez en cuando la visitaban. La navidad era un pretexto para ello. Mi madre también sufría por Ausberto y Flor.

Por esa razón mi abuela Rosa se enaltece contando a sus amigas la gran comida que prepararía para compartir con sus hijos. Aun cuando faltaban quince días para su visita, ella silbaba con alegría todos los años en la misma época; tanta, que a mis tres años y medio aprendí a silbar.

En épocas navideñas, en mi pueblo se sentía un eco de amor y odio: amor porque los encuentros familiares eran tan típicos como el agua de panela y el café; se sentía un vaho esplendido que ya anunciaba los abrazos, las parrandas, los platos de sancocho con gallina, el cuy con papa y las nuevas parejas de casados. El odio, más bien, era un dolor disfrazado a causa de los malos ratos por el desequilibrio emocional de algunas personas. El excesivo modo de tomar aguardiente, deja en la memoria de muchos los golpes, las sangrientas madrugadas lejos de casa, niños huérfanos y familias abandonadas. Lo que nunca faltaba en esa época eran excusas para estar en alguno de los costados: el feliz o el melancólico; de todos modos las fiestas se hacían sentir.

El que estas cosas me hayan sucedido de niño, puedo considerar que fue cuestión suerte, porque cuando se trata de afrontar problemas familiares es una ventaja ser niño. Se mira el tamaño de los problemas del tamaño que deberíamos verlos cuando somos adultos: muy pequeños. La tragedia se hace más grande cuanto más se crece. De pequeño solía sentarme junto a mi mamá cuando ella soltaba en llanto, acariciaba su cabello y ponía mi mamito en su espalda, no sabía cómo decírselo, pero en mi mente rondaba un *¿qué sentido tiene llorar por algo que ya se perdió?* El sufrimiento te hace daño, madre...

Ella jamás escuchó eso de mí, porque no tuve las palabras para expresarlo. Ella me abrazaba y sin duda trataba de refugiarse en mí, sentía que era su casa mi pecho. Posaba su rostro en mi estómago y lo humedecía su llanto, tuve que ponerme triste y recordar su rostro ahora que estoy viejo y he perdido todo, para entender, muchos años después esa nostalgia que puso en cada lágrima empapada sobre mí, lo entiendo todo. Entiendo por qué mi madre lloraba al recordar.

Por esa razón es una ventaja tener pocos años, el tamaño de sufrimiento se representa en menor desagrado. Se ve todo de diferente manera y se siente todo con el sutil deseo de abandonar un juego; así se forjó en mí la nostalgia del pasado: con cada lágrima de mi madre. La primera vez que recuerdo haberla sentido fue en una navidad en casa de mi abuela, pero fue un sentimiento débil parecido a la tristeza; la nostalgia es algo más fuerte. O es quizá lo que ahora me atormenta.

Cuando tenía cinco años, en una de mis detalladas observaciones, admirando la grandeza del pesebre de mi abuela, creí ver que uno de los pastores parpadeaba; pero por su minúscula no era capaz de notarlo. Así que froté mis ojos con fuerza y me acerqué un poco, sin embargo era inútil porque entre más frotaba mis ojos, mi visión se hacía borrosa y seguía mirando los párpados moverse. Me acerqué tanto que miré cómo la cara del pastor y mi cara quedaron frente a frente.

— ¡Ajá! ¡Te atrapé!

Le dije, al pastor cuando pude detectar con mucha claridad sus movimientos, no solamente sus ojos; sino de sus manos acariciando la oveja que llevaba en sus brazos. Observé los movimientos de sus piernas, cómo el viento movía su cabello; pero, ¿cómo no me había dado cuenta antes, si todos los años me quedaba extasiado con el pesebre; atravesaba su luz la luz de mis ojos? Tal vez era demasiado pequeño los anteriores años, ahora era más grande e inteligente y estaba aprendiendo a observar mejor, ¡sí!, de eso estaba seguro.

— ¿En qué me atrapaste, si no estamos jugando? Pero si quieres jugamos, me gusta jugar.

— Tú, tú, tú estás vivó. -- Le dije con voz temblorosa. -- ¡De verdad estás vivo!

— Sí. ¿Hasta ahora te das cuenta? Supongo que no te has dado cuenta, tampoco, que somos casi del mismo tamaño.

— Estás loco. No somos del mismo tamaño, tú eres mucho más pequeño que yo; apenas ocupas un pequeño cuadro cerca del corral de las ovejas, y ese cuadro en el que estás parado no ocupa sino lo que ocupa mi mano hecha puño.

— Te equivocas. No soy más chico que tú, porque del espacio que yo ocupo aquí tú ocupas apenas la mitad. ¡Mira a tu alrededor!

El pastor se puso de pie. Por supuesto que era más alto que yo. Me había vuelto más pequeño de lo que era, pero, ¿qué me pasó, si hace unos minutos estaba haciendo un gran esfuerzo por notar la cara de un pequeño juguete? Mi reacción ante esto fue cubrir mi rostro y frotarme los ojos disimuladamente, para probar si esto era una loca alucinación. Al menos eso era lo que repetía en mi mente, esperando que funcione y que al abrir mis ojos todo desapareciera...

— Estoy imaginando todo, esto no es real...

— ¿Qué te pasa? -- Me preguntó el pastor al ver en mi cara asustada, el pálido temor

— Es que... no entiendo... ¿cómo es posible?

— Niño, no te preocupes, ¡ven, vamos a jugar! ¿Qué juego te gusta más?, mis favoritos son las escondidas, también el tope; sé de juegos artesanales como el cuspe, el trompo, la pirinola; puedo enseñarte cómo hacer bailar el trompo...

El pastor me miró fijamente y, con la misma resignación que hablaba mi mamá cuando nos pedía a Saúl y a mí que dejemos de pelear por un tonto trompo de madera, me dijo:

— Mejor te voy a dejar que elijas el que te guste a ti

No recuerdo si pensé en mi mamá o en mi abuela, pero de inmediato le dije que sí. A mí nunca me dejaban elegir los juegos, consecuencia de ser uno de los hermanos menores, pues mis hermanos mayores siempre tomaban la delantera. Además, cuando alguien hablaba de esa manera, no había manera de negarse. Miré cómo el pastor colocó a su pequeña oveja en el corral y comenzó a caminar.

— ¡Vamos a jugar!

— Le dije emocionado. Como todo niño curioso, ya me había tardado en preguntar su nombre.

— ¿Cómo te llamas?

— Me llamo Pecas. Mi nombre me lo dio una amiga que tuve hace mucho tiempo. Llegó de repente, así como tú, no se quedó por mucho tiempo, sin embargo me enseñó cosas muy bellas y se llevó muy buenos recuerdos de mí. Vamos, ya es hora de jugar, Joaquín.

— ¡Tú sabes mi nombre! ¿Cómo es posible que sepas tanto?

— ¿No te parece obvia la respuesta? De todos modos te la voy a decir: llevo años en esta, la casa de tu abuela. Te vi cuando naciste y te he visto crecer, también vi a tu mamá y a tu abuela de pequeñas. ¿Es necesario que te diga más?

— Sí, porque mi mamá nunca me contó de ti, ni mi abuela, ni mis tíos.

Causaba tanta curiosidad en mí el que ese pequeño juguete, que ya no era tan pequeño, supiera mi nombre.

— Es porque al llegar a cierta edad todos olvidan quién soy, y empiezan a creer que soy un objeto, un simple adorno de la época y nada más. Aunque, sí les he traído recuerdos; al verme recuerdan el amor de su familia. Si quieres nos sentamos y te lo explico con más calma.

— No, mejor otro día, ya entendí todo, deja de perder el tiempo y vamos a jugar. La verdad es que no lo había entendido completamente, pero mis deseos de jugar eran más fuertes. Pensándolo bien, me habría gustado escucharlo.

— Bueno, juguemos con un trompo; ese era el juego favorito de tus tíos.

— Espera, dijiste que yo iba a elegir el juego.

— Sí, es cierto, yo lo dije, ahora debes escoger, ¡rápido! Antes de que me arrepienta

— A ver quiero que juguemos a... ¡Las escondidas!

— ¡Eso! Tú cuentas y yo me escondo. -- Dijo Pecas.

— ¡Nooo!, salió un trueno de mi boca, porque lo divertido de ese juego era que te busquen, de otro modo no había ningún caso jugarlo. Estaba cansado de buscar y de seguir contando y buscando, no quería dejar pasar tal oportunidad.

— Ya, no te angusties, serás tú quien elija.

Se dio vuelta, tapó sus ojos con las palmas de sus manos, como si de verdad estuviera interesado en pasar un momento cómodo, antes y después de encontrarme. Mi mente era tan contradictoria que imaginaba encontrar un escondite brillante, muy bien pensado; pero también premeditaba el momento en que Pecas iba a encontrarme, porque también me gustaba que me encuentren, siempre tuve la sensación de que mientras estaba escondido, podía suceder que dejen de buscarme, ese era mi mayor temor; sigue siendo mi más grande tormento. Ese juego

era de pura adrenalina, era una conexión sutil entre satisfacción y temor. Pecas comenzó a contar:

-Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Mientras se daba la vuelta por completo, comencé a correr para buscar un lugar seguro, un escondite difícil. Mi corazón se aceleraba con cada paso, conocía la casa de mi abuela y sabía cuál era ese escondite, sentía un fuerte palpitar en mi garganta, pensaba que era mi corazón intentando salir para no tener que soportar mis angustiosos nervios. Tragué mi saliva con fuerza para que se devolviera a su lugar y salí corriendo hacia un estrecho corredor en la parte de atrás de la casa, al que se llegaba rodeándola, pues quedaba afuera, en el espaldar. Allí había una máquina vieja de pelar, tostar y moler café, que conservaba ese aroma todo el año, aunque solo se utilizaba en las épocas de cosecha.

Un cajón grande de madera servía de nido para las gallinas. Ahí ponían y empollaban sus huevos. Entre la máquina, que también era grande, y el nido de las gallinas había un gran costal, que mi abuela utilizaba para recoger los tomates de su huerto. Mi rostro debió iluminarse en ese momento, entonces me dispuse a entrar en él.

Como era tan pequeño cabía perfectamente. Pensaba quedarme quieto para que Pecas no lograra encontrarme, pero fue imposible, las cosas que ahí estaban no me dejaron, y comencé a husmear por todos lados.

Lo que encontré no eran cosas materiales, aunque lo parecían; había varias envolturas de dulces de anís, como mariposeando. Cuando quise tocar una de ellas, formaron un remolino y revivieron un momento amoroso entre mis abuelos. Más adelante había algunas prendas de bebé, algunos eran vestidos y otros overoles; mostrándome la llegada de mi madre y mis tíos y tías que agrandaron enormemente la familia. Además, junto a la ropa había ocho platos y ocho vasos de distintos colores. Qué adorable imagen se ponía ante mí, pero tan difícil de entender.

Vi cómo se sentaban a comer todos en un largo tronco cortado por la mitad, de forma horizontal, al que llamaban banca. Allí estaban mi madre y mis tíos Javier, Enrique, Norberto, Omar, Francisco; mis tías Yolanda y Marcela, todos con cara de alegría, esperando un plato de sancocho.

Mi abuela servía la comida y se sentaba con ellos para escuchar a su esposo contar historias bellísimas que hoy pocos conocen. Mi madre las conservaba en su memoria hasta el día de su partida. No tenían mucho dinero, pero sin duda los rodeaban tesoros más importantes

que le daban un sentimiento especial a todo lo que vivían; el valor hacia la vida era tan puro como el silencio que causaba la muerte, que es inevitable.

Las imágenes que surgieron a continuación fueron, por un lado, fuertes para mi edad y por otro, muy hermosas. Quedaron por siempre en mi memoria. Apareció una tasa de tinto con el matrimonio de mi madre. El café era la bebida que jamás faltaba en casa, una tasa que además se sumergía en dolor por la crueldad y el maltrato de mi padre. Miré algunas prendas de mis hermanas y un pequeño calcetín que llevaba mi nombre. Después de todo, las cosas malas no pesan cuando se tiene una buena madre y una abuelita que te aman, esa es una familia de verdad; esa era mi familia de verdad.

Continué adentrándome en el costal, olvidando que tenía un juego pendiente, llegué a pensar que así como me mostró el pasado, me mostraría el futuro. Más adelante encontré una libreta, era lo último que había, ese era el final, el que yo consideré como el final. En realidad estaba equivocado, la libreta no mostraba el futuro, pero en ella podía construirlo, así que eso fue lo único sensato y posible en ese momento, agarrarla y ponerla en mi bolsillo, al hacer eso, un aire intentó succionarme; algo detenía mis pasos, algo que pretendía devorarme, con intensidad de no dejarme salir.

Sentí que iba a perderla para siempre, que jamás volvería a los brazos de mi mamá. Cerré los ojos para tomar fuerza, ya que, al ver tantos recuerdos buenos y malos, mi alma fue sometida, rodaban las lágrimas por mis mejillas, es difícil albergar tanto cuando eres tan pequeño, comprendo que la sensibilidad la heredé de mi madre.

Tenía tantas ganas de soltarme en llanto sin ninguna razón de peso. Cuando lo hice, desperté en los brazos de ella, ¡qué doloroso alivio! Ella me miraba fijamente mientras sonreía y decía:

— ¡Loco! Te quedaste dormido en el piso frente al pesebre y estabas muy frío porque pusiste la cara en el cemento.

Mis lágrimas oscurecieron la silueta de mi madre. Cuando tuve el valor de cerrar los ojos, abracé a mi mamá, rodeando con mis brazos su suave cuello y sentí ese alivio de estar junto a su pecho: sentir de cerca ese olor particular que, de alguna manera, me inspiraba seguridad, un olor que hace mucho tiempo dejé de percibir, pero que estoy seguro no he olvidado.

Cuando pude soltarla, varios minutos después de llorar sin consuelo alguno; hasta asegurarme, con el ardor en mis ojos, que no la había perdido, que sí fue una pesadilla, recordé la libreta de ese sueño y sentí un peso en mi bolsillo izquierdo. Antes de meter mi mano, pensé que no podía ser posible, que si todo fue un sueño, tal vez yo había quedado con la sensación de tener algo ahí, pero que en realidad no era nada.

La intriga podía más con mi débil pensamiento y metí mi mano en el bolsillo. Sentí algo que parecía ser la pequeña libreta. Mi corazón volvió a acelerarse, pues tenía miedo. Cómo saber si de verdad había estado soñando o si todo lo que pasó fue real, esa brecha entre los sueños que se sienten tan reales y la realidad que parece un triste sueño. Saqué aquello sólido y palpable que estaba en mi bolsillo. Sí, era una libreta, pero no igual a la de mi sueño, la miré por todos lados, busqué en todas sus hojas, para encontrar que estaba vacía, vacía como el pensamiento ligero que se sumerge en el olvido.

Aunque no era la misma libreta, despedía ese olor a las cosas que la abuela guardaba sagradamente en el cajón más pequeño del armario. Era un pequeño libro artesanal que me había regalado ella, lo sabía con plenitud y recordaba ese olor. Entonces volví a estar tranquilo porque era algo que tenía muy presente. El cajón más pequeño del armario de mi abuela era el lugar que causaba en mí tanta curiosidad. Súbitamente volví a tener esos recuerdos y de nuevo estaba en esa casa.

Cierto día tuve la oportunidad de tener en mis manos varias de esas cosas que ella guardaba con celo:

- No se toca lo que no es de uno.
- Decía mi abuela cuando veía en mi rostro las ganas de saber qué era lo que ocultaba en ese pequeño cajón.

Un día, que para todos en la casa fue ocupado y para mí un salto sin presiones, mi mamá y mi abuela adobaban los animales para celebrar el día de la madre, porque en esa celebración era mi abuela quien ofrecía un tremendo y delicioso banquete. Sabía que era un día como pocos, el cual, todos sus hijos la visitaban. Entonces, la alegría de poder estar rodeada de todos ellos, además de sus nietos, la llenaba de emoción y ganas. Mi madre siempre estaba allí para ayudarla, por eso, ante el caos de quitar pelo y plumas, dejaban que yo cuide a Saúl y me cuide a mí mismo; ese era uno de los mejores placeres.

Así, en una de las correteadas; intentando ganar la carrera por la casa, yo contra Saúl, choqué de frente con el armario, cosa que me aterrorizaba porque mi abuela tenía un lado oscuro, ella se enojaba cuando alguien tocaba algo que ella apreciaba demasiado. Miré hacia todos lados, pero nadie, ni siquiera Saúl, estaba mirando, él se había paralizado en la cocina, pálido, enfocado en la acción de mi madre y mi abuela; en sus pocos años de nacido sabía muy poco de lo que nos rodeaba.

Miré el armario, luego a mi abuela. El armario quedaba cerca de la puerta de la cocina, y podía mirar a mi abuela, muy ocupada por cierto. Así que no vacilé para incorporar mis manos en el primer cajón, era un roble muy viejo, me daba escalofrío pensar que estaba lleno de cucarachas o centellas; de esas que tantas veces había mirado en el baño, por las que había tenido que salir sin echar agua y sin subirme por completo los pantalones. Esas pequeñas pero escalofriantes amigas de Saúl como las llamaba, porque no les temía, los benditos animales le caminaban encima y no lo agredían; el solo hecho de mirar semejante atrocidad, hacía que todos los vellos de mi cuerpo se eleven en un segundo y una sensación de asco invada mi garganta.

Los escalofríos y el asco fueron superados por la emoción de descubrir aquello que mi abuela guardaba con tanto recelo, así que, por primera vez en mi vida, tomé valor y abrí la puerta. A primera vista parecía estar lleno de la ropa de mi abuela, que olía a flores a punto de marchitarse; pero no era un olor desagradable, siempre lo recuerdo con amor; abrí un poco más, asegurándome de que nadie se diera cuenta, pensando en que sería un tesoro lo que ahí estaba. Volví a mirar hacia la cocina, mi corazón otra vez trataba de huir, daba saltos enormes y tuve que tragar muy fuerte para sostenerlo. Al menos eso era lo que siempre pensaba que ocurría en mi interior.

Mientras la tensión subía, miré que en la parte superior del armario había otro armario pequeño, con cajones pequeños y llaves pequeñas, cosa que me causó felicidad ver, porque parecía un juguete. Llegué a imaginar que sería mío algún día, que lo tendría en mis manos, todo lo que llegaría a hacer con él, lo maravilloso que tendría dentro y que pronto iba a averiguar. Me vi abriendo sus pequeños cajones y sacando cositas que guardaba en él. El tortuoso trabajo era subir hasta allá, pero sin pensarlo demasiado comencé a escalar por la ropa de la abuela, cajón por cajón.

— ¿Qué está haciendo ahí?

La voz ronca de mi abuela advirtió enojo. Me bajé y cerré los cajones y la puerta grande inmediatamente para huir con velocidad. Salí sin decir nada y cuando estuve a salvo no pude soportar las ganas de reír hasta que me doliera el estómago, porque no se dieron cuenta de lo que descubrí, porque me había salvado de los gritos y regaños de mi abuela.

Mi principal preocupación, en ese entonces, era el no haber logrado mirar lo que guardaba ese pequeño armario, el no haber subido en lo alto del otro armario, hacía que lo deseara con el alma, por eso decidí volver a ese lugar y hacer un intento más; estaba decidido a tomar, aunque sea por un rato, ese pequeño trozo de madera tallado y hecho una gran obra de arte. Me paré en la puerta de la habitación y miré para todos lados, Saúl se había sentado a comer pan con queso, tenía la impresión de que iban a llamarme para darme un pan, entonces me aseguré de hacer el trabajo con la mayor velocidad posible.

De nuevo me encontraba muy cerca del pequeño armario, lo tocaba con la uña de mi dedo más largo, lo movía, pero no alcanzaba a tomarlo porque mi mano no alcanzaba el grosor de su talladura. Juro que lo tenía en mis manos, lo pensaba en mis manos cerca de mi pecho, abriendo sus cajones, pero no lo logré

— Bájese de ahí, Joaquincito

Era mi madre quien gritaba, me salvó de los regaños de la abuela Rosa. Ella era una mujer muy dulce, pero estricta, con reglas que imponía para mantener el orden en la casa. Muy pocas veces nos regañaba, pero cuando lo hacía nos ponía los pelos de punta y el cuerpo tembloroso porque su ira traspasaba paredes. Era una mujer con una ideología centrada en lo religioso y en cumplir a cabalidad los mandamientos de la iglesia. Por eso era tan respetada por muchos en la familia.

Desde ese día me conformé con lo que había imaginado y nunca más volví a intentar entrar en el armario de la abuela, de manera que, posiblemente, esa sea la razón por la cual dicho recuerdo llegó a través de ese sueño. Uno tras otro los recuerdos van llegando con los sueños. Recuerdo que toda mi infancia tuve curiosidad por saber qué había dentro de ese armario tan pequeño. Cada vez que entraba en la habitación de mi abuela lo veía e imaginaba lo que podría guardar, pero nunca en mi vida lo supe, porque cuando ella murió, el armario desapareció con muchas cosas que ahí había; se perdieron porque los vecinos se encargaron de sacar y desarmar los muebles para preparar una sala de velación, justo ahí, donde ella dormía.

III

Despertaba el verano con el fuerte viento que hacía mucho tiempo no sacudía mi camisa. Como siempre, me encontraba tomando un café y sentía los ruidos de una hoja de zinc que golpeaba la pared del patio de mi casa, solo; me dispuse a ver en mi reloj. Cuántos golpes daba por cada minuto. Daba uno, dos, tres; cada segundo un golpe, estaba a punto de afirmarlo pero el viento me escuchó, y por diez segundos parecía estar en una carrera: un, dos, tres, un, dos, tres; daba tantos que casi no podía contarlos, entonces me aseguré de que el viento también pudiera escuchar que mi café se había terminado y que me disponía a hacer algo más productivo. Como ya no iba a trabajar, buscaba algo bueno por hacer en casa.

Al comienzo del verano solía sentarme en el pequeño balcón de mi casa. Este no fue diferente y lo hice con el deseo de relajarme, dejando de lado el estrés del encierro; por suerte el verano comenzó ese domingo. Pocos minutos después de sentarme, escuché unas carcajadas infantiles, me asomé para chismosear pero no se miraba nada, solo el cuchicheo de unos niños. Al parecer estaban jugando, pero no sabía a qué, hasta que en el cielo se elevó una gran cometa hecha con bolsas plásticas y con una enorme cola. Instantáneamente me transportó a mi niñez: mis encuentros en los campos con Julio y Erminda. Además, encontré en los colores de la cometa el recuerdo de mi primer amor. Se llamaba Cristina y la conocí un verano.

Tenía seis años. Mi madre, que lucía joven en ese entonces, me transmitía la misma sabiduría y los mejores consejos que me dejó el día que murió. Cuando tenía esa edad aún no iba a la escuela, sin embargo tenía muy claro que en el verano el cielo se pintaba de muchos colores. El verde era mi favorito, me tenía cautivo. En Juakay hacía mucho calor en verano y poco frío en invierno, pero no había nieve como en los países del norte. Mi cara se ponía roja como un tomate exageraba mi mamá cada que me veía llegar de una loma en la que volábamos cometas, Julio, Saúl, Erminda y yo.

Julio era un niño de piel oscura y cabello muy lacio, tenía ocho años, le gustaba llevarme a volar cometas para no estar en su casa por al menos unas horas, porque decía que sus papás le gritaban y le pegaban, cosa que no era del otro mundo en ese lugar, porque lo mismo sucedía en mi casa; solo que evitábamos desobedecer para no recibir castigos. Erminda era una niña de ojos muy claros, piel canela y cabello castaño, lacio. Nos gritaba desde un bordo en el que estaba su casa a unos metros de la mía. La diferencia es que mi casa estaba en un barranco que

terminaba en un río. Un día no distinto a los demás, ella lanzó un grito, ya era la hora de salir a jugar:

— Joaquín, ¡vamos a la loma!

Mi mamá había salido a vender quesos. Hacer quesos era uno de los tantos oficios que tuvo para sacar adelante el hogar. Flora y Ausberto ya tenían edad suficiente y se iban por semanas a trabajar lejos del pueblo. Por esta razón, mi hermano Saúl y yo estábamos a cargo de la casa. Nuestro deber era tener la tulpa prendida y que haya café, pues no importaba el calor, todos acostumbábamos a tomar café al menos tres o cuatro veces al día; era un modo de evadir la falta de alimentos. Cuando escuché el grito de Erminda, me asomé por la pequeña ventana de la cocina.

— ¡Sí!, Me esperas, vamos a tomar el café. --Le respondí con un grito

— ¡Ya voy!

Eso fue lo último que dijo Erminda, hasta que, en contados minutos llegó a mi casa. Ella tenía seis años pero en su pensamiento habitaba una mujer, hablaba como una, me criticaba como mi abuela cuando no usaba chaqueta, cuando comía con ansias; cuando frotaba mis manos con saliva para limpiarme, casi siempre lo hacía. Ese día mi mamá llegó antes de que nos fuéramos Saúl y yo.

Solíamos pasar mucho tiempo juntos, Erminda tenía algo que me terminaba llevando a ella como la tierra a un imán, siempre me sentía bien acompañado cuando estaba con ella, no era una atracción romántica, su compañía era una de mis cosas favoritas. Cuando se iba la luz, cosa que sucedía con frecuencia, los dos nos reuníamos a la luz de la luna para hablar sobre las brujas y otros espantos que rondaban por las montañas y la vera de los ríos, mi mamá hacía una fogata en el patio y se unía para hablarnos de experiencias de familiares y amigos que tuvieron la mala suerte de ser encantados, malignamente, por el duende o alguna bruja.

Mientras entrábamos en calor ella comenzaba a hacer figuras con el reflejo del fuego en el muro de la casa, intentaba formar los espantos, animales y feas sombras que resultaban con solo mover un poco las manos, Erminda fue quien me enseñó que la amistad se brinda sin peros, que el amor por los amigos es superior a cualquier diferencia, éramos muy diferentes, pero nos hicimos la mejor compañía mientras pudimos. No era mi intención recordarla, pero su presencia en mi infancia fue un instante valioso, un regalo del universo que vale la pena guardar.

Estaba terminando mi pocillo de café y escuché su silbido en la curva, la esperé para decirle de nuevo que me mande a jugar con Erminda, pero su respuesta fue negativa; me dijo que doña Inés le había pedido cinco quesos y que debía llevárselos a su casa que, para rematar, quedaba en otra vereda, bastante retirada de nuestra casa.

— Joaquín y Saúl, tienen que ir conmigo porque la casa de doña Inés queda muy lejos. Además, al volver quiero entrar a ver cómo está mi mamá, hasta eso se anochece. Era como si mi madre supiera lo que estábamos planeando, sabía que Erminda estaba allí para llevarnos con ella hacia algún sitio, por eso lo de “tienen que venir con migo”, para no tener que decirle a Erminda que se fuera, las dos se entendían a la perfección.

— ¡Si! –le contesté

Mientras veía que Erminda se iba sin necesidad de pedírselo. Era una mujer en el cuerpo de una niña. Ella entendía todo más que yo, siempre iba dos, o tal vez más, pasos por delante de mí. Me puse de mal humor al no poder ir a la loma a volar cometas. Me sentía enojado, pero no se lo expresé a mi madre, nunca lo hacía, el enojo implicaba regaño y castigo.

Para no causar un caos le dije que sí sin dudarlo. Saúl aún no tenía la noción de responder, además me gustaba ir a otras veredas porque hasta el clima sufría leves cambios que yo notaba y adoraba. Para ir, la ruta hacia la vereda llamada Prado Verde se tardaba una hora en llegar a pie, a pasos rápidos, nos decía mi mamá. La carretera era angosta, con muchas piedras sueltas, vía destapada, el viento y el sol habían hecho su labor y el polvo abundaba.

En el camino mi mamá nos contaba historias muy entretenidas, algunas reales y otras eran la herencia de mi abuelo; cuentos que él le enseñó y ahora ella nos enseñaba a nosotros. Ese día hablamos de varias cosas, pero lo que más recuerdo es una historia de un lugar del que nos habló, un lugar llamado “Irasata”.

“Se trata de que, en cierto tiempo, en un pueblo vecino de Juakay, llamado El Guaso, las personas comenzaron a desaparecer. Tal era el número de personas que no regresaban, que el pueblo se estaba quedando sin habitantes. El propósito de cada persona para salir del pueblo era ganar algo de dinero. Salían porque los rumores de un buen provenir se hacían oír hasta en el viento. En este pueblo había una pareja de esposos que se amaban con el corazón, con enormes deseos de tener hijos y formar una familia, pero no habían podido tener ninguno. Socorro y Marcial deseaban tener por lo menos un hijo, a pesar de la pobreza que abundaba en su hogar.

Cierto día, pasó por su casa una anciana de una vereda cercana y les pidió un poco de agua. Socorro, que era muy generosa, le brindó un asiento, el agua y, además, un delicioso café caliente con tortilla de maíz. Cuando la anciana estaba terminando, Marcial llegaba de su larga jornada de trabajo en una cosecha de fique; la anciana le saludó y de una manera suspicaz aseguró:

— Dicen que la gente que se va a Irasata encuentra una mejor vida, muchas formas de ganar dinero y se quedan porque les va mejor que acá. Usted, señor Marcial, debería hacer ese viaje, es joven y capaz de hacerlo; yo no puedo porque ya estoy vieja y sin ánimos de nada.

La vieja puso la curiosidad en la mente de Marcial, se levantó de la silla, se despidió y se fue. Él, que tan cansado se sentía por el ajetreo de su trabajo, la paga tan mala y el mal trato de los patrones; dejó que las palabras de la anciana deambularan por unos días en su pensamiento, hasta que decidió irse. Habló con su esposa y con unos pocos ahorros que tenían, partió en busca de ese lugar llamado Irasata.

Era invierno cuando Marcial decidió marcharse. La lluvia implacable azotaba las hojas de zinc de la casa de los esposos, y Socorro esperaba con ansias la llegada de alguna noticia de su amado. Supuso que las cartas que él le escribía eran arrastradas por el viento y devoradas por las tempestades. Triste el destino de aquellas palabras de amor de alguien que dejó promesas atadas a la vida de una dama.

Socorro pensaba todo el tiempo en Marcial. Él había prometido su llegada cuando pase el invierno y no regresó; pese a su ausencia prendía una vela todas las mañanas a la virgen de Fátima para que proteja a su esposo, y rezaba con fe para su pronto regreso. De repente, veía que una sombra se acercaba por las noches a lo lejos, se iluminaban sus ojos cuando escuchaba un silbido en la curva antes de la casa, pensaba que Marcial por fin llegaba, salía con alegría hasta la carretera, y cuando escuchaba con detenimiento, se daba cuenta de que el silbido era del viento y que las sombras eran bestias de carga a las que les había agarrado la noche en el camino.

Destrozada, entraba en la casa y apagaba la vela para descansar y poder cultivar algo para no morir al siguiente día. Una tarde, Socorro estaba cortando con la pala una maleza que invadía el patio de la casa, esa que siempre quitaba Marcial, siendo un hombre cuidadoso que mantenía un hogar acogedor, odiaba que la maleza cubra los jardines, le encantaba mirar su casa rodeada de colores, flores y jardines avivados. Esa misma tarde, antes de que Socorro terminara,

llegó la misma anciana que sugirió a Marcial irse del pueblo y le aseguró a Socorro llevar noticias de él.

— Buenas tardes, Socorro. Escuché que Marcial está muy bien en el lugar que le recomendé.

La anciana se mostró muy segura cuando le dijo esto.

— ¡Señora!.

Socorro la miró con gran angustia.

— Yo no sé nada de él, desde que se fue, no he recibido ni una carta, ni las respuestas de lo que yo le escribo, pensé que Marcial estaba muerto.

Llorando, Socorro comenzó a llenar la poca ropa que tenía en una tula, se lavó las manos, llenó mucha agua en una botella y cerró la puerta con candado. Como poseída por una fuerza que no conocía salió tan rápido como pudo, de tal forma que no se percató de que la anciana ya no estaba.

Preguntó a varias personas para encontrar ese lugar del que tantos hablaban, pero le costó mucho llegar porque era desconocido y peligroso el camino. La gente tardaba meses en llegar allá porque algo curioso pasaba cada que avanzaban. Aparecía una anciana en el camino, brindando agua a los cansados viajeros. Al verse en esta situación, la mayoría de ellos tomaban de su agua y de inmediato pasaban a un estado somnoliento que los dejaba a la deriva. A Socorro le pasó lo mismo; una anciana con aspecto inocente le ofreció un vaso de agua.

— Mujer, ¿a dónde te diriges? Te ves muy cansada. ¿Quieres un poco de agua?

Al escuchar esto, Socorro sintió una ligera sospecha, iluminada por la fe en la virgen María.

— No, señora, yo tengo mucha agua en mi tul.

La vieja no pudo evitar la expresión enojada y se fue caminando muy rápido. Socorro estaba angustiada y se encomendaba a Dios cada que se enfrentaba a esos lugares. Sentía que cada vez estaba más cerca de su esposo, hasta que llegó a un lugar parecido a Juakay, pero con casas más elegantes, más coloridas, mejor construidas; todo en ese pueblo era novedoso y llamaba mucho la atención de cualquiera que pasara por ahí. Socorro comenzó a sentir mucha sed. Entonces buscó un lugar para descansar y tomar de su agua.

Estaba sentada a la sombra y se dio cuenta de que alguien más arribó al pueblo. Era un hombre joven, de piel morena y de figura muy delgada, estaba muriendo de sed. Al parecer la

sed era un efecto causado por el encantamiento del pueblo. Cuando Socorro lo iba a ayudar, alguien más se acercó a ese hombre con un mate lleno de agua. El hombre se reanimó completamente a beber del mate y como hipnotizado siguió a la persona que le dio de beber.

Socorro se acercó con mañita, para que no la vieran, y descubrió que en ese lugar que llamaban Irasata habitaba una bruja que hechizaba a las personas que ahí llegaban. Se dio cuenta de que había llegado al tan mencionado lugar, en el cual todo aquel que llegaba a buscar fortuna era devorado y matado sin piedad por la malvada que montó todo un atractivo lugar para poder alimentarse de quienes ahí llegasen.

Socorro se dio cuenta de que muchos estaban en un estado hipnótico, alimentándose de tierra y hongos que llamaban comida, porque así lo veían. Entre todas esas personas estaba Marcial. ¡Por eso la gente que viajaba a ese lugar cercano al Guaso no regresaba! Ahora Socorro estaba en una grave encrucijada, pero no encontraba la forma de liberar a su marido, el temor había invadido todo su cuerpo en un acto de temblores repentinos. Socorro oró por última vez y le encomendó a Dios su vida y la de su esposo:

— Señor, dame el valor en mi alma y la fuerza en mi cuerpo para salvar a mi esposo. No importa la pobreza mientras los dos podamos formar una familia y construir un hogar con tu bendición. Señor, permíteme llegar hasta él, dame una última oportunidad de estar a su lado. Él hizo ese viaje por buscar algo mejor para los dos, es un hombre bueno. ¡por favor, ayúdame a salvarlo!

Abrió sus ojos temblando de miedo, repitiendo en voz baja sus súplicas. Socorro entró a la casa de la bruja y, escondiéndose entre la gente que permanecía como en un sueño, logró pasar hasta la mitad, pero su esposo estaba todavía muy lejos, entre los primeros; muy cerca de una llama de color azul que flotaba en el centro de un gran salón. Ahí mismo estaba la bruja, contemplando sus próximas víctimas y absorbiendo su esencia. Ella tomó valor y caminó sin esconderse entre la gente. La bruja la miró y comenzó a gritar, despedía un llanto ensordecedor.

Socorro no dejaba de caminar hacia su esposo. Entre más se acercaba, eran más desesperantes los gritos de la bruja. Le decía que se detenga, que no avance porque la iba a devorar; no obstante su amor fue más fuerte que el miedo que provocaban sus gritos. Cuando Socorro tocó a Marcial, él despertó, y en instantes la llama azul estalló, destellando luz por todo el lugar, haciendo que las personas despierten de aquel profundo y abrumante estado”.

Todas las historias que me contaba mi madre terminaban con una lección. Resulta que lo que parecía ser el final no lo era. Las narraciones de mi madre terminaban en una frase que adhiere valor a la historia:

— ¿Por qué será que Socorro no cayó en la trampa de la bruja? ¿Por qué a ella no la pudo hipnotizar?

Mi madre me miraba fijamente. Sus ojos bien abiertos y grandes ponían su confianza en mí, todo lo esperaba de mí, por ser el mayor de los que con ella íbamos; además porque Saúl escuchaba a mi mamá con poco interés. El loco que se perdía en sus palabras haciendo magia era yo. Al ver que no tenía las palabras para decirlo, ella respondía:

— Pues porque actuó con desinterés. Ella no quería obtener nada material, no iba por plata, simplemente el amor hacia su esposo la llevó hasta allí, con la única ilusión de recuperarlo. Así que Socorro logró lo que nadie había logrado, porque toda la gente que se acercaba a ese lugar, lo hacía con deseo y ambición de todo el poder, el dinero y la suerte; eso alimentaba el espíritu que habitaba el pueblo y lo convertía en algo tan fuerte, capaz de absorber la vida de cada persona que lo alimentase.

Me comenzó a explicar la importancia de tener un corazón sencillo, sin maldad que pueda marchitarlo; la importancia de dar amor sin esperar nada a cambio. Dijo que la mejor riqueza es el amor entre dos personas o entre una madre y sus hijos. Se adelantó porque sabía que le iba a preguntar de mi padre.

Al terminar la historia faltaban solo tres curvas para llegar a la casa de doña Inés. Yo estaba sorprendido y quedé en shock. Por algunos minutos guardé total silencio, siempre lo hacía. Cuando en mi mente divagaban toda clase de pensamientos, caminaba y pensaba; intentaba caminar tan rápido como mi madre, pero mis piernas eran flacas y cortas; parecían quebrarse cada vez que corría. La situación económica de mi madre era una de las razones de mi figura delgada, sin embargo eso no significaba que no tuviera fuerza, yo era un niño muy sano y resistente a muchas cosas, huesos de marfil, decía mi abuela, para referirse a mi vigorosidad.

En poco tiempo llegamos. Mi mamá acostumbraba a llamar a la dueña de la casa antes de pisar su jardín, por varias razones que siempre mencionaba:

— Podría haber un perro bravo, el dueño podría ofenderse si solo entramos, y es de mala educación entrar a una propiedad sin antes pedir permiso.

Así que gritó:

— ¡Inesita!, buenas tardes, ¡Inesita!

En unos momentos, y con una cara muy amable, salió una señora. Yo no la conocía, jamás la había visto, o quizá antes no había notado su presencia. Mi mamá la saludó como si fuera de la familia. Eran amigas muy cercanas, sin embargo, ella le decía doña Inés cuando se refería a ella delante de nosotros, para que no le faltemos al respeto, porque llamar a un adulto solo por su nombre, era una falta grave. Ella le dijo mirándome:

— Es uno de mis hijos menores.

Saúl se había quedado atrás. Ella sin dudar me sonrió y me tocó el mentón mientras decía:

— Sigam, sigan.

Entonces, mi mamá caminó con ella y yo iba detrás, observando un huerto y un jardín que estaba a un lado de la casa. Al entrar por una de las puertas, mi mamá giró a cabeza para saludar a una niña que estaba sentada. Inmediatamente noté que sus piernas eran algo raras, pensé que algo le pasaba, pero ¿qué podría ser? En ese momento mi mamá me dijo:

— Salude a la hija de doña Inés, ella es Cristina.

— Hola, --le dije sonriendo.

Ella respondió con gran dificultad, su voz y su rostro transmitían cierta felicidad, ella no podía caminar, ni hablar, ni comer por sí sola, pero en mi corazón sentí una paz enorme y supe que la quería; entonces me senté a mirar su quietud, pero la quietud de su alma, porque su cuerpo se tambaleaba todo el tiempo. Entendí que era una niña en un cuerpo mucho más grande y sentía curiosidad por saber qué era lo que había pasado con ella, ¿acaso una bruja la hechizó? Me atormentaba la historia de mi mamá.

Me senté a su lado y toqué sus manos. ¡Oh Dios!, ni las de un bebé eran tan suaves, pensé que era así como se sentiría tocar una nube. Pasé mucho tiempo imaginando esa sensación mientras miraba el cielo, acostado en la loma aquella, después del vuelo de cometas. Pero no fue solo la suavidad de sus manos lo que me hizo quererla, sus ojos estaban siempre pendientes de mí y brillaban, los vi brillar en el manto suave de luna llena del firmamento, y dentro de esa luz otros muchos destellos que entibiaron mi pecho.

Su sonrisa al verme era una ceremonia. Gritaba y sonreía. Yo le dije mi nombre pero no pude entender el de ella. Su lengua no le permitía hablar correctamente (en realidad era su

sistema nervioso) y yo era demasiado pequeño para descifrar su balbuceo. Eso no frenó mis ganas de hablar con ella, así que decidí suponer aquello que decía. Le dije mi color favorito y pregunté el suyo; sabía que ella podía entenderme, porque me dijo que le gustaba el rojo, eso sí lo supe porque tocó una pequeña franela, que estaba en el espaldar de la silla mientras intentaba acomodar su lengua para poder hablarme.

Le dije que si le gustaba jugar a las escondidas, que ese era mi juego favorito y su sonrisa grande era el reflejo del deseo insaciable de jugar; parecía tener el mismo gusto por aquel juego de sorpresa, protagonista de alegrías. Busqué la manera de jugar sin movernos de ese lugar, entonces, ¡un chispazo! Caminé hacia el otro extremo de esa enorme y fría habitación, en la que ella solo ocupaba una silla junto a la puerta. Cuando llegué a la esquina del fondo, la miré muy fijamente. Ella no quitaba su mirada sonriente de mí, así que cubrí mis ojos con mis manos y comencé a contar en voz muy alta: uno, dos, tres... Entonces me dije:

— Si cuentas más de diez vas a perderla.

En realidad no sé si era yo quien decía eso o era un pensamiento que surgió después de conocer a Cristina. Entonces terminé:

— Ocho, nueve y diez --sin descubrir mis ojos le dije: --¡allá voy!

Con mis ojos cubiertos caminé a pasos suaves y lentos, no directamente hacia ella pero decía en voz alta:

— Qué buen escondite, ¿en dónde estará?

Y escuchaba que reía, escuchaba su risa entre sus frágiles dedos cubriendo su boca para que no la encuentre tan rápido y seguir disfrutando de tan sublime momento. Era como si estuviésemos dentro de una piscina llena de algodón de azúcar en forma de corazones. La alegría de ser niño y amar con pureza dulce y suave como el algodón de azúcar.

Cristina colocaba sus manos un poco desviadas sobre su rostro, trataba de cubrir su boca para que no saliera ni un suspiro de ella, con tal de que el juego se prolongue; pero, a pesar de su esfuerzo, el maquinal temblor de toda ella burlaba sus ansias de jugar.

La madre de Cristina, doña Inés, la miraba con tristeza y con amor. Llevaba amarrado en la cadera un cordón con unos trapos atravesados, sacaba uno y le limpiaba la boca a Cristina porque por momentos no era capaz de tragar su saliva. Mi asombro no fue morboso. Pensé todo el tiempo que Cristina era apenas una bebé, igual que mi hermano Saúl, quien, por cierto, se la

pasó todo el tiempo abrazado de las piernas de mi mamá, a quien, de hecho, también había que ayudarle con la limpieza y la comida.

El pensamiento que generó mi mayor intriga es que era una niña demasiado grande. Yo, que me comía todo el sancocho y las sopas de maíz de mi abuela, estaba pequeño y flaco en comparación con Cristina, que parecía comer muy poco porque doña Inés le dio un pan, solo le pegó un mordizco y lo dejó caer por pedazos al suelo. A pesar de eso ella era mucho más grande. Me pregunté varias veces si ella era mayor que yo, si un embrujo la tenía en ese estado. Mi imaginación se disipaba con las historias de mi mamá.

Dejé de pensar en aquello y volví a sentir que Cristina era una niña muy linda. Cada parte de ella la hacía bella, en especial su forma de reír tan pura. Qué afortunado me sentí cuando la mamá dijo que nadie jugaba con ella y que nunca la había visto tan contenta. Quería seguir en el juego, pero estaba oscureciendo y mi mamá hizo la señal. Ella movía la cabeza hacia un lado, unas dos veces antes de decir:

— Vamos, niños.

Esa era la señal de que era tarde, de que la hora de visita había terminado. Yo lo entendía muy bien, aunque ese día no quería irme de ese lugar, sentía que era el protector de alguien que disfrutaba de mi compañía. El vacío que sentí después de salir de esa casa me duró varios días. Pensaba en Cristina constantemente, tanto, que tuve que decirle a mi mamá que volviéramos a visitarla, yo sentía que necesitaba alguien que la proteja y le de muchas alegrías.

— Pero, hijo, ella no es una niña; es una mujer con una extraña enfermedad.

Mi madre insistía en no llevarme de nuevo. Yo, sin embargo, deseaba volver a jugar con ella. Aunque ya sabía que no era una niña, me agradaba pasar tiempo a su lado. Mi mamá siguió hablando:

— Esa niña es muy desafortunada. Era una niña normal, hasta que un doctor le recetó un medicamento muy fuerte que le afectó el cerebro y por eso no actúa como los niños sanos.

Lo único que pude hacer fue guardar silencio. No quería contradecir a mi madre, sin duda me oponía completamente a sus afirmaciones, ya que para mí Cristina era más normal que cualquier otra persona. Reía y sentía de la misma forma. No me cabía en la cabeza que mi mamá, quien me enseñaba valores y buen trato, estuviera diciendo eso. Me parecía irrespetuoso que la clasificara como algo anormal. Las limitaciones que tenía no le impidieron disfrutar conmigo

de un juego que nos alegró a los dos. Me mantuve en silencio por varios días. Hablé solamente lo necesario porque seguía pensando en ella y en la ofensa de mi madre.

Dejé el silencio a un lado. Mi mamá no accedió a mis ruegos, la ansiedad de verla fue desapareciendo con su recuerdo. Por eso me inquieta que, de repente, el estrecho túnel temporal me volvió a llevar a aquel día en el que no pude ir a volar cometas con mis amigos, pero en su lugar conocí a una mujer que aún considero especial y maravillosa. Sobre todo después de recordarla.

El recuerdo de Cristina volvió a mí con la misma fugacidad con la que la quise. No es que la haya querido olvidar durante todo este tiempo, fue más bien la condena de un momento. El pensamiento opuesto de mi madre y la ligereza del tiempo, fue lo que devoró su imagen.

Me es tan fácil olvidar, que pienso que no debería ser un lacayo de la memoria, pues nunca me consideré un hombre de recuerdos sino de olvidos. Aunque ahora tenga más claro que nunca mi pasado, muchas veces pienso que lo que me sucedió fue porque aún no comprendía que el olvido hace posible la aparición de un nuevo capítulo, de un cajón de memorias que un día parecieron desvanecer, de muchas buenas señales que desaparecen tan pronto como el humo en el cielo, y que, de repente, aparecen cuando ya no hacen parte del presente; absorben, de alguna manera, el invasor olvido.

Y fueron llegando más recuerdos...

IV

De mi trabajo pasaron un oficio para tenerme lejos por un tiempo, porque mi mente estaba atrofiada y sin memoria. La curiosa enfermedad del mal de olvido había avanzado demasiado y era más un problema que una solución, pero no podían echarme por cuestiones legales. Sin embargo, ya estaban buscando la manera de hacerlo. Escuché a Gabriel, mi jefe, murmurando en el baño con el encargado de la publicidad. Hablaban de buscar que cometiera un error o hacer algo para poder inculparme y así firmar mi despedida, mi sentencia.

Entonces estuve en mi casa contando desde mi cama las veces que pasaba un carro, los ladridos de los perros de los vecinos, cuántas veces Danesa salía a jugar al patio. Uno de esos días, mi esposa colocó un banco en la sala de la casa, junto a la puerta principal, la abrió y me invitó a sentarme allí.

— Joaquín, llevas mucho tiempo encerrado. No quiero obligarte a salir, lo que sí te pido es que te sientes aquí, tomes aire y observes algo distinto a lo de siempre.

Sara era una mujer calmada. Siempre me pedía todo con amabilidad, así que yo siempre cedía a sus propuestas. Me senté en ese banco y, al mirar y sentir el marco del umbral que separaba nuestra casa del resto del mundo, me sentí como alguien que había conocido cuando llegué a la ciudad: un viejo que se sentaba de la misma forma, en el umbral de su casa, con cara de tristeza, por haber perdido tanto que no le quedaba más que sentarse y conservar la vista, que era lo único que nadie podía arrebatarle.

El viejo parecía estar sordo porque los primeros días que estuve en ese barrio lo saludé y jamás me contestó. Solo se quedaba mirando al frente como si su vista contemplara algo más que una simple calle llena de caca de perro y basura. Unos días después, descubrí que sí estaba un poco sordo, pero también que se perdía en sus viejas historias, pensamientos extraños que según él aparecieron cuando se volvió viejo y senil. Lo sé porque un día llegaba temprano de trabajar y le saludé con fuerza para que me respondiera; entonces me contestó con su voz cansada y lenta pero en un tono bastante fuerte, como un militar:

— Buenas tardes, ¿cómo le va joven?, llega temprano el día de hoy.

Lo dijo con tanta amabilidad que me detuve para contestar y entablar una charla con él:

— Sí señor, hoy no había mucho que hacer.

Callé por unos segundos. Luego seguí:

— Por esta temporada no hay mucho movimiento, por eso me vine a mi casa a descansar para salir compuesto a estudiar por la noche.

— Entiendo. Me llamo Ramiro Bianco. Me había olvidado de presentarme

— Yo soy Joaquín, mucho gusto de conocerlo, ha de notar que vivo hace poco en la casa azul, arriendo una habitación allí.

Me sentí incómodo, como diciendo necedades, pensé que era obvio que lo sabía porque fue él quien hizo el comentario de que había llegado temprano ese día. Solo se limitó a contestar:

— Sí, joven Joaquín, hay cosas de las que me doy cuenta muy rápidamente, pero hay otras que demoro mucho en resolver. Por ejemplo, me gustaría contarte que estos últimos años descubrí el propósito de los ángeles.

Me quedé mirándolo con desacierto. No sabía de qué me iba a hablar. Me pareció tan extraño y absurdo al mismo tiempo, porque mi plan de descansar no era llegar a escuchar las barbaridades de un viejo. No obstante, en mi mente había una lucha de pensamientos que

debatían, porque el hombre necesitaba que alguien lo escuchara. Por otro lado, ese no quería ser yo.

De alguna manera, el inicio de su historia logró conmoverme porque me recordó, de niño, lo inocente que era y algo que creo que muchos recuerdan; la oración de la noche con mamá. Lo cierto es que en el momento de recordarlo no solo recordé su gran historia, también me sentí como él, sentí la vejez, la soledad, pero sobre todo la abundancia de recuerdos. El anciano prosiguió a contar su descubrimiento, que causó en mí una horrenda curiosidad de momento:

— Cuando era niño, mi mamá me enseñaba a rezar todas las noches, pero por sobre todas las oraciones estaba una que nunca podía dejar de hacer. La del Ángel de la Guarda era la oración que comandaba los rezos de mi mamá y de todos en mi casa. Yo siempre hacía esa oración, muchas veces sin darle sentido a lo que decía, pero con la confianza que fundó en mí la fe de estar siempre protegido de todos los peligros.

Mi madre santa, que está en el cielo, me decía que al rezar invocaba el espíritu de Dios. Este baja para bendecir al que ora y le deja encargando a un ángel la protección, sobre todo cuando se trata de un infante; porque los niños son más importantes para él. Y me mostraba una imagen del ángel, acompañando a dos niños que están cruzando el río por un puente de madera. Aún guardo esa imagen en un pequeño álbum de fotografías.

El anciano no se puso de pie para mostrarme la imagen porque tenía serias dificultades para caminar, pero intentó hacerlo. Continuó con la historia que cada vez me maravillaba más porque comenzaba a remover pequeños fragmentos de mi pasado.

— Lo que fui descubriendo con el tiempo es que esta oración guarda un secreto muy fuerte que, aunque no me lo creas, tiene mucho sentido, lo tendrá más cuando llegues a la vejez. Cuando seas viejo lo entenderás mejor; el ángel que protege a cada persona existe, pero no se logra reconocer hasta que se está próximo a la muerte, me comencé a dar cuenta de su presencia cuando sufrí un paro cardíaco a los cuarenta y nueve años. Esa noche en el hospital, después de despertar, lo invoqué con la oración y sentí que mientras lo hacía, sentenciaba mi propio fin.

“Ángel de mi guarda, mi dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, hasta que me pongas en paz y alegría, con todos los ángeles, Jesús, José y María”

Después de recitar sonrió como esperando que yo entendiera algo que él sabía. Algo que dijo en esa oración, que comprobara que tenía razón. Yo solo me quedé en silencio. Entonces habló:

— ¿Entiendes lo que dice esa oración? Todas las noches de mi vida he recitado mi fin. Resulta que el ángel que nos cuida es el ángel de la muerte dispuesto a no fallar cuando sea el momento.

No quise decirle que estaba en desacuerdo, por eso asentí con la cabeza y mostré interés en lo que decía, pensaba que, sin discutirle en absolutamente nada, la conversación terminaría pronto. Él prosiguió:

— ¡Hijo!, ¿te das cuenta de mi descubrimiento? Justo cuando estaba al borde de la muerte, recitando las bellas enseñanzas de mi madre, entendí su propósito. Somos custodiados por nuestras palabras y de alguna manera estamos listos para la muerte, la sombra que cuida nuestros pasos es también la que termina con ellos. Nunca lo habría pensado así, de no haber caminado junto a esa sombra, que no es más que la muerte.

No es el ángel de la guarda, es el ángel de la vida y la muerte, nos cuida para que no caigamos antes, no es que sea alguien malo; es la sombra que actúa de la manera más justa. Nos lleva en el momento indicado, no antes. Por eso estoy hablando aquí contigo.

Para entonces, no fue de mi interés la historia de aquel anciano, aunque no niego que tenía cierto encanto el creer que el ángel de la guarda es la misma muerte; fue un pensamiento que vagó y desapareció pronto, porque desde que dejé de ser niño, también olvidé las oraciones de mi mamá. Dejé de hacerlo todas las noches.

— Don Ramiro, me ha sorprendido su descubrimiento y me encantaría quedarme, pero tengo que entregar algunos documentos mañana temprano.

En realidad solo quería llegar a casa a ver los deportes, descasar y tomar vino.

— No se preocupe, joven; ya habrá tiempo para que hablemos y contarle otras cosas que solo los viejos sabemos, que algún día entenderá mejor.

Asentí de nuevo y vi que su sonrisa condenaba mi afán. Como quien dice: algún día te sentirás tan loco como yo, tan solo, tan viejo; tan necesitado de recuerdos y de historias que contar.

— Hasta luego, don Ramiro...

— Hasta luego, Joaquín.

El que ese viejo me haya llevado a las millas de mi madre, enseñándome una oración, no fue realmente un recuerdo que haya impactado en ese entonces; pero el recordarlo a él, verme como él se veía, quizá comprender su soledad porque ahora era mía; me hizo detenerme en el recuerdo de mi madre otra vez, en su amor por nosotros y por enseñarnos el camino de Dios. Desde entonces comencé a creer que realmente el estar solo me hizo percatar de la presencia de un ser que siempre me ha acompañado, aquel que me mantuvo muerto durante tanto tiempo. Yo no lo llamo ángel, yo le llamo soledad.

No esa soledad que uno disfruta, es la soledad que se siente, aun cuando se tiene a lado el amor de una esposa, de una familia. El ave de mal agüero era yo. Mi desencanto por la vida me encerró por mucho tiempo en la oscuridad, todo lo malo arremetía contra mi vida sin descanso, las cosas malas siempre me sucedían, siempre cosas malas, nada me gustaba, todo lo malo era yo. Tener un empleo como contador, en una empresa importante y reconocida no era lo mejor y nunca lo fue, siempre miré lo peor en todo, mi amargura me hacía ver el camino como una senda de dolor.

Tanto perdí, que jamás me quise enterar de que podía ver el mundo con otros ojos, así perdí la mayor parte de mi vida, yo mismo refundí los que podrían haber sido los mejores momentos, en un caldo de mucho dolor y pesimismo. Cuando desperté, me llamaban enfermo mental, mis hijos ya se había ido y mi esposa solo estaba ahí, quizá por el último gramo de amor que me tenía.

Había perdido el amor con el que me crío mi mamá, olvidé sus consejos, sus cuentos, que tanto amaba de niño; la ligereza de sus palabras cuando me decía que la única herencia que podía dejarme era su palabra, mi herencia, eran todas sus enseñanzas. En ellas se incluían las bellas costumbres de mi pueblo, el amor por la familia y la devoción a Dios. Todo se fue borrando de mí. Absolutamente todo; y no es que esos recuerdos se hayan ido simplemente, algunos estaban ahí y solo los dejé perder porque sentía que tenía que cambiar, que era otro cuando llegué a la ciudad.

El infortunio de ahí en adelante fue la amargura, lo bueno era malo, y lo malo lo era aún más. Todas las cosas buenas que dejó mi madre en mí, mi amor propio y por mi familia, se fueron durante esos años de trabajo. Solamente fueron regresando gracias a mi locura, a mis recuerdos; luego de padecer una enfermedad que irónicamente me hizo olvidar todo. Tal fue la

gravedad de esta, que dio fin al hombre sin vida en el que me había convertido. Siendo mi esposa, testigo del regreso de un niño que logró mi transformación.

La imagen del viejo que se perdía en sus recuerdos, aquel viejo que yo siempre saludaba; sin pensar que algún día iba a verme senil como él, perdido, abrumado por la soledad, entregado al pensamiento de no tener quien me escuche, era el mejor referente que justificaba esa mezcla de amargura y tristeza. ¿Quién se atrevería a prestar atención a la historia de un triste viejo y de su aburrida vida? Una y otra vez creía que estaba completamente solo.

Entonces, mi compañía eran los recuerdos que llegaban casi siempre desde mi balcón, a través del viento y los sonidos. Danesa era la única capaz de escuchar hasta quedarse dormida del aburrimiento, éramos los dos en un inmenso balcón llamado memoria. Así fue mi vida durante un efímero momento, hasta que terminó con la muerte.

V

Tarde de trabajo. Era un hombre cansado, rechazado nuevamente por mi jefe. Con mirada amarga, frustrada, justo en el borde del precipicio de odiar el trabajo, pero, al mismo tiempo, tener la enorme necesidad de fingir cordura para no perderlo. Mis ansias porque la semana termine para quedarme en cama toda la mañana, revisando el celular cada cinco minutos, para darme cuenta de que no pasaba nada o reír depresivamente por cada meme o imagen que golpeará mi realidad, jamás cesaban. Ese era yo antes de recordarme y quería seguir con esa rutina por encima de los fusilamientos de mi mente.

Estaba bajo mucha presión. Tenía una carga adherida a mi espalda, con exagerado pero necesario peso. Mi abuela y mi madre siempre me decían: “el trabajo es la vida; de ello depende el vivir bien, el tener algo seguro y no andar deambulando por el mundo, hasta convertirse en un vago”. Así, me dediqué la mayor parte de mi vida a trabajar como un esclavo de mi propia vida, sin pensar en mi familia, sin tener en cuenta lo más importante.

Pues bien, llegó el sábado, como de costumbre no pude dormir hasta la hora deseada, esperaba el fin de semana para dormir e, irónicamente, no lograba hacerlo. Sin contar que la noche anterior hubo una fiesta donde los vecinos. Gritaban y cantaban sus canciones; la serenata hacia mi ventana fue una canción de un cantante contemporáneo de música popular, un joven llamado Jhon Alex. Mientras intentaba dormir, pensando en el sábado, escuchaba las letras de sus canciones y poco a poco hacía un ensayo en mi cabeza sobre este artista que no solo era un intérprete de canciones, sino de sus propias vidas; poniendo en tela de juicio el amor.

Sin embargo, mi vida se representaba con otras melodías. En el campo escuchábamos mucho a Julio Jaramillo y Vicente Fernández, el favorito de mi abuela: Pedro Infante; canciones que, gracias a mi madre y hermanos, se quedaron en mi memoria, ocuparon y ocupan un lugar irremplazable en mi vida, las rancheras, los boleros y los tangos fueron dueños de las más bellas historias junto al fuego. Su marcha por mi vida fue la compañía cuando no había nadie más y el dulce sabor cuando estuve acompañado; y, ahora, de vez en cuando, los escucho para recordarme un pasado que existió y que se fue como por obligación.

Los sábados me quedaba en cama hasta las nueve de la mañana, pero ese día no fue un sábado como los de toda la vida, sin sabor y sin sentido; ese sábado mi memoria me llevó a un lugar que me trajo consigo un dolor que había olvidado y una pena que me hizo recordarme, que me hizo comprender que la vida es un suspiro de recuerdos.

Antes de despertar, estaba soñando con mi antigua casa, la cocina de mi madre. Un grito me despertó: qué recurrente mi cabeza en mezclar mis sueños con la realidad actual. Estás soñando algo y de repente viajas por medio de actos del presente, justo ahí.

- ¡Envueltos!, ¡Envueltos!. Compre su envuelto para el desayuno

Gritaba, una anciana que vendía envueltos de choco. El maíz en un punto medio de maduración. Me gustaban mucho, pero ese día su sabor me transportó al pasado, el sabor delicioso de los envueltos que preparó mi mamá el día de su muerte, un sabor que por varios días se quedó en mi garganta, convirtiéndose en un dolor que ahora, después de tantos años, volví a sentir como si estuviera ocurriendo de nuevo.

A mis 16 años gozaba de muy buena salud. La situación económica había mejorado, ya había menos pobreza porque mi hermano y yo trabajábamos para llevar la comida a la casa. Me gustaba llevar plátanos, yucas, rábanos, papas criollas y deliciosos choclos, porque en las manos de mi mamá dejaban el sabor a tierra y se convertían en las más ricas comidas, que, sobre todo, sabían a amor.

En esa época hubo una gran cosecha, Saúl y yo nos encargábamos de todo. Yo había dejado de estudiar porque ya sabía de números bastante bien, eso era lo que quería mi madre. Sembrábamos varios cultivos y obteníamos comida para vender y para nuestra casa; obtuvimos treinta y tres bultos de choco, de los cuales dejamos tres para la casa y salimos al pueblo a vender los treinta.

Estábamos muy contentos por las ganancias, porque valía la pena sembrar y cuidar los cultivos, valía la pena esperar el tiempo que demoraba en dar sus frutos la tierra y nuestro esfuerzo, la sonrisa de mi mamá y de Emma me llenaban de alegría, ellas representaban esos frutos de tal esfuerzo.

Ese día cargamos los caballos y salimos muy temprano para regresar rápido. Emma ya estaba atravesando los 9 años; se quedó ayudando a mi mamá a moler el choclo para preparar los envueltos. Desde la vereda los Pinos hasta el pueblo, quedaba un poco lejos. Al no encontrar transporte para el resto de la carga, Saúl pidió cuatro bestias más a un finquero que tenía mucha influencia, era de la vereda vecina: El Llano. No me agradó la idea porque sabía que luego nos iba a cobrar el favor con creces, pero quería hacer rápido el trabajo para llegar temprano a la casa y comer los envueltos de mi madre.

Así que partimos con las bestias cargadas. Cuando llegamos a casa, prácticamente con las manos vacías porque los bultos que llevamos sirvieron para pagar una vieja deuda de mi padre y lo que quedó debíamos conservarlo para el abono de la tierra, encontramos a mi madre sentada junto a la hornilla esperando que se cocinen los envueltos, cuyo significado era demasiado importante en nuestra casa porque nos unía junto al fuego, nos hacía conversar y contar historias, hasta quedar llenos el estómago y el alma.

Ya estaba anocheciendo y mi mamá nos llamó a la cocina. Era hora de comer, nos sirvió junto con Emma y nos sentamos todos alrededor de la hornilla, no pude evitar ver algo de tristeza en la cara de mi mamá; yo esperaba que nos cuente una historia como siempre lo hacía. Esta vez habló para darnos varias recomendaciones sobre la casa y sobre Emma, como si fuera a estar ausente por algún tiempo. Después de hablarnos, recogió los platos, los colocó en el mesón y se desplomó de repente. Su cuerpo descansó en el piso roñoso de la cocina.

De inmediato, Saúl y yo corrimos a cargarla para reanimarla pero no respondió. Así que la sacamos de la casa, se cruzó por mi mente el llevarla en un carro, pero el transporte era muy escaso; así que dejé a un lado esa idea y sin perder demasiado tiempo. Con la esperanza de salvarla, la cargamos Saúl y yo al tiempo; su cuerpo se sentía duro y pesado, como si se resistiera a irse. Caminamos con ella por varios minutos, tratamos de avanzar a pasos muy rápidos, pero el pueblo quedaba a cuatro kilómetros. No había mucha luz en la carretera, excepto la de la luna que tanto amaba mamá.

Llevé a mi madre cargada, mientras su vida se apagaba lentamente con mis pasos, con el crujir de mis pies en el sendero de ese camino empedrado. Así se fue su alma por los caminos de siempre, por los caminos de historias, de juegos, de enseñanzas; así dejó en mí, por esos mismos caminos, su último recuerdo. Así perdí una luz en mi vida.

Es normal que olvidara el día que, gracias a su dolor, tomé el primer respiro. Inhalé el mundo de forma exagerada y exhalé con un grito concluido en llanto, con lágrimas que ni siquiera rodaron por mis mejillas. Pero no olvido todas las veces que ella me lo contó con alegría, haciéndome sentir e imaginar ese día como si de verdad lo recordara por mí mismo. Agradecí en ese momento a Dios por hacerme alumbrar por esa mujer.

Es absurdo pensar que la vida es simple cuando es la muerte la que se presenta con simpleza; inesperada como las primeras gotas de un aguacero, con golpes suaves que auguran tristeza, tan fácil como compartir un plato para, luego de unos segundos, casi de la nada, darte cuenta de que estás cayendo a un abismo, al túnel triste del adiós. La muerte nos vuelve eruditos del dolor, un estado en el que el examen final se aprueba con la aceptación por sobre todas las cosas, el aceptar la muerte como la exhalación de la vida, tan fácil como tomar un respiro, tan fácil como soltarlo, dejarlo fluir como algo necesario y justo.

Mi madre exhaló su último soplo de vida, ella simplemente se desplomó en la cocina de nuestra casa y cuando la cargamos para llevarla al hospital de Juakay, su ser ya no estaba con nosotros, por eso su cuerpo se resistía. Nuestra inexperiencia nos hizo creer que solo estaba desmayada, que pudo ser un mareo o algo pasajero. Cuando aceptamos por completo que estaba muerta, comprendí que había perdido el tesoro más precioso e invaluable que jamás se encuentra en ningún lugar. Recordé sus palabras:

- Hijos, les quiero pedir un favor: si me lo hacen estaré agradecida por siempre con ustedes. Quiero pedirles que cuiden a su hermana, no dejen sola a Emma nunca, si yo llego a faltar quiero que la cuiden como yo les he enseñado y los he cuidado; ella es una niña, los necesita.

Emma solo tenía 9 años cuando mamá murió. Cuando se desplomó en la cocina, Saúl y yo olvidamos e ignoramos su presencia por completo, su dolor, su llanto. En lugar de obedecer las palabras de mi madre, nos llenamos del temor de quedar solos y estábamos en un shock que duró hasta que la frialdad de su cuerpo, se prolongó, luego nuestros sentidos se acomodaron.

Cuando esto pasó, regresamos a la casa, no había ninguna esperanza; volvimos con la muerte dibujando en nuestros rostros un cuadro de abandono, de eterna soledad, de noche gris; de no querer vivir más. Entonces Emma me miró y entendió todo. Ella lloraba en silencio, como si de alguna manera esperara que eso que estaba pensando sea una mentira; a la vez como si fuera su responsabilidad la muerte de mamá.

Me acerqué a Emma, la abracé, quería decirle que me perdonara, que yo iba a estar ahí siempre; pero solo la abracé y le dije:

- Desocupe la mesa, Emma, tenemos que colocar a mi mamá ahí mientras conseguimos el ataúd.

Ella me soltó y fue a hacerlo. Cargamos a mi mamá que estaba en una banca de madera, reposando su cabeza en las piernas de Saúl. Su peso disminuyó notablemente a pesar de su tamaño, porque ella era una mujer alta y de voluptuosa apariencia. Entonces pensé que cuando la cargamos para llevarla a Juakay aún estaba viva o quizá el peso que sentíamos en el camino era nuestro dolor de perderla.

Emma utilizó en la mesa un mantel que mamá solía colocar cuando la familia se reunía en alguna fecha especial. Esta vez la reunión se volvió obligatoria, incluso para los vecinos y amigos; porque sería la última.

Saúl salió al pueblo para comprar un ataúd, buscar al párroco de turno y hacer algunas llamadas. Con el dinero destinado a los abonos compramos el ataúd. El párroco ofreció la misa en la casa sin cobrar y las llamadas eran para mis hermanos Ausberto y Flor, ellos habían salido para ciudad de Fátima a buscar un mejor trabajo y ya no regresaron porque se casaron y formaron sus hogares.

A veces yo llevaba a mi mamá al pueblo para que hable con ellos y otras nos comunicábamos por medio de cartas que enviábamos con los comerciantes que se movían constantemente de un lugar a otro; las cartas tardaban varios días porque ciudad de Fátima queda a unas ocho horas de Juakay.

Para cuando murió mi mamá, mi abuela ya no estaba. Hacía unos cinco o seis años de su fallecimiento y ese encuentro con la muerte fue doloroso para todos, mucho más para mi madre; pero la ausencia de la abuela en nosotros se evidenció principalmente en preguntar ¿por qué la muerte? Porque éramos pequeños en ese entonces y la respuesta de mi madre siempre

era “por lo injusto del destino”, “el negro destino”. Casi siempre su respuesta terminaba en llanto.

El contraste de mi enfermedad y el poder verme en mis recuerdos de niño, resultaron ser como el endulzante mágico, que día a día me ayudaba a recuperar mi memoria. Estaba amargado todavía, pero recuerdo tras recuerdo le tomaba amor a la vida y al pasado. A mi historia.

Este último recuerdo hizo que volviera a ser Joaquín, el contador ejemplo de dulces Ángel, pero me hizo también el niño que creció en medio de un mundo maravilloso, como es el campo. Me hizo recordar lo que jamás debió irse de mi vida, aquello que me hacía feliz. No se trataba de vivir en el pasado, sino la dicha que me traía recordarlo a pesar de las lágrimas, de las pérdidas como la de mi madre, del recuerdo doloroso de Tina, de la triste vida de todos aquellos a quienes recuerdo. Después de saborear cada recuerdo, cada detalle, mi mente se reconstruía bajo los escombros del aburrimiento y la soledad.

Toda mi vida he pensado que todo nos ocurre por alguna razón o por cosas del destino, pero nunca porque sí. Para mí, cualquier acontecimiento significaba algo importante, era algo que yo sabía pero que, de algún modo, también había olvidado y regresó con mi enfermedad. Después de recordar la muerte de mi madre, recordé también mi entrenamiento de contador, ahí comenzó mi lucha mental para olvidar quien era.

Como todo joven tenía metas, ambiciones y proyecciones a un futuro con estabilidad, sobre todo económica, pues siempre me dijeron eso en mi casa. Por alguna razón, en el entrenamiento para iniciar en dulces Ángel, hablando con Miguel, mi guía, me hizo una pregunta, según él, para cambiar el chip que me impedía progresar, para sacar a la empresa adelante; esta fue la pregunta:

- Piensa: ¿tú quieres vivir durante toda tu vida, como me has contado que fue tu infancia, trabajando para comer, sufriendo por dinero a diario, comiendo mal, vistiendo mal, sin poderte dar un descanso, unas vacaciones pagadas, una casa bonita, un carro lujoso, algo que te haga decir: valió la pena todo mi esfuerzo?

En ese entonces pensaba diferente. Era joven, estaba en diferente situación; contesté que por supuesto quería cambiar mi economía, pero claro que quería dinero, una hermosa casa y un auto; así que estaba dispuesto a seguir los pasos de Miguel para lograrlo, el primero fue olvidar todo lo aprendido en casa.

Si hoy me hiciera, no Miguel, sino cualquier otra persona, esa pregunta, contestaría esto: me da guayabo haber olvidado mi infancia, le diría que el guayabo no es tan solo por haberla olvidado, sino por no poder volver a vivir esos años, que la pena de mi alma es porque ya no tengo nada de lo que tenía cuando era niño.

Simplemente le contestaría que por más que me esfuerce por tener todo lo que me prometió, por más dinero que tenga en una caja fuerte; jamás podría darme ese dinero lo que tuve cuando era niño. Ni yo ni nadie puede comprar su infancia; ese guayabo, ese dolor de no tener la felicidad, la tranquilidad, el amor sincero de una familia que me enseñó con mucho amor a querer y agradecer por todo aquello que la vida nos daba. La felicidad de jugar sintiendo, de estrechar las manos sucias de un amigo que se enlodaba jugando contigo al fútbol, al trompo o a los mollejes.

Irónicamente, comencé este escrito diciendo que cuando niño fui muy pobre, porque así me recordaba al principio, pero al chocar con mi último recuerdo, me di cuenta de que ahora soy más pobre, tengo escasas en todo. Lo más doloroso es que aquello que ahora me falta, no lo puedo comprar. No hay dinero que de verdad valga, no es cuestión de agrandar una fortuna. Por esa razón, lo más coherente y racional que pude hacer fue escribir este libro, dejar contenidos los recuerdos invaluablees que hoy por fin me liberan de la amargura que tanto me pesaba, que me estaba matando.

Encontré que todo lo que un día deseé, ahora lo tenía, pero había tenido que sacrificar la esencia de lo importante, había tenido que dejar de ser Joaquín. Así que, en adelante, pasaré mis días recordando y apuntando en el papel los maravillosos recuerdos de Joaquín niño y joven, para poder leerme todos los días, por si de nuevo me olvido.

No hay un fin tan mortífero como el olvido, ni siquiera la muerte.

3. REFLEXIÓN PEDAGÓGICA DE LA NOVELA

La literatura ha acompañado al hombre, en cierta medida, desde el inicio de la vida, no precisamente de la forma que hoy se conoce, pero si en lo que concierne a la lingüística, pragmática y, por supuesto, por medio de los signos, que posteriormente pasaron a formar parte de la lingüística. Muchos años atrás, también era popular la transmisión de historias, sea desde la imaginación o desde la experiencia, bien dicha la frase que dice: “el ser humano está hecho de historias”, es una construcción formada a partir de lo vivido, pero también de sentimientos y pensamientos, los cuales, además, tienden a convertirse en fantasías. (Cremer, 2014)

Fue a partir de la experiencia que el hombre quiso registrar en la historia los sucesos de su vida, lo bueno y lo malo, puesto que, las experiencias buenas o malas, han hecho parte de la construcción de esas historias que al mismo tiempo, constituyen a un ser. Así mismo, la experiencia pasa a formar parte de la memoria, considerando, entonces, “la memoria como la maceración de la experiencia”. La transmisión de historias, por lo tanto, es la transmisión de la memoria, lo que se conoce muchas veces como memoria colectiva, sin embargo la memoria individual también se transmite, en las historias personales que se encuentran día a día. (Gay, 2014)

Ahora bien, en el aspecto educativo, la literatura y la memoria, hacen que el aprendizaje también sea una experiencia que no se olvida, dentro de la educación, el ser humano es ajeno a lo nuevo, a aquello que no comprende, razón por la cual, dentro de las escuelas el aprendizaje toma forma de diligencia, en muchas ocasiones, dejando de verse como la cuna de la experiencia. Por el contrario aquellos episodios vividos en el campo educativo, lejos de los cálculos, de las llamadas obligaciones escolares, se convierten en la verdadera experiencia, formadora de recuerdos para la memoria. La aventura o la desventura construyen dicha experiencia. Los recuerdos que se quedan en la memoria son, en su mayoría, sobre los acontecimientos que el ser humano que se consideran importantes desde la combinación de sus sentimientos y pensamientos sobre la vida. En cuanto a la labor de un docente, aplicar la literatura en su enseñanza y, además, escribir sus creaciones a partir de la memoria para enseñar, se estima que es una de las más adecuadas formas de hacerlo, pues la enseñanza de la literatura tiene una relación directa con el lenguaje, es, entonces, necesario transformar la forma de enseñar, creando literatura desde la memoria, para construir memoria en los estudiantes, sin condicionar, simplemente, exponiendo para su

conocimiento las herramientas necesarias para una motivación inmutable que les permita considerar sus recuerdos como un material rico para la creación a través del tiempo.

En este sentido, se encuentra, pues, la relación latente entre la literatura, la memoria y la educación, en la cual es de gran importancia resaltar el papel que juegan a la par la memoria y la imaginación en el acto creativo; “hay un hilo conductor con la memoria y los temas, los personajes hablan por mí. En el fondo salen con otros nombres, otras caras desde el residuo de la memoria”. Dentro de la enseñanza, es necesario implementar la actuación de la memoria en las creaciones literarias o en las obras a estudiar como fuente principal, pues “toda ficción contiene una resonancia con lo personal”, entender y transmitir ese entendimiento de que la ficción que se encuentra en los libros y relatos parte de los recuerdos de alguien (Allende, 2020). La memoria comienza a construirse desde los inicios de cada ser humano, cada sensación se queda en la memoria, por ejemplo, el sabor de un plato en específico, que se ha comido contables o incontables veces no trae a la mente cuántas veces se ha comido, sino, quizá, un momento feliz, una persona, un hecho aterrador; cualquiera que sea el motivo, el recuerdo se materializa en los actos cotidianos. Desde la niñez se comienzan a guardar recuerdos que por alguna razón salen a flor de piel, en repetidas ocasiones por el resto de la vida, aquellos que perduran y son más recurrentes, fueron causados por una gran felicidad o por un máximo sufrimiento, un ejemplo de ello es el dolor, cuando un bebé siente por primera vez un dolor, no tiene idea de cómo se llama esta sensación, sin embargo, nunca la olvida, desde entonces ese es un recuerdo que habita en su memoria de por vida, el dolor no le permite hacer algún tipo de actividad porque su memoria conserva esa sensación y siente miedo.

De la misma manera ocurre con las decepciones amorosas, que son muy frecuentes, cuando ocurre una desilusión, el sentimiento de dolor y decepción es tan fuerte, al punto de no confiar de nuevo en alguien por mucho tiempo; el temor de sentir nuevamente el dolor de una traición no permite continuar, ni poner la confianza tranquilamente en alguien, en ocasiones, también se genera rechazo total a una nueva oportunidad, cerrando totalmente la confianza.

De esta manera es posible confirmar que toda la humanidad, por el hecho de sentir y de tener diferentes pensamientos, ha pasado por momentos difíciles, dolorosos y, además por momentos felices; quiere decir que la humanidad está hecha de experiencias, un “material riquísimo” para aportar a la escritura, el objetivo en la enseñanza, entonces, debe ser el descubrimiento de esas experiencias que quieren ser contadas, que merecen ser conocidas por muchos y, de ninguna

manera dejarlas en el abismo del olvido, sin duda, el registro de las experiencias hace que estas se immortalicen.

Es a partir de dichas experiencias que se debe aprovechar la literatura en la docencia, desde el acto mismo de ser un buen narrador, no solo de historias, también de la vida. El buen narrador cuenta y transmite de manera natural la enseñanza, aporta a la vida de los demás desde su sabiduría, del contar de manera fructífera cada historia o de convertir cada en enseñanza en grandiosas historias.

Al ser la narración un acto importante en la vida de todo ser humano, porque se dice que todos tienen algo que contar, es un medio que permite invertir los papeles, haciéndola fusionar con la cátedra, si es necesario, escudriñando en la experiencia para fortalecer dicha narración con lo que se conoce como emotividad, para poder transmitir lo enseñando, introduciéndose en la fragilidad de los sentimientos, pues desde estos es mucho más fácil retener aquello que se aprende.

Es preciso agregar, que son las cosas que se aprenden en la infancia las que se guardan con más fuerza en la memoria, puesto que en la niñez se está más abierto a sentir y a expresar lo que se siente, es por eso que la narración y la creación literaria representan una de las opciones más pertinentes y prometedoras en la enseñanza y la educación, con un valor agregado que es la memoria.

La immortalización de los recuerdos es, por lo tanto, la historia sólida para trascender, enseñando de manera que se tenga en cuenta, el acto narrativo, que la roca en la que se funda la literatura se llama memoria y es un poder innato del ser humano, incluso el recordar tiene el poder de despejar muchas mentes que un día fueron tumbas; y, la transmisión de historias desde la experiencia.

CONCLUSIONES

El trabajo de investigación realizado con el fin de escribir una novela, resulta ser una experiencia compleja y gratificante, es un trabajo que, además, incluyó el desarrollo de la escritura a partir de la memoria y la evocación; y, de los recuerdos evocados de la infancia, lo que conlleva a la escritura acudiendo a la experiencia propia. Los resultados obtenidos desde la recolección de datos, memorias y apuntes relevantes para la construcción de la trama novelística, fueron numerosos, incorporados en cuatro capítulos que conservan tanto recuerdos dolorosos como recuerdos gratos.

El crecimiento tanto en lo personal, como en la docencia resulta muy representativo, enmarca un trabajo de responsabilidad que incluye a un grupo numeroso, porque la novela puede ser leída incluso por personas muy jóvenes, a pesar de que posee escenas bastante duras, éstas no podrían afectar de manera negativa, simplemente causan sentimientos bastante fuertes, que de alguna manera convierten o aciertan en resaltar la importancia de ciertos temas, que hace unos años no tenían ninguna relevancia o reconocimiento en la sociedad.

RECOMENDACIONES

El presente trabajo es una idea que puede ser abordada, además de la creación literaria, para crear estrategias pedagógicas que aborden la memoria, como principal herramienta para la adquisición de conocimiento, quizá recuperando viejas formas de juegos, cuentos, canciones; haciendo una especie de reciclaje con lo investigado y poniéndolo en marcha desde lo actual, encaminado al estudio de la historia y a conservar dichas actividades al punto de convertirlas en un patrimonio de la sociedad.

Es importante también darle reconocimiento al oficio de escribir, porque las historias nunca dejan de existir, todos tienen algo que contar, por esta razón, la creación de literatura debe seguir siendo un camino y si se aborda desde la memoria, transmitir de alguna forma la importancia de esta, tanto en la vida personal, como en la historia colectiva, ser la voz de las voces que jamás fueron escuchadas.

Acudir al proceso creativo desde la memoria apuntando a las causas y consecuencias del conflicto y encaminando desde la escritura a niños y jóvenes, a la construcción de la paz, por medio de experiencias que enmarquen la vida social y un entorno conocido para obtener mayor acercamiento y comprensión. Con estrategias que proporcionen una verdadera formación, una nueva ética que transmita un verdadero amor hacia el otro, como ser humano, como ser vivo, el respeto por la vida universal y la conservación del medio ambiente.

ANEXOS

Anexo 1. Análisis documental

AUTOR	OBRA	REFERENCIAS	HALLAZGOS
Proust Marcel	En busca del tiempo perdido	Memoria y recuerdos Formas de evocar	La evocación es algo involuntario. Los recuerdos son habitantes de la memoria
Esperanza Cuayal	Árbol perenne eres tu	Novela regional, enmarca acciones tradicionales y culturales dentro de su narración	Escribir una novela con rasgos regionales, hace que el lector se sienta identificado cuando se trata de un lector de la misma región
Gabriela Builes	Tren al pasado	Novela Nacional. Enmarca recuerdos de momentos de infancia y adolescencia.	Narra episodios de infancia, se ubican en un lugar real. Juliana el personaje principal rememora a través de acciones, describe el lugar tanto en paisaje, como en situación política y económica.
José María Arguedas	Los ríos profundos.	Novela internacional. Narración de infancia Recuerdos y evocación	Los recuerdos de la infancia son perdurables, existen lugares y momentos que por más que cambien con el tiempo, siguen

			generando sentimientos que conducen a la evocación.
Paul Ricoeur	Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico.	Obra con enfoque hermenéutico. El tiempo y el espacio en la novela.	Versatilidad del tiempo en la novela. El espacio en la novela está conectado con el tiempo por lo tanto está conectado con la memoria
Mario Vargas Llosa	Cartas a un joven novelista.	Obra Nacional. Sobre la labor de un novelista y la problemática de escribir o no a partir de la preparación o desde la vocación.	Escritura de novela por vocación o por convicción. Dentro de la escritura influye la experiencia del autor. Tipos de narrador y forma de escritura que atraiga con fuerza al lector.

Amos Oz.	La historia comienza. Ensayos sobre literatura.	Obra internacional. La literatura y su comienzo, como empezar la escritura de una novela.	“Todo principio de relato es siempre una especie de contrato entre escritor y lector”. En la escritura de una novela hay libertad absoluta para agregar personajes, escenas, sucesos y hechos.
----------	--	--	--

Walter Benjamin	El Narrador	Obra internacional, centrada en el importante papel del narrador dentro de la historia de la literatura.	Modos de ficción dentro del libro relacionados con la novela, como, el género mimético bajo. Los arquetipos de lo que se narra, la constante oposición entre lo real y lo ideal
Fernando Cruz Kronfly	Las ciudades literarias	Ensayo de talla Nacional. Referencia a literatura y memoria.	La evocación es un proceso de resurrección de momentos.
José Antonio Hernández	El arte de la escritura literaria	Obra internacional sobre la estética en la escritura literaria, la lingüística y el canon.	Importancia del canon en el texto literario, estética y diferenciación del oral. Visión y distinción de la escritura como un arte peculiar que expresa sentimientos y opiniones, causante sensaciones.
Carlos Reis	El texto literario y la enseñanza de la lengua	Obra internacional. La literatura a partir de la lingüística. Enseñanza de la lengua a través de la literatura.	El dominio de la lengua está en contacto estrecho con los escritores cultural y estéticamente más reputados. El texto literario es la base estética de la escritura y por consiguiente de la enseñanza de la lengua,

			incluida dicha enseñanza por medio de la creación literaria.
--	--	--	--

Andrea Vargas Falla	La memoria como aspecto estructurante del tiempo y del espacio.	Tesis a nivel nacional. Sobre la memoria en el tiempo y en el espacio.	La memoria es un receptor de impulsos que saca los recuerdos después de ciertos estímulos.
Seymour Chatman	Historia y discurso	Obra internacional. Sobre la historia y el discurso en la novela y el cine	El narrador, tipos de narrador, el autor es alguien distinto del narrador y de los personajes. Tipos posibles de narrador en distintas obras.
Erna von Der Walde	hacia una definición de la teoría literaria de Jorge Luis Borges	Fragmento sobre literatura	La literatura como un mundo diferente al mundo real.
Fernando Vallejo.	Los días azules.	Novela autobiográfica Nacional sobre hechos de la infancia.	El tema de la infancia para la escritura creativa es uno de los más ricos en experiencia. La autobiografía de la

			infancia muestra los recuerdos de una manera más pura y sana, más sincera.
Guido Tamayo	Juego de niños	Novela de ámbito nacional. Sobre la infancia y lo irrecuperable.	Hay un proceso por el cual se atraviesa, que se encuentra entre la niñez y el a adolescencia, la infancia no siempre es feliz, la infancia es una etapa de sufrimiento y de dependencia.

Anexo 2. Diario de campo/ memorias

Registro de: memorias. 1.Navidades felices 2. una mujer con discapacidades, rechazada por la sociedad. 3.Muerte repentina	Lugar: 1. Novena navideña en casa de un tío 3.Escuela primaria, corregimiento de Obonuco	Fecha: 1.Diciembre de 2017 2.febero de 2018 3. Marzo de 2018
3. Recuerdo de la muerte de un familiar	2.corregimiento de Obonuco	4. Junio de 2018
Hora: desde (.) hasta (.) 1.8 pm a 12 am 2.7 am a 12 m 3. 10 am a 12m	Motivo de evocación: 1. La reunión familiar, los niños jugando y un pesebre hecho a la antigua. 2. El rechazo hacia una niña con discapacidad física por parte del personal de la institución. 3. Un letrero de venta de envueltos de choclo, el olor del maíz molido y cocinado.	
Apuntes/hallazgos: 1.El calor de una reunión familiar actual no se compara con las del pasado, la importancia del pesebre, cuando se vive algo intensamente y luego se olvida, la manera de recordar es la evocación, que llega de pronto	Me encontraba en Obonuco realizando mi práctica y en el descanso, una docente que trabaja ahí, se refirió a una niña inválida y con problemas de aprendizaje, como si ella fuera un problema para la sociedad.	Cuando salía de realizar mi práctica, ese día salí muy temprano, mire en una casa del corregimiento, un letrero que decía: “deliciosos envueltos hechos con amor”. Recordé la trágica muerte de mi abuela.

Anexo 3. Libreta de apuntes

Idea de un personaje	Nombres para personajes	Lugares posibles para la historia
Un hombre solo	Julio/ Joaquín	Un pueblo llamado Juakay
Abuela del protagonista	Carmen/ Rosita	Vereda el llano
Un enfermo mental	Buenaventura	Vereda la caldera
Un perro	Tina/ Gitana	La Loma
Un gato	Danesa	Casa vieja
Una amiga	Lucía/ Erminda	Ciudad de Fátima/arboleda
Un hermano	Josué/ Saúl	El guaso
Una hermana	Emma	Un lago
Hermanos ausentes	...	
Un papá fantasma/ausente		

BIBLIOGRAFIA

Amos, oz (2007). *La historia comienza ensayos sobre literatura*. Madrid, España: Ediciones Siruela, S.A.

Alonso Lafuente, Cristina (2002). *El comentario de textos: La Novela*. Vol. 14. Madrid, España: (Archivo PDF) Recuperado de: <https://revistas.ucm.es/index.php/DIDA/article/viewFile/DIDA0202110093A/19480>

Arguedas, José María (1995). *Los ríos profundos*. Madrid, España: Ediciones cátedra.

Artigas Albarelli, Irene María; González Ochoa, César; González Treviño, Ana Elena; Tello Garrido, Romeo; Ochoa, Adriana. (2006) *Conocimientos fundamentales de Literatura. Vol. 1* México DF, México: primera edición. D. R. Universidad Nacional Autónoma de México. (Archivo PDF) recuperado de: <http://www.conocimientosfundamentales.unam.mx/vol1/literatura/pdfs/interior.pdf>

Allende, Isabel. (Casa de América) (13 diciembre 2020) *Literatura y memoria*. (video) YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=ze2owz01iJ8>

Bajtín, Mijaíl. (1989). *Las formas de tiempo y del cronotopo en la novela. Ensayos de poética histórica. Teoría y estética de la novela*. Madrid, España: Taurus. Pág. 237 a 309. (Archivo PDF) recuperado de: (BAJTÍN, Mijail M. Teoría y estética de la novela, trad. de Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra, Madrid, Taurus, 1989 (Teoría y crítica literaria). <http://webs.ucm.es/info/guias/obras/discurso/Tema%205c.%20Bajtin.%20Cronotropo%20y%20novela.pdf>

Builes, Gabriela. (2010) *Tren al pasado* (Archivo PDF) recuperado de: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/1436/1/Tren%20al%20pasado.pdf>

Rafael Pérez Gay. (La otra aventura) (7 enero 2014). *Memoria y literatura* (video) YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=NA8hdcEfHYI>

Benjamin, Walter (1989). *El narrador*. Madrid, España: Traducción de Roberto Blatt (1991) Editorial Taurus. (Archivo PDF) Recuperado de: https://cc-catalogo.org/site/pdf/benjamin_el_narrador.pdf

Chatman, Seymour (1978). *Historia y discurso*. Madrid, España: Alfaguara.

Cremer Victoriano, *comunicación personal*, 29 de junio de 2014, recuperado de: <https://www.diariodeleon.es/articulo/filandon/un-hombre-recuerdos-es-hombre-historia/201406290400001443007.html>

Cruz Kronfly, Fernando. (1996) *Las ciudades literarias: la ciudad como evocación*. Bogotá, Colombia: (Sitio web) GIRALDO, F Y VIVESCAS, F (compiladores). Pensar la ciudad Bogotá: Tercer Mundo Editores, Cenac y fedevivienda. 485 p. Recuperado de: <http://www.ub.edu/geocrit/b3w-15.htm>

Hernández Guerrero, José Antonio. (2012) *El arte de la escritura*. (Archivo PDF) Recuperado de: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/el-arte-de-la-escritura-literaria/>

Kundera, Milán (1985). *el arte de la novela* Madrid, España: (Archivo PDF) recuperado de: <http://biblioteca.unedteruel.org/images/img/ElArteDeLaNovelaMilanKundera.pdf>

Morella Arráez, Josefina Calles; Moreno de Tovar, Liual (2006) *La hermenéutica: una actividad interpretativa*. Sapiens. Universidad pedagógica experimental. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/410/41070212.pdf>

Proust, Marcel (1967). *En busca del tiempo perdido*. Barcelona, España: Gráficas BISANI. Mora la nueva. (Cap. 1 y 2)

Proust, Marcel (1967). *En busca del tiempo perdido*. Barcelona, España: Gráficas BISANI. Mora la nueva. (Cap. 1 y 2)

Reis, Carlos (1989). *El texto literario y la enseñanza de la lengua*. Centro virtual cervantes (archivo PDF) recuperado de: https://cvc.cervantes.es/literatura/aispi/pdf/03/03_131.pdf

Ricoeur, Paul (1985). *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Coyoacán, México. DF: Traducido al castellano en 1995 por Siglo XXI editores s.a.

Segovia Arana, José María. *Memoria y olvido*. (2003) (archivo PDF) Recuperado de: <http://www.racmyp.es/R/racmyp/docs/anales/A80/A80-25.pdf>

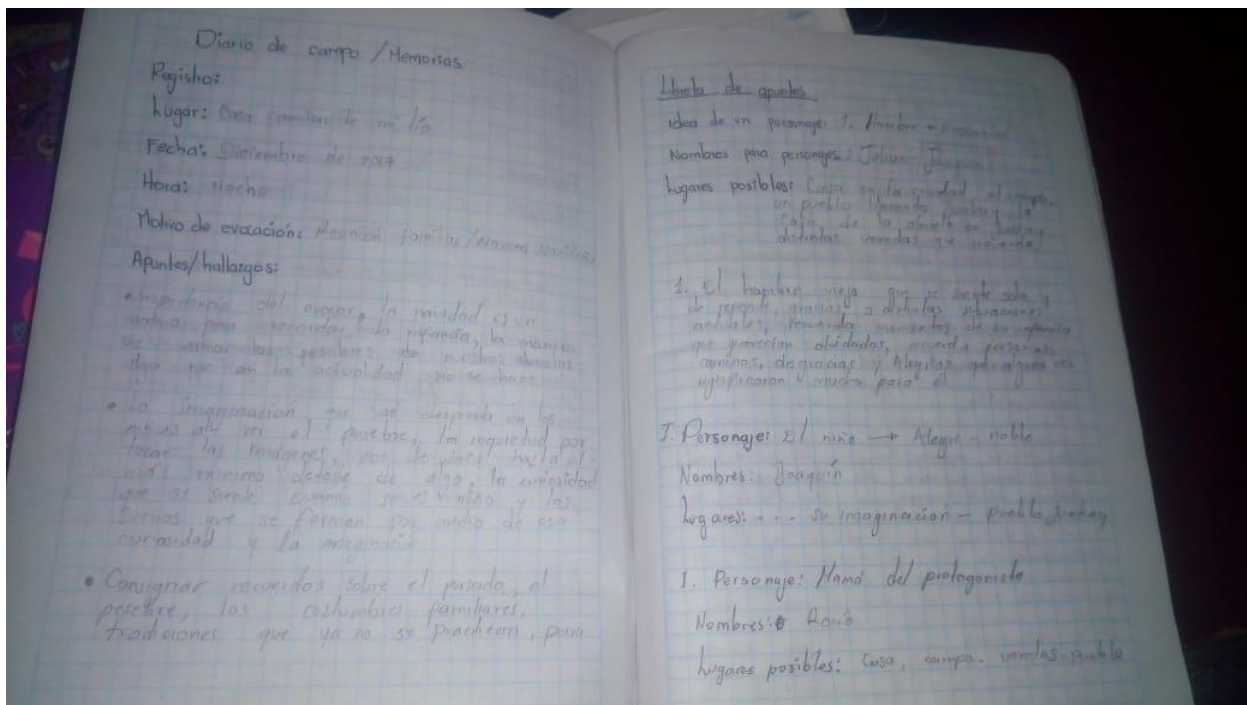
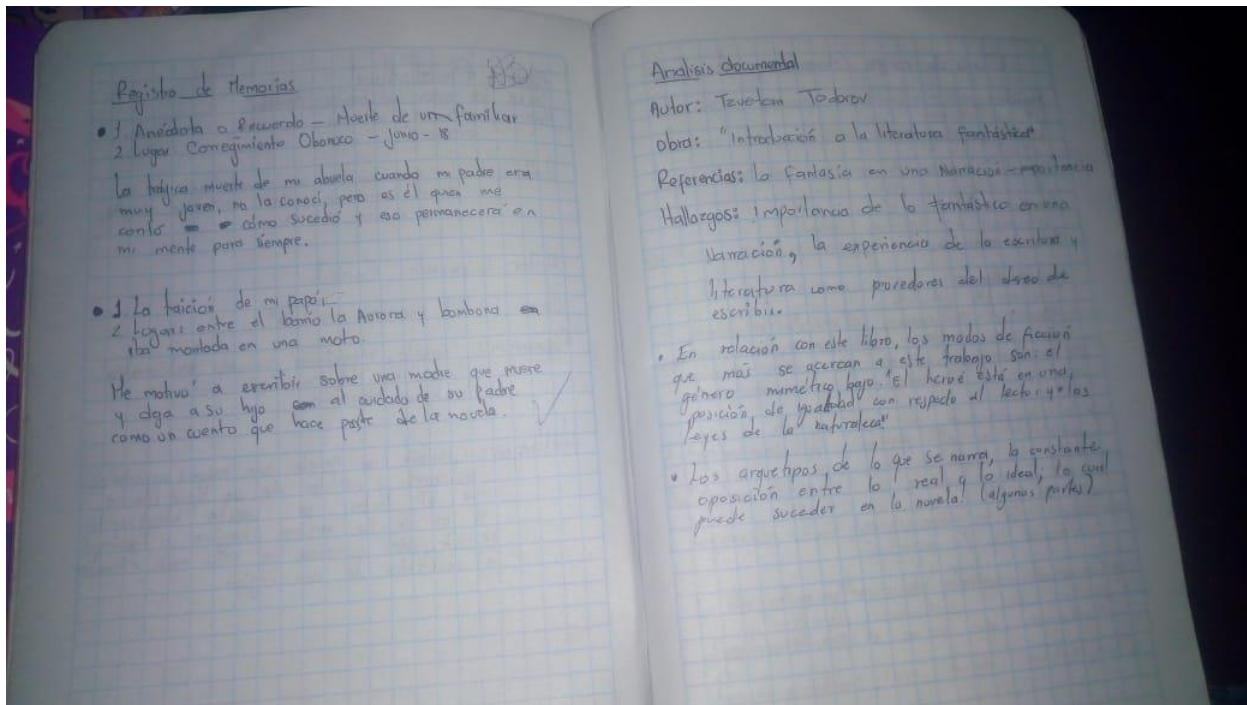
Tamayo Guido (2016). *Juego de Niños*. Bogotá, Colombia: Penguin Random House Grupo Editorial.

Vallejo, Fernando (1985). *Los días azules*. Madrid, España: Editorial alfaguara

Vargas Llosa, Mario (1997). *Cartas a un joven novelista*. Santa Fe de Bogotá, Colombia: Planeta.

Vargas Falla, Andrea. (2008) *La memoria como aspecto estructurante del tiempo y del espacio*. Bogotá, Colombia: (Archivo PDF) recuperado de <http://javeriana.edu.co/biblos/tesis/artes/tesis27.pdf>

Von der Walde, Erna. (1985) *Hacia una definición de la teoría literaria de Jorge Luis Borges* (Archivo PDF) recuperado de: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/revistaun/article/view/11746/12467>



El hombre de extraño pensamiento
~~pero~~ cuenta que ha descubierto ~~de~~ el
propósito de los ángeles y cuenta que
de niño rezaba el ángel de mi guarda
y cuando fue creciendo y comía cada
peligro fue descubriendo que el
Ángel no sólo lo cuidaba, también reposaba
en su cabecera para cumplir con su tarea
final, terminar con su vida y llevar a
esa alma donde están todos los muertos

